

VÍCTOR DÍAZ SÁNCHEZ

ZALAS



Ediciones  
Alféizar

# 7 Alas

Traición

Víctor Díaz Sánchez



Ediciones  
Alféizar

© 2019

Editado por Ediciones Alféizar

C/ Joan Carles I - 41

46715 – Alquería de la Condesa – Valencia – España

Autor portada: Enrico Pitton

Maquetación: Antonio Torres Rodríguez

Teléfono: 34 644 524 524

Email: [info@edicionesalfeizar.com](mailto:info@edicionesalfeizar.com)

Web editorial: [www.edicionesalfeizar.com](http://www.edicionesalfeizar.com)

*Dedicado a mi querida familia que siempre me apoya y me ayuda.  
También a mis amigos que saben de mis rarezas pero igualmente me  
soportan.  
Sin ninguno de los anteriores no se podría haber materializado este sueño.*

*Muchas gracias.*

## ÍNDICE

[1-Vidas rotas](#)

[2-Prueba fallida](#)

[3-Humo negro](#)

[4-Disturbios en casa](#)

[5-El periplo de la magia](#)

[6-El día de Gaia](#)

[7-Precipitarse](#)

[8-Un nuevo dilema](#)

[9-Anhelo de muerte](#)

## 1-Vidas rotas

El mundo de Malphalis se encuentra envuelto en una terrible guerra que enfrenta a orcos contra una alianza de elfos, caracterizados por su gran longevidad; humanos, cuya herencia evolutiva, pese a ser la misma, no gozan de la misma longevidad que los anteriores y hadas, seres nacidos de los árboles del bosque de Gaia capaces de lanzar y sintetizar magia blanca.

Sin embargo, a pesar de compartir objetivos, esa alianza se vería perturbada el año 324 de la tercera edad.

En la Casa del regente de Nasrhim, capital de los reinos élficos, Anduin Nor Ardem, el señor de todos los elfos, convoca al rey humano, Byron Casterline, y a la reina de las hadas, Esmeralda, para discutir un tratado de paz propuesto por los orcos.

Anduin Nor Ardem es un elfo que aparenta 40 años a pesar de tener ya 153. Es alto, delgado y con un cabello oscuro que reposa sobre sus hombros y que cubre su alargada cara imberbe.

En contra, Byron es un hombre de 50 años al que los signos de la vejez le han hecho mella. Su cabeza luce arrugas y su cabello se limita a unos mechones blancos que le cuelgan de los laterales de su cráneo.

Esmeralda es una mujer de aspecto pulcro con un cabello de color dorado con ondulaciones y con unas alas que descansan en su espalda y que dibujan picos.

En la sala de audiencias del palacio de Nor Ardem, una sala amplia con una mesa de madera, se reúnen los tres, siendo la reina de las hadas la última en llegar. A su llegada, unos elfos presentes en la sala, preparan comida y bebidas para los tres gobernantes.

—A nuestra salud —dice Anduin antes de que los tres choquen sus copas. Tras el brindis, Anduin, Byron y Esmeralda se llevan un trago del licor a sus bocas. Además de la bebida, los tres comparten trivialidades acerca de su viaje hasta la capital elfa, las últimas batallas y, en general, otros asuntos que poco tenían que ver con el motivo de su estancia en ese palacio.

—¿Y qué hacemos aquí, Anduin? ¿Por qué nos habéis hecho llamar? —pregunta Esmeralda por fin.

—Sin rodeos, Esmeralda —el semblante de Anduin torna en seriedad. Éste

se dirige a uno de los cajones de su escritorio—. Ayer por la tarde los orcos me hicieron llegar un mensaje de su líder —el elfo coloca un pergamino encima de la mesa.

—Es un tratado de paz —interviene Byron. Esmeralda, sorprendida ante las palabras de Byron, se apresura a leer el tratado que hay encima de la mesa.

*“A día de hoy, cuarto día del séptimo mes del año 324 de la tercera edad, el líder del ejército orco hace llegar este mensaje a los líderes del continente de Usterbond:*

*Aseguramos un periodo de paz de 400 años para los ejércitos humanos y élficos con la condición de que éstos entreguen al ejército de las hadas.*

*Fdo.: As”*

Esmeralda se alarma al ver el mensaje de los orcos.

—¿Creéis que cumplirán y os otorgarán 400 años de paz? —pregunta Esmeralda.

—Nos daría tiempo para planear con cuidado nuestra estrategia dentro de 400 años —dice Anduin. De pronto, Esmeralda comprende que acaba de caer en una trampa perpetrada por sus propios aliados.

—Nunca un licor me resultó tan amargo, ni tan caro —afirma Esmeralda. Anduin queda sin palabras mientras Esmeralda le clava una mirada enfurecida —pues esta reunión no tendría lugar si pensarais desechar la propuesta de los orcos. ¿Me equivoco? —dice ella. Al mirar a sus acompañantes, Esmeralda ve como ambos están cabizbajos. Anduin la mira. Hay arrepentimiento en su mirada. La vergüenza que se siente cuando temes defraudar a algún amigo en beneficio propio. Esmeralda y su pueblo iban a pagar simplemente por haber confiado en ellos.

—Soldados. Llevad a la reina y a su acompañante al calabozo —sentencia Anduin. Al cabo de unos segundos, dos soldados entran en la sala.

—Mis hadas no se rendirán fácilmente. No sin pelear —dice Esmeralda. La reina va hasta donde están los soldados, aceptando su destino y los tres salen de la sala.

En los calabozos de la casa del regente, los elfos encierran a Esmeralda y a su asistente, Kina, en una celda con dos bancos. Ambas están en silencio. La estancia casa a la perfección con el sentimiento de las hadas. Pasillos angostos y levemente iluminados con antorchas. Sentada en ese oscuro lugar, Kina, fiel servidora de la reina, mira a Esmeralda con un rostro de preocupación.

—¿Qué vamos a hacer, alteza? —pregunta Kina, inquieta. Esmeralda está mirando al suelo, abstraída pero se concentra rápidamente. No es momento de pensar en su incierto futuro.

—He sido tan estúpida... Solo me estaban entreteniéndome. En espera de sus nuevos amigos —Esmeralda suspira—. ¿Cómo imaginar este desenlace después de cientos de años de alianza?

—La culpa no es suya —intenta consolar Kina—. Y no se trata del desenlace. Algo podremos hacer...

—Mucho me temo que no hay esperanza ya para nosotras —contesta su reina. Las dos se quedan en silencio de nuevo.

—¿Y para nuestras hermanas? —pregunta Kina, de nuevo.

Las hadas tratan al resto de las suyas como si fueran hermanas y al bosque que las vio nacer, como si fuera su madre. De ahí la preocupación que siente Kina.

La reina Esmeralda mira por la ventana y medita en silencio buscando una solución que pueda salvar a sus hermanas. La reina de las hadas debe velar por su pueblo. Más allá de su persona. Así que, tras meditarlo, inicia un silbido uniforme. Tras unos segundos de espera, un pájaro aparece en el alféizar de la ventana del calabozo. El pájaro había acudido al oír la voz de la reina y ahora mira a ambas desde su posición.

—Eres mi última esperanza —suplica Esmeralda a su pequeño salvador—. Lleva este mensaje a Gaia —Esmeralda susurra algo y el pájaro vuela con las órdenes del hada.

Solo quedaba preservar la esperanza. La esperanza de que aquel pequeño ser alado cumpliera su cometido.

A pesar de que ambas hadas mantienen su mirada fijada en la ventana, sus pensamientos se ven interrumpidos por la llegada de Byron Casterline a los calabozos. Éste que se acerca a la celda de sus, hasta hace escasos momentos, aliadas.

—Mi señora hada —dice Byron. Esmeralda le mira. El rey humano tiene una expresión de vergüenza—. Tiene que comprender el porqué de nuestra decisión.

—Lo comprendo, Casterline —Esmeralda se muestra comprensiva—. ¿Pero cómo espera que reaccione? ¿Quiere que le perdone? Puedo perdonarle —el semblante de Byron cambia y refleja, por un instante, alivio—. Y lo haré porque sé que lo que busca en realidad es paz interior. Y eso es algo que nunca

va a obtener —Esmeralda hace una pausa—. No hablo de hoy. Se le romperá el alma el día de mañana cuando tenga que explicarle a su hijo, Relass, que debe ser un gobernante honorable aun cuando su padre traicionó a sus aliados. Ese día se acordará de este momento y de estas palabras —así, Esmeralda clava una última puñalada en el corazón del anciano gobernante. Una puñalada semejante a la encajada por Esmeralda momentos antes. La cara de Byron ya no refleja alivio ni vergüenza, sino preocupación. Pero hay poco tiempo para la preocupación pues también aparece Anduin en la escena.

—Los orcos han llegado, Esmeralda —explica Anduin—. Vienen por vosotras —Esmeralda se levanta, dispuesta a afrontar su destino, sea cual sea.

En el Bosque de Gaia, situado en la zona este del continente, existe un árbol que da vida a las hadas. No se trata de un árbol normal. No es un roble. Ni siquiera un olmo ni un ciprés. No. Es un árbol singular, de tamaño sobrenatural que no puede verse fuera de Malphalis. Un árbol especial cuyo tronco es hueco y en cuyo interior viven las hadas. Tiene una gran apertura en su superficie que da paso a un gran vestíbulo circular donde se reúnen las hadas cuando algún evento lo requiere. Desde ese mismo vestíbulo, en los laterales, nacen escaleras que permiten escalar a los pisos superiores, que son los que albergan las casas y el resto de las estancias de las hadas. Bibliotecas, cuarteles y guarderías se pueden hallar en esos pisos, cuyo suelo posee un gran hueco por el que se puede ver el vestíbulo.

No es el único árbol del bosque capaz de dar vida a las hadas. O, al menos no lo ha sido siempre pues en otras eras había hasta siete árboles dentro del mismo bosque capaces de engendrar estas pequeñas guerreras.

Pero por desgracia, ahora, el árbol de Gaia era el único capaz de hacerlo en el presente.

En él, cuatro hadas se encuentran en uno de sus balcones. Se trata de la zona de entrenamiento de ese árbol que hace las veces de hogar para todas ellas.

Una de las hadas se encuentra mirando el horizonte. Es la menor en estatura de las cuatro. Tiene dos coletas largas y de color rubio a ambos lados de su cabeza y, entremedias, una larga tira de tela roja que forma un fino lazo. Su vestimenta la compone un vestido blanco con tirantes, uniforme propio de las enfermeras del árbol. En su espalda, dos alas con forma de media luna escoltan su bastón encorvado. Su nombre es Myra.

Detrás de ella, otras dos hadas se encuentran hablando. Una de ellas, Aeri, tiene una melena de color castaño, ojos verdes y orejas puntiagudas como las de los elfos. En cuanto a su ropa, lleva una camiseta negra que realza su figura y una falda marrón con volantes. Sus alas son alargadas y sobrepasan su cabeza. Aeri es la líder del grupo. Un grupo de guerreras de élite encargado de las tareas que le asigna la reina personalmente.

El hada con la que habla se trata de Pira. Tiene facciones puntiagudas y rostro serio. Su ojo derecho lo cubre parte de su cabello negro, que en su espalda, forma una melena negra y lisa. Viste una camisa blanca y sobre ella una camisa negra más gruesa además de un pantalón negro que le llega por las rodillas. Todo ello acompañado de unas alas parecidas a las de una mariposa. Negras con adornos naranjas.

La última de las hadas, que se encuentra practicando con su arco tiene una trenza larga de color castaño, igual que el de su compañera, y viste un chaleco azulado sobre una camisa blanca y unos pantalones cortos, también azules. Sus alas son redondas y grandes. Ella es Lidia.

Myra ve acercarse al pájaro al que llamo Esmeralda. El pájaro se posa en el hombro de Myra.

—Hola —saluda Myra, sorprendida ante el interés del pájaro. Pero éste se acerca al oído de Myra y le dice algo—. ¡Hermanas! ¡Tenemos una emergencia! —dice Myra tras procesar la información transmitida por el ser emplumado. Myra se acerca a Aeri y Pira— Los hombres y elfos han capturado a Esmeralda.

—¿Qué?! —exclaman Aeri y Pira al unísono y con tono de preocupación. Lidia se acerca al resto. Ella también ha oído las nuevas y también responde con sorpresa.

—Y pretenden entregársela a los orcos —continúa Myra. Ninguna de las tres creen las palabras que dice Myra—. Tenemos órdenes de realizar el hechizo del cambia-mundos —explica Myra.

—No me lo puedo creer —niega Pira mientras se lleva una mano a la cabeza y se aleja del grupo para asimilar la información.

Las hadas gozan de magia blanca que se acumula no solo en sus cuerpos, lo que les permite lanzar estallidos de magia que se materializan en distintos elementos (fuego, agua, electricidad....) que dependen de la raza del hada, sino que también disponen de magia blanca en estado puro que guardan en los manantiales situados en algunos de los árboles del bosque y la emplean para

realizar sus hechizos.

El hechizo cambia-mundos, como su propio nombre indica, permitiría a las hadas abandonar Malphalis. Hasta ahora no lo habían realizado nunca pues existía un pacto entre ellas y los elfos y hombres de ese mundo pero las circunstancias indicaban que ese pacto ya no tenía valor, o al menos para algunos de ellos.

—¿La reina quiere que abandonemos este mundo? —pregunta Lidia.

—Quiere protegernos —interpreta Aeri—. No quiere que acabemos en manos de los orcos —las cuatro se miran. Están sin duda ante una situación difícil para ellas.

—¿Y qué vamos a hacer, Aeri? —pregunta Myra, que, de nuevo, expresa preocupación.

—No podemos abandonar a Esmeralda —dice Pira. Aeri las mira pensativa. La decisión recae sobre ella.

—Que Iaru se encargue de poner al resto a salvo —dice Aeri por fin—. Nosotras vamos a por la reina —Myra y Pira comienzan a prepararse. Ésta última coge su espada. Lidia permanece a la espera de sus órdenes pues ella ya tiene preparado su arco—. Lidia, dile a Iaru que si no hemos vuelto al ocaso que realicen el hechizo.

—De acuerdo —acepta Lidia.

Y las hadas emprenden el vuelo una vez hechos los preparativos pertinentes. Atraviesan el bosque y la amplia estepa que les separa de la ciudad elfica. Desde sus ojos pueden ver Malphalis en su esplendor. Una tierra salvaje con vegetación por doquier solo interrumpida por los caminos construidos en años remotos.

En el horizonte asoma la capital de los elfos. Un gran acumulo de casas y otros edificios que se alternan con los árboles a la perfección. Así son, de hecho, las ciudades élficas; un matrimonio entre naturaleza y las construcciones realizadas por los elfos. Pero la capital destaca por su tamaño, por sus parques habitados por estatuas de antiguos señores elfos y otras figuras históricas y por su ciudadela y el palacio que allí se encuentra. Un palacio de proporciones épicas desde cuyo amplio balcón se puede ver la cascada que nace en es risco en el que está situado el propio palacio.

Cuando sobrevuelan la ciudadela, las hadas caen en picado sobre el tejado del palacio. Nadie se ha percatado de su llegada así que, con solo un movimiento de cabeza por parte de Aeri, sus tres compañeras se libran de los

guardias que están vigilando la zona, dejándolos inconscientes.

Luego las cuatro vuelan al balcón de la sala de audiencias. Lo hacen con un sigilo tal, que los dos gobernantes que se encuentran en el interior no se percatan de su presencia y siguen hablando de temas relacionados con la traición perpetrada ese mismo día.

—Este tratado hará que seis generaciones de reyes de la casa Casterline vivan en paz —explica Anduin, que conversa con Byron en el interior de la sala. Sin duda, tratando de explicar los aspectos positivos de su traición.

—Ya lo sé pero... ¿A qué precio? —pregunta Byron retóricamente. En ese momento aparecen las hadas. Pira coge del cuello a Anduin y le empotra contra una de las paredes de la habitación mientras le apunta con un cuchillo. Byron se gira y ve a Lidia apuntándole con su arma.

—¡Que nadie se mueva! —ordena Aeri— ¿Dónde está Esmeralda?

—¿Se puede saber qué pretendéis? —protesta Anduin.

—Calla Nor Ardem, y contesta la pregunta —amenaza Pira—. O te juro que te ensarto aquí mismo.

—Un convoy vino a recogerla —dice Byron, que está asustado ante la llegada de las hadas—. Ya no está aquí.

—Llegamos tarde —dice Lidia.

—Aún hay tiempo —contesta Aeri. Las hadas salen volando y saltan por el balcón.

—¡Guardias! ¡Apresadlas! —grita Anduin. Pero las hadas ya han emprendido el vuelo y se han alejado del centro de la ciudad.

Las cuatro hadas vuelan en dirección Oeste adentrándose en una llanura acompañada de un impresionante lago. En el horizonte se ve como el sol está a punto de ocultarse entre las montañas. El tiempo se acaba y de no apresurarse, la misión de rescate será un fracaso y las hadas no podrán volver a tiempo de reunirse con el resto.

—La puesta de sol es inminente —dice Lidia.

—Ahí está el convoy —dice Pira. Se trata de un grupo de entre 30 y 50 orcos que escoltan un carro arrastrado por un troll en el que se encuentran la reina y Kina.

—Escuchad —Aeri se dirige a sus compañeras—. El tiempo se agota y puede que no dé tiempo a volver antes de que Iaru haya realizado el hechizo. Si queréis volver con nuestras hermanas nunca os lo recriminaré pero tendréis que hacerlo ahora —Aeri les da un tiempo para que analicen la situación

aunque sabe que ninguna de sus compañeras la abandonaría nunca. Por eso, pasados unos instantes comprende que ellas no tienen nada que decidir. Su decisión está tomada, la de todas ellas—. Atacad —ordena Aeri cuando están encima del convoy.

Las cuatro bajan a tierra y se enfrentan al enemigo.

Aeri es la primera en entrar en contacto con el suelo. Ella pelea de forma defensiva y rápida. Espera a que el enemigo dé el primer paso para evitar su embestida y contraatacar como un rayo. Lanza magia eléctrica que paraliza a sus enemigos más lejanos mientras se encarga de los que tiene cerca.

Pira, por el contrario, es más ofensiva. Se abalanza sobre su enemigo como una fiera, combinando golpes a discreción con fintas aéreas y giros veloces para evitar los ataques enemigos. Nada la detiene, no teme la inferioridad numérica y no para de atacar hasta que su enemigo está en el suelo, envuelto en su propia sangre.

Ambas sirven de complemento perfecto para Myra y Lidia. La primera lanza magias con su bastón. Las hadas de su raza sólo pueden lanzar magia curativa. Todas, menos Myra, que debido a una mutación puede lanzar todo tipo de magias.

Lidia carga su arco con saetas imbuidas con su magia, lo que le permite modificar su recorrido a placer cuando están volando hacia el enemigo.

El estilo de combate de las cuatro se asemeja a un espectáculo de baile con una coordinación perfecta y, por ello, acaban con la mayoría de orcos en un visto y no visto.

Myra corre al carromato donde está Esmeralda para liberarla y Pira corre hacia el trol Kurt, el líder de la marcha orca, deshaciéndose de adversarios a su paso.

El trol es demasiado fuerte y cuenta con un arma descomunal. Pira resiste sus embestidas gracias a que ésta es más ágil. Pero en un descuido, el trol consigue desestabilizarla. Primero le da un golpe con el brazo que no porta el arma, lo que hace que Pira caiga al suelo boca abajo. Después, el trol ataca con un mazazo que Pira no puede esquivar por completo. A pesar de sus intentos, el ataque alcanza el lóbulo superior del ala izquierda de Pira, que se rompe entre los gritos del hada.

—¡Ahhh! —grita Pira. Todas sus compañeras se giran para mirar horrorizadas el ataque del trol y a Pira tendida en el suelo.

—¡Nooo! —grita Aeri. El dolor impide que Pira se mueva del suelo.

Quedando a merced del imponente enemigo que la acecha.

—¡Pira! —grita Lidia.

El hada se arrastra en el suelo, huyendo lentamente del trol y con una mano sujetándose su hombro izquierdo, pues este también ha quedado maltrecho por el golpe.

Myra cede en su empresa de liberar a Esmeralda para observar la escena.

Aeri es la primera en correr hacia el trol que se regodea ante la posibilidad de dar caza a su presa. Pero Aeri se interpone.

—Enfréntate a mí y déjala en paz —dice Aeri ante el imponente enemigo.

—También morirás —dice Kurt. En ese momento, un disparo de Lidia impacta en la cara de Kurt, que lanza su mazo y se cubre la cara.

Cuando Kurt vuelve a centrarse, Aeri está a punto de lanzar su ataque. El filo de Aeri se desliza por el cuello de Kurt, la sangre comienza a brotar de la herida y éste, al ver su inminente muerte, huye de la escena. Huido el trol, Aeri se acerca a tenderle una mano amiga a Pira, que sigue retorciéndose en el suelo.

—Por la Diosa, Pira —dice una Aeri horrorizada—. Mírame, Pira.

Lejos de allí, en Gaia, Iaru mira la puesta de sol. Apenas se ve, pues las montañas están a punto de cubrirlo por completo. Todas las hadas del árbol se encuentran en el vestíbulo, mirando el horizonte.

—Ya es la puesta de sol —le dice el hada cercana a ella —Lidia dijo que...

—Si —contesta Iaru—. Sé lo que dijo, Luna —Iaru permanece cabizbaja un instante, consciente de que la decisión que está a punto de tomar la separará del equipo de Aeri. Quizá para siempre. Pero vuelve en sí. Sus órdenes eran claras y debe proteger al resto—. Preparad el hechizo.

De vuelta al campo de combate, Aeri acude a ver el estado de su compañera, que sigue gritando en el suelo.

—Pira, cógeme de la mano —ordena Aeri. Cuando Pira se aferra a la mano de Aeri, ésta le ayuda a incorporarse.

—¡Ayuda! —grita Myra. El combate y la huida del causante del sufrimiento de Pira ha eclipsado un hecho todavía más dramático y es que el mazo de Kurt voló tras el ataque de Lidia hasta alcanzar el carromato de Esmeralda y lo destrozó por completo dejando a la reina gravemente herida y a su acompañante muerta en el acto.

—La reina —dice Pira, con voz resquebrajada.

Aeri y Pira van hasta donde se encuentra el carronato de la reina. Con Pira usando a Aeri como soporte.

—Myra ¿Qué puedes hacer por ella? —pregunta Aeri. Myra la mira triste pero sin decir nada. Los ojos de Myra están a punto de estallar en lágrimas—. No, no, no.

—No recuerdo el hechizo necesario de memoria —explica Myra—. Son demasiadas heri... —Myra no puede acabar la frase sin rendirse a sus lágrimas.

—No teníais que haber arriesgado vuestras vidas por mí —dice Esmeralda. A pesar de la tristeza que rodea la escena, Esmeralda no quiere transmitir esa tristeza a sus soldadas, que han arriesgado todo por ella.

—Majestad... —dice Lidia, arrodillada ante su reina.

—Tenéis que marchar a otro mundo —explica Esmeralda. Todas se quedan en silencio—. No te preocupes, Aeri. Sabes que la reina siempre lo da todo por su pueblo. Hasta su vida.

—No —niega Aeri a la que se le escapan las lágrimas mientras Lidia se tapa la cara. La reacción de Pira, a pesar del dolor, es de pura rabia. Han fallado.

—Ahora acercaos a mí —ordena Esmeralda—. Yo os llevaré.

Un estallido de luz brota del cuerpo de Esmeralda y cubre toda la escena. Así el campo queda en silencio, vacío salvo por la presencia de una Esmeralda moribunda y de su acompañante ya fallecida.

Al disiparse la luz, las cuatro hadas se encuentran en la calle de un lugar que nunca habían visto antes. Todas miran a su alrededor aún tristes. Desconocen su situación por eso Aeri, tras unos instantes, se rehace para sobreponerse. Se encuentran en una calle con casas a los lados pero poco tardan en cerciorarse de que no son casas como las que hay en Malphalis. Las paredes y la forma que tienen les parecen extrañas.

Por uno de los extremos de la calle aparecen tres niñas.

—¡Guau! Que buenos disfraces de hadas —dice una de las niñas, que se detiene ante Aeri. Al verlas las hadas se sorprenden. Sus ropajes también son diferentes.

—Somos hadas de verdad —explica Myra.

—Las hadas no existen —dice otra niña. Las tres desaparecen corriendo. En ese momento comprenden que, para encajar en semejante lugar, van a tener que enfrentarse a muchos cambios.

—El carnaval se acabó hace meses —dice otra niña. Las tres se miran y se ríen.

—¿Caníbal? —pregunta Lidia sorprendida. Pero esa pregunta no hace más que provocar otra risotada de las niñas, que se van entre más y más risas—. ¿Que acaba de ocurrir?

—Muy bien —dice Aeri, a la que todavía se le nota las huellas de las lágrimas—. Ocultad vuestras alas y no uséis magia. Al parecer en este mundo no hay hadas —el hada se gira y solo ve a dos de sus compañeras—. ¿Dónde está Pira? —las tres miran su alrededor.

—Estaba aquí hace un momento —contesta Myra.

—Busquémosla —ordena Aeri. Pero Pira ha abandonado el grupo al enterarse de que son una especie nueva en un nuevo mundo. Tardarán tiempo en reencontrarse.

Desde luego era un mundo muy peculiar para ellas. Resultaba extraño cambiar las estepas y llanuras de sus tierras, llenas de vegetación, por un mundo en el que los árboles escaseaban y donde las ciudades alcanzaban tamaños desproporcionados para sus ojos. También existían los bosques allí pero incluso los árboles eran distintos. Los propios edificios tenían una composición diferente y cada detalle destacaba para la mente de ellas. Los humanos que allí habitaban eran distintos, ni que decir de sus ropajes. Pronto aprendieron que usaban medios de transporte llamados automóviles, que, por supuesto, escapaban de su comprensión. Y como ese, mil detalles más que las fascinaban y asustaban a partes iguales. Cada día aprendían algo nuevo de ese mundo. Algo nuevo para ellas.

Las hadas permanecen 10 años en ese mundo. Tras un período de adaptación nada fácil, Aeri ocupa ese tiempo entrando en la academia de policía local debido a su disciplina más afín con su carácter. Tras obtener su título, logra ascender a inspectora de policía y después se convierte en la jefa de su propio equipo de investigación.

Los caminos de Myra y Lidia son coincidentes en todo. Ambas sintieron una atracción instantánea ante la tecnología de su nuevo mundo y se sumergieron en el ámbito de la informática que les permitió obtener un trabajo en una empresa prestigiosa de su sector.

En cambio, Pira es la que sufre más en su nuevo destino. Su dolor y su soledad la hicieron abandonar la urbe para dirigirse a un ambiente en el que se sentía más cómoda, el bosque.

Pero las malas noticias no tardan en llegar. Ni siquiera a mundos tan distintos ni tan distantes. Tras su partida, la situación en Malphalis no dejó de empeorar y los orcos campan a sus anchas por cada rincón de Usterbond. Aeri sabe de esta situación debido a uno de los asesinatos que tiene que investigar. El cuerpo de un elfo de Malphalis es hallado en un descampado a las afueras de la ciudad en la que residen Aeri y sus compañeras. En la mano del elfo, un pergamino escrito:

“Este elfo es solo una muestra del caos que asola Malphalis en estos momentos. Escribo con la esperanza de que este mensaje llegue a manos de las hadas que abandonaron su querido árbol. Si no volvéis, el árbol de Gaia arderá y será por vuestra culpa”

Aeri se estremece al verlo. En el reverso del pergamino hay un hechizo con el mensaje “cambia-mundos”.

Este acontecimiento llevaría a Aeri a reunir a su equipo para decidir si cederían ante las amenazas vacías de los orcos.

¿Deberían volver?

Aeri se encuentra con Lidia y con Myra en su casa intentando responder la pregunta.

La conversación tiene lugar en el salón del piso de Aeri. En una amplia estancia con un sofá y un sillón formando una “L”. Aeri elige el sillón mientras sus compañeras se sientan en el sofá.

—Malphalis puede ser un solar en estos momentos —dice Aeri mientras le enseña el pergamino a sus acompañantes y se lo entrega a Lidia—. Y atacarán nuestro hogar.

—Nuestro hogar es este ahora —contesta Lidia tras ojear el escrito—. Si volvemos puede que nos vuelvan a vender a los orcos. O puede que corramos un destino incluso peor.

—Destruirán el árbol de Gaia —interrumpe Aeri mirando a Lidia a los ojos—. Y el Segundo Bastión —Aeri mira ahora a Myra ya que, al contrario de sus compañeras, ella no le debe la vida al árbol de Gaia sino a otro árbol del mismo bosque llamado Segundo Bastión, como lo llaman las hadas—. ¿Tú qué dices Myra?

—Nunca quise abandonar el bosque —contesta Myra.

—Aeri, te seguiré a donde me mandes —dice Lidia—. Sé que tienes una gran responsabilidad para con el bosque.

—Esmeralda me hizo prometer que haría todo lo que pudiera por mantener

ese legado —explica Aeri—. Por eso no puedo ignorar el sufrimiento por el que ahora pasa nuestro mundo.

—Protejamos Malphalis —dice Lidia.

—Necesitamos a una cuarta persona para hacerlo —dice Aeri.

—Pero no sabemos dónde está —dice Myra.

Nadie sabe nada acerca de Pira desde que llegaron a ese mundo. No obstante, las habilidades informáticas de Myra y Lidia les permiten escudriñar cada palmo de internet en busca de pistas hasta encontrar una mujer que coincide en su descripción con el hada perdida. Esa mujer se encuentra hospitalizada en la clínica local.

Pira ha sido ingresada con cortes en su muñeca izquierda hace tres días y descansa en una cama en una de las habitaciones de la clínica. A pesar de que Pira siempre ha sido una hada solitaria, la vida lejos de sus compañeras ha sido demasiado difícil para ella por eso solo encontró una salida cuando un maleante intentó atacarla y ella se defendió y le robó su arma, una navaja. Por fortuna, para cuando Pira estaba decidida a poner fin a su vida, una pareja de ciudadanos llamaron a una ambulancia al ver el estado en que se encontraba. Llevaba ya más de una semana en esa clínica. En una sala pequeña con una cama, una ventana y poco más. En su estancia, le habían preguntado acerca de sus datos personales, su seguro, su dirección, parientes cercanos etc... Pero Pira respondía con evasivas. También vino un doctor cuya aparente intención era, única y exclusivamente, hablar con ella.

Llevaba más de una semana allí. Soportando todos esos trámites. Por eso la visita de sus fieles amigas es una gran sorpresa para ella. Cuando acuden a su encuentro, Myra y Lidia se lanzan a sus brazos y las tres se funden en un abrazo de felicidad mientras Aeri le explica a Pira la situación en un tono más sobrio.

Pira está dispuesta a volver a Malphalis. Dispuesta a volver a empuñar un arma y dispuesta a tener de nuevo un propósito que la haga aprovechar su vida.

Más tarde las cuatro vuelven a la casa de Aeri.

—¿Cómo funciona el hechizo? —pregunta Lidia.

—Hay que dibujar los símbolos de este pergamino con nuestra sangre, ya que es nuestra única fuente de magia blanca, en alguna superficie —explica Myra con un alfiler en la mano. Las cuatro se pinchan un dedo con el alfiler y comienzan a dibujar en el suelo. Cuando acaban aparece un estallido de luz

blanca como el que saliera del cuerpo de Esmeralda años atrás.

Al disiparse, las hadas están de vuelta en Malphalis, en el árbol de Gaia.

—Hemos vuelto —dice Aeri. El hada se acerca a una de las paredes del árbol y la toca para sentir de nuevo un aluvión de sentimientos que hacía tiempo que no recordaba.

## 2-Prueba fallida

Las hadas de Gaia han regresado a su hogar, que parece seguir tal cual lo dejaron. Aeri, Myra, Lidia y Pira acaban de volver a Malphalis tras 10 años de ausencia pero el majestuoso árbol que las vio nacer y crecer parece impasible aun cuando la situación de Malphalis haya empeorado.

Lidia recorre el vestíbulo con la mirada y se acerca a una de las paredes interiores del tronco. Algo ha llamado su atención: un cúmulo de ramas entre las que se oculta un cadáver.

—Venid a ver esto —dice Lidia mientras separa las ramas para despejar el cadáver. Sus hermanas se acercan a contemplar aquello que ha llamado la atención de Lidia.

—¡Ah! —grita Myra al ver la calavera.

—¿Un cuerpo? —pregunta Pira cuando las ramas no pueden ocultar el esqueleto.

—Parece demasiado pequeño para ser un elfo o un hombre —explica Lidia mientras trata de liberar completamente los huesos—. Y demasiado grande para ser de un orco.

—Fijaos en las ramas que se han formado alrededor —dice Aeri y las cuatro observan la jaula de madera que ocultaba el cadáver.

—Parece como si el árbol lo protegiera —acaba diciendo Lidia.

—Solo existe una persona a la que Gaia protegería así —explica Aeri a sus compañeras.

—Pero ella murió cuando nos envió al otro mundo —dice Pira y las cuatro se quedan pensativas un instante.

—Explorad a fondo el resto del árbol. No quiero más sorpresas —ordena Aeri. Myra y Lidia suben volando a los pisos superiores mientras Pira las mira.

Las dos hadas que volaron por el interior del árbol llegan a una sala circular y amplia con un balcón desde el que se ve el bosque en su plenitud. Las hadas usaban esa sala como guardería, es decir, una sala reservada a las recién nacidas donde sus cuidadoras velaban por ellas. En aquella sala, Myra y Lidia observan los restos de la rama madre, una rama que dibuja una pendiente y que formaba parte vital del sistema de producción de semillas-

huevo, las semillas de las que nacen las hadas. Pero el estado de ésta es deplorable. No se encuentra solo rota, sino destrozada por completo, lo cual impediría la producción de semillas-huevo de las que nacerían más hadas.

—No puede ser —niega Myra, a la que el estado del árbol le provoca tristeza—. ¿Quién habrá hecho esto?

—Está tan dañado que ha quedado infértil —la explica Lidia—. El que lo haya hecho seguramente lo sabía.

—¿Significa que no nacerán más hadas? —pregunta Myra.

—Eso me temo —contesta Lidia.

—No creo que los orcos quisieran que esto pasara —dice Myra que se acerca a la rama destrozada.

—Tienes razón —dice Lidia, poniendo su mano en el hombro de su compañera.

—¿Vamos a la biblioteca? —pregunta Myra. Lidia asiente.

En la armería, Pira coge la única espada que queda en toda la armería. Ella fue la única en abandonar su arma en el día que se despidieron de Malphalis.

Por la puerta aparece Aeri.

—¿Es lo único que no se han llevado? —pregunta Aeri después de ojear la habitación. Pira se gira y la mira.

—Me servirá —dice Pira—. ¿Has visto el estado del manantial?

—No queda magia blanca —contesta Aeri—. Parece que se la han llevado —las dos se quedan en silencio—. Pira, todavía tenemos una conversación pendiente.

—No sé de qué me hablas —dice Pira intentando impedir una conversación incómoda acerca de su sufrimiento. Una de esas conversaciones que hacen parecer que es una persona vulnerable y que tanto detesta.

—Del motivo por el cual te encontramos en un hospital ingresada con heridas en la muñeca —explica Aeri. Pira le da la espalda y no contesta—. Necesito saber por qué lo hiciste —sigue sin contestar—. Soy vuestra líder y no podemos tener secretos ni problemas si queremos seguir siendo un equipo —Pira se queda pensativa. Aeri se da la vuelta para irse, resignada ante la pasividad de su compañera—. ¡Sigh!

—Espera —dice Pira por fin. Aeri la mira y Pira se gira hacia Aeri—. Fue una idiotez, lo sé —hace una pausa mientras se acerca a Aeri pero no la mira a la cara. Siente vergüenza—. El día en que ese trol, me abatió fue el peor día

de mi vida. Pero no solo porque perdiera mi ala y mi capacidad de vuelo. Ese día nos traicionaron los hombres y elfos con los que habíamos luchado codo con codo y me sentí traicionada. Además, me quedé sola, sin vosotras —Pira hace una pausa en la que toma una bocanada de aire—. Sé que soy fría y distante y que no os exprese a menudo... Ya sabes...

—¿A menudo? No lo haces nunca... —interrumpe Aeri—. Perdón... ¿Por qué te fuiste de nuestro lado? Podíamos haber seguido juntas.

—Lo sé —dice Pira—. Lo hice porque no quería que tuvierais que cargar conmigo en un mundo que desconocíamos. Pero a la larga eso lo precipitó todo —otra pausa—. Sabes que siempre me he definido como una guerrera y sí lo hago es porque siempre he tenido algo por lo que luchar y alguien a quien defender y mi motivo más noble siempre habéis sido vosotras, las únicas personas en las que confío. Cuando os perdí... No podía haber acabado de diferente forma.

—Pira... —dice Aeri, que, tras descubrir los motivos que llevaron a Pira a llevar a cabo ese hecho, no puede evitar sentirse triste por su compañera, a la que conoce desde que tenía 23 años y que durante el tiempo que pasó en aquel mundo distinto, creyó que la había perdido—. No volverás a estar sola nunca más. Sé lo difícil que te resulta hablar de estos temas —Aeri abraza a Pira—. Gracias por contármelo.

—¿Qué haces? —pregunta Pira a la que le extraña la repentina muestra de afecto de su amiga.

Tras la emotiva charla, las cuatro hadas se vuelven a reunir en el vestíbulo.

—¿Noticias? —pregunta Aeri.

—No muy buenas —contesta Lidia.

—Gaia no producirá más semillas-huevo —aclara Myra—. Alguien ha destruido la rama madre.

—Además, en la biblioteca quedan escasos siete libros —dice Lidia—. Ni rastro del resto.

—Bufff —suspira Aeri, mientras se rasca la cabeza pensativa.

—¿Y el manantial principal de magia blanca y la villa? —pregunta Myra. La villa de Gaia es un modesto palacio en el que acostumbra vivir la reina de las hadas. Es, de hecho, rústico y pequeño pero a la vez acogedor, además de destacar por ser el único edificio que se esconde entre los árboles del bosque.

—La villa sigue en pie pero el manantial está seco —contesta Aeri—. Los

orcos siempre han ido en busca de la magia blanca. Y ahora la tienen.

Nadie ha llegado a descubrir nunca cuales son los verdaderos planes de los orcos. Simplemente son una fuerza hostil que opera bajo las órdenes de un líder que nadie ha visto. Pero hay una cosa que sí que saben; los orcos buscan magia blanca para vaya usted a saber que planes. De hecho, esa ansia de magia blanca fue la que inició la presente guerra.

—Aún hay otra mala noticia —continúa Myra.

—¿Más? —pregunta Pira con sarcasmo.

—Desde el último balcón que da al oeste hemos visto Nashrim, la capital de los reinos élficos —explica Lidia—. Aunque dudamos de su integridad.

—¿A qué te refieres? —pregunta Aeri.

—La capital está bajo dominio orco —explica Myra—. A juzgar por las columnas de humo negro que emanan de ella.

—No tenemos muchas opciones —dice Aeri tras analizar su situación—. Puede que no nos queden aliados pero de buscarlos, deberíamos empezar por la siguiente ciudad más cercana.

—Y rezar para que siga en pie —dice Pira, de nuevo sarcásticamente.

—Esa es Zorgan —dice Lidia—. La ciudad humana más al sur.

—Pongámonos en marcha y con suerte llegaremos antes de que anochezca —ordena Aeri. Lidia y Pira se disponen a caminar pero Myra no las sigue—. ¿Ocurre algo, Myra?

—¿No creéis que deberíamos hacer algo con ella? —pregunta Myra que señala el cuerpo que intuyen que es el de Esmeralda. Las hadas permanecen en silencio.

—Sí —contesta Aeri mientras se acerca a Myra. Tras esto, se dirigen al montón de ramas que ocultaba a su reina y recuperan el cadáver.

Entre Aeri y Lidia portan el cuerpo, en una lona, hasta un lugar apartado del bosque. Un sitio en el que los árboles hacen un claro y la luz del sol del atardecer puede llegar esquivando las ramas de la vegetación. Parece el sitio óptimo, así que Pira empieza a escavar un lecho para su gobernante con una pala rudimentaria que había cogido con anterioridad del interior del árbol. Cuando la tumba es lo suficiente profunda, Aeri y Lidia depositan el esqueleto y Pira lo cubre con la tierra.

—Que aquí yazca Esmeralda —pronuncia Aeri, buscando palabras que hagan justicia a lo que las hadas sienten por su reina—. Gobernante justa donde las hubiera. Luchó y veló por su pueblo hasta el final y ahora su alma ha

sido transferida a Luterna, donde la diosa Azahara cuidará de ella hasta el final de los días —Pira, Lidia y Myra escuchan cabizbajas el emotivo discurso de Aeri.

Pero la partida no se puede demorar más y las cuatro salen del bosque para adentrarse poco a poco en las montañas que componen la cordillera de Nurm, un cordón de cimas que separan la parte sur del continente de Usterbond, la marca de Nurm. En lo alto de una de las montañas, Aeri se detiene para ver el panorama. Al verla detenida, el resto también para.

—¿En esto se ve reducido nuestro mundo? —dice Aeri. Se ve la chimenea de humo que es la capital elfa. Pero el resto del panorama no alegra la vista. Sobre todo por la sensación que desprende. Desde luego no parece el mismo mundo que abandonaron. El mundo pasado tenía vida y el que tienen enfrente parece carecer de ella.

—Hay mucho trabajo que hacer —dice Pira intentando inspirar esperanza.

—Es increíble el declive de nuestras tierras tras nuestra marcha —dice Lidia. Se oye un cuerno cerca de ellas.

—Orcos —reacciona Pira, que mira a Aeri.

—Adelante —dice Aeri. Pira desenfunda su espada y corre a por un grupo de orcos que se encuentra a escasos 200 metros.

Aeri, Lidia y Myra se unen a su compañera en el combate y acaban con la horda de orcos en otro de sus bailes de perfecta coordinación.

—Por lo menos algo no ha cambiado —dice Aeri.

Esa misma noche las cuatro llegan a Zorgan, cansadas por el viaje. Zorgan es una ciudad de tamaño medio y de aspecto rural, pues su muralla es de madera, motivo por el que antaño se ganó el nombre, entre algunas lenguas, de fuerte Zorgan. En la mitad de la ciudad se halla uno de los castillos reales, el lugar en el que el rey habitaba en la época de lluvias. No se trata de la capital de los reinos humanos, pero como más tarde comprenderían las hadas, el rey se hallaba en ese lugar debido a que la antigua capital, Roca Alta, había sido tomada tiempo atrás por los orcos.

También han sido tiempos sombríos para los humanos, que han tenido que ver su mundo y su reino reducido a una última ciudad escondida en el sur del continente. Cinco años después de la partida de las hadas, el rey Byron alcanzó su muerte a manos de una terrible y fulminante enfermedad. La corona recaló, entonces, en su hijo Relass. Éste era demasiado joven por aquél entonces y no pudo defender los territorios humanos como lo hubiera hecho su

padre. Sus intentos por mantener a su pueblo se vieron reducidos a una huida apresurada de las huestes de orcos. Una huida que, además, produjo que los reinos élficos quedaran al descubierto, desprotegidos y, finalmente, conquistados por el enemigo de ambos.

—¿Deberíamos ocultar nuestras alas? —pregunta Lidia.

—No —contesta Aeri—. No hay que ocultarse.

Tras atravesar las puertas de la muralla, comienzan su marcha por los interiores de la ciudad. La gente en las calles se sorprende al verlas, atraen las miradas de todos los humanos con los que se cruzan y se escuchan voces entre ellos. “¿Cómo es posible?” se preguntan unos. “Son hadas de Gaia” susurran otros.

Una vez en la fortaleza unos soldados salen a recibirlas.

—¿Sois hadas de Gaia? —pregunta un soldado desde lo alto de la escalera de entrada.

—Así es —contesta Aeri—. Y solicitamos audiencia con el gobernante de estas tierras.

Detrás del soldado aparece el príncipe Axel Casterline. Un hombre joven cuya cara luce una barba de color castaño y una melena de igual color. Su mirada es alegre y sus ojos azules casan a la perfección con sus holgadas vestiduras en tela.

—Habéis causado mucho revuelo entre la gente de la ciudad —dice Axel mientras le hace señas a sus soldados para que retrocedan.

—¿Tú eres el mencionado soberano? —pregunta Aeri.

—Soy el príncipe humano y capitán de la guardia Axel Casterline —explica Axel.

—La casa Casterline. Otra cosa que no ha cambiado —le dice Lidia a Pira en voz baja.

—Decidme, hada, ¿Cómo es que soy el primer miembro de la corte humana en ver un hada desde el año 324? —pregunta Axel mientras baja por las escaleras.

—Es uno de los temas que me gustaría tratar con el rey —dice Aeri.

—Os concederé la audiencia, sin lugar a dudas, pero antes ¿Querriáis acompañarnos a nuestra cena? —pregunta Axel—. Seguro que tenéis hambre.

—Di que sí, Aeri, porfi —susurra Myra desde la espalda de Aeri.

Minutos después, en un extenso salón, diez comensales humanos acompañan a las hadas en una mesa repleta de alimentos. Hay músicos que

tocan canciones festivas. Myra y Lidia charlan y socializan con el resto de invitados, Pira se limita a comer de su plato y Aeri se dirige al príncipe, que está sentado a su lado en la mesa.

—La cena está terminando príncipe —dice Aeri—. ¿Cuándo me concederá el rey esa audiencia?

—Ahora está ocupado en su fiesta —dice Axel mientras mira a su padre—. Pero si lo deseáis, yo mismo me reuniré con vos.

En una sala contigua, Aeri y el príncipe se reúnen a solas. Es un salón amplio con un ventanal desde el que se ve la ciudad con las luces de las calles en la noche.

—Muy bien, hada —dice Axel—. Ya tienes la audiencia que deseabais. Decidme ¿Qué es eso que no puede esperar? —Axel se dirige a un mueble con copas.

—Pues... —comienza Aeri pero el príncipe la interrumpe para ofrecerle una copa.

—¿Licor? —pregunta Axel.

—De acuerdo —contesta ella—. Creía que la situación en Malphalis había empeorado sustancialmente desde que nos fuimos pero debía estar errada si os dedicáis a los festejos —Axel la mira profundamente mientras le entrega su copa y le ofrece, además, una sonrisa irónica a su comentario.

—¿Y a dónde fuisteis? —pregunta Axel inquisitivamente— ¿Huisteis?

—Sí —contesta Aeri—. ¿Para qué os voy a engañar?

—¿Pero volvisteis? —vuelve a preguntar el príncipe.

—En aquel mundo al que fuimos, se nos hizo llegar información acerca del estado de Malphalis —explica Aeri—. Y hemos podido comprobarlo con nuestros propios ojos ¿Cómo ha podido convertirse en un caos en tan solo 10 años?

—¿10 años? —dice Axel— Mira, no sé a dónde fuisteis pero aquí han pasado 50 años.

—¿50! —dice Aeri, que bebe un gran trago de su copa— ¿En qué fecha estamos?

—Es el cuarto día del séptimo mes del año 374 de la tercera edad —aclara él.

—Eso no es posible —niega Aeri, que no termina de comprender la situación.

—No sé qué decirle, señora hada —dice Axel. Ambos permanecen en

silencio mientras Aeri asimila la información que el príncipe le acaba de ofrecer—. Dígame ¿Cómo era el mundo al que fuisteis a parar? —Axel rompe el silencio.

—Era muy distinto a este —explica Aeri. El hada comienza a moverse por la estancia hacia el ventanal mientras Axel la escucha—. Muy avanzado en algunos aspectos pero con otros dilemas que no creía que pudieran darse. Además, no existían los orcos ni los elfos, solo humanos. Pero también había guerras entre ellos. Algunas... Por motivos ridículos.

—¿Un mundo sin hadas, también? —dice él. Aeri asiente mientras traga el licor que acaba de ingerir—. Supongo que te resultaría difícil volver a Malphalis después de tanto tiempo.

—Nada se puede comparar al amor que sentimos las hadas por Gaia —explica Aeri—. Así que hemos vuelto para luchar por este mundo —Aeri mira profundamente a Axel—. Así que dime ¿En qué estrategia trabajan los humanos de Zorgan?

—No existe estrategia alguna —dice Axel—. Llevamos 13 años en la misma situación. Los orcos han conquistado el resto de poblaciones. Tanto humanas como élficas. Y nuestro rey ha perdido la esperanza de ganar esta guerra. Por eso festejamos. Festejamos que ha pasado un día más y los orcos no han bajado de la montaña para acribillarnos con sus flechas.

—¿El rey ha perdido la esperanza? —pregunta Aeri sorprendida— ¿No existe un plan para cesar el declive en el que se sume Malphalis? ¿Acaso no sabe que la derrota supone la extinción de la raza humana?

—Lo sabe, creedme —dice Axel con resignación—. No hago más que recordárselo. Parece que nada le hace cambiar de opinión. Mi padre es, en realidad, una sombra del que era antaño.

—No hemos venido desde un recóndito mundo del cosmos para ver como cae el último eslabón de esta guerra. Así que transmítele la nueva alianza que pretendemos crear —dice Aeri, con decisión.

—Con cuatro soldadas más la balanza no se decantará en nuestro favor —dice Axel. A Aeri parece molestarle un poco ese comentario.

—No somos cuatro soldadas cualesquiera —dice Aeri—. Déjame que te hable de ellas. La primera es un hada especial. Su raza, por lo general, solo puede lanzar hechizos curativos pero ella, sea cual sea la razón, puede lanzar magia de todo tipo. Y no pienses de ella que es inexperta por su apariencia. Lucha con un valor descomunal.

—¿Te refieres al hada con aspecto de niña? —pregunta Axel, que duda de las capacidades de Myra.

—Es la más joven sí, pero no debes menospreciarla por ello —dice Aeri defendiendo a su compañera.

—Continua —exige Axel.

—La segunda es una experta en el uso del arco, dispara con una precisión mortífera. Nunca la he visto fallar un disparo. Siempre da en el blanco —dice Aeri—. La tercera es posiblemente la mejor guerrera que haya visto Gaia. La he visto enfrentarse a montones de orcos para reducirlos a montañas de cadáveres. No le tiene miedo a nada en el campo de batalla.

—¿Te refieres al hada sin ala? —pregunta él.

—Como norma general son muy resistentes pero no soportan el mazazo de un trol de 170 kilos —explica Aeri.

—¿También vas a ensalzar tu figura? —pregunta Axel.

—Yo soy el motor, el corazón del equipo —dice Aeri—. Las conozco como nadie y sé cómo sacar el mejor partido de ellas. Estoy ahí cuando alguna peca de infantil, insegura o irrespetuosa —se hace un silencio—. Vamos a luchar con o sin vosotros. Hasta el último aliento. Como siempre lo hemos hecho las hadas.

Después de la charla, un soldado acompaña a Aeri a sus aposentos. Cuando entra en la habitación ve a Pira despierta, mirando por un balcón.

—¿Todavía despierta? —pregunta Aeri. Pira la mira un instante sin girar su cuerpo pero luego vuelve a mirar al horizonte.

—No duermo mucho últimamente —explica Pira—. El príncipe te mantuvo entretenida.

—Mañana será un día largo —dice Aeri para iniciar el silencio.

—¿Qué opinas de él? —pregunta Aeri—. ¿Es de fiar?

—Si... No... —divaga Aeri— Es demasiado pronto para especular.

A la mañana siguiente, en el salón del trono del rey, Axel habla con su padre, Relass Casteline, que se encuentra mirando por la ventana de una habitación rectangular con paredes y columnas de piedra. La ventana por la que mira es una ventana pequeña situada en una de las paredes más pequeñas y por encima de su cabeza.

La relación entre ambos se ha enfriado mucho desde los tiempos de la adolescencia de Axel. En cierto modo, el príncipe culpa a su padre por la pérdida de su hogar en Roca Alta. Y es que en esa huida, la primera de

muchas, Axel perdió a su madre. Es, sin duda, uno de los motivos por el que el carácter del rey se ha tornado más agrio y pesimista.

—¿Escudriñaste las intenciones de la líder de las hadas? —pregunta el rey, sin girarse.

—Así es, padre —contesta Axel.

—¿Y qué te parece? —pregunta Relass, que esta vez se gira y se dirige hacia el trono—. ¿Podemos confiar en ellas?

—Creo que con ellas tenemos más posibilidades de ganar esta guerra —dice Axel mientras el rey se sienta en el trono pensativo.

—¿Guerra? —pregunta el rey— La guerra está acabada y la hemos perdido, hijo mío —a Axel, que se encuentra cabizbajo le molesta ese comentario.

—¿Y si no fuera así? —pregunta Axel. Su padre le mira y le ofrece una sonrisa torcida— Tenemos hombres para luchar.

—Cientos de hombres contra miles de orcos —dice Relass.

—Es posible con una buena estrategia —contesta Axel, que alza la cabeza para mirar a su padre a la cara—. Quizás la llegada de las hadas sea un augurio de buena suerte —la estancia se queda en silencio.

—La situación es estable ahora —dice el rey sentado en su trono de madera con detalles dorados y asiento rojo—. Los orcos no parecen tener intención de matarnos. Y si perturbas esa situación, no habrá vuelta atrás.

—El capricho de los orcos puede cambiar en cualquier momento —dice Axel—. ¿Por qué no anticiparnos a ello? —el rey se lleva una mano a la boca y piensa en las palabras de su hijo.

—Con la llegada de las hadas... Puede que sea el momento —dice Relass. A su hijo le agrada ese comentario—. Pero son cuatro hadas. Tampoco es una gran ayuda. Tenemos que probar su poder, sus habilidades.

—¿Qué propones? —pregunta Axel.

—El primer paso para equilibrar la balanza en esta guerra es librarnos de la acosadora vigilancia que ejercen los orcos sobre la marca desde la montaña —explica Relass—. Dejemos que las hadas se encarguen de los orcos apostados a lo largo de toda la cordillera.

—Es una misión suicida para cuatro soldados —dice Axel.

—No serán cuatro —explica de nuevo el rey—. Sino ocho. Encubriremos la lucha por la cordillera con una carrera hasta la cima —el príncipe queda pensativo.

—No creo que sea una buena idea —dice Axel.

—Así probaremos a las hadas y nos aseguraremos de nuestras posibilidades antes de volver a la guerra —sentencia Relass—. Elige a tus soldados, Axel.

Al salir de la sala del trono, Axel se dirige al exterior de la ciudad. Abandona el castillo y recorre las calles hasta cruzar el portón que le separa de la estepa que acompaña al exterior de la ciudad. Posteriormente se dirige a un enclave humano situado a escasos metros de Zorgan. Es un puesto de avanzada poblado por cuatro tiendas de lona de escasos dos metros de altura en el que se hallan unos 15 soldados humanos. En el interior de una de las tiendas se halla un soldado humano que observa un mapa de la región sobre una mesa y conversa con otro soldado. Aquel hombre que mira el mapa parece ser el soldado de mayor rango allí presente a excepción del capitán de la guardia que acaba de llegar. Viste unos largos ropajes en azul oscuro que acaban pasadas sus rodillas sobre una armadura ligera de cuero, su nombre es Azir.

—Está bien —dice Azir antes de que el príncipe entre en su tienda—. Vigílad, pues, el puesto cercano al prado este.

—De acuerdo —acepta el soldado al que se acaba de dirigir y se marcha de la tienda con paso firme no sin detenerse y saludar a Axel, que acaba de entrar en la tienda y que ahora espera para dirigirse a Azir.

—Axel —saluda Azir.

—Comandante Azir —responde Axel—. Sabía que aquí podría encontrarte.

—¿Qué le trae por este puesto? —pregunta Azir.

—Sin duda te habrás enterado de la vuelta de las hadas —dice Axel. Azir asiente—. Pues bien, el rey quiere poner a prueba su lealtad y compromiso con la causa.

—¿La causa? —interrumpe Azir— Acaso... ¿Volvemos a la guerra?

—Así es —afirma Axel, que no puede evitar una sonrisa tímida. Azir le devuelve el gesto de la misma forma.

—Vaya —dice Azir—. Después de tanto tiempo... No sé qué decir.

—Hay un paso previo —dice el príncipe.

—La prueba —afirma Azir.

—Así es —dice Axel—. Se trata de una prueba de habilidades que deberán aprobar las hadas antes de lanzarnos a la guerra. El rey quiere hacer

una carrera por la montaña en la que las hadas competirán contra un grupo de cuatro hombres.

—¿Y quieres que yo sea uno de ellos? —pregunta Azir.

—Tú conoces mejor que nadie los campamentos orcos de la montaña —dice Axel antes de hacer una pausa—. Vendrás conmigo, Lauder y con Stelth —los tres mencionados son tres soldados humanos de diferente rango.

—De acuerdo —acepta Azir—. ¿Cuándo será?

—Dentro de cuatro días —contesta Axel—. Las daremos un respiro después de su viaje desde Gaia.

De esta manera, las hadas obtienen un descanso. Han pasado muchas cosas en muy poco tiempo. Su reencuentro con Pira, su vuelta a Malphalis, el descubrimiento del estado en que se encuentra su viejo mundo y su viaje hasta Zorgan.

Aprovecharán ese tiempo para visitar tanto Zorgan y sus habitantes como el resto de la marca.

Por las calles de Zorgan descubren que los ciudadanos también ven la llegada de las hadas como un buen presagio. Algunos se detienen a hablar con ellas y éstas notan admiración en sus palabras y en su forma de dirigirse a ellas. Otros les ruegan que acepten detalles y pequeños presentes como muestra de esa admiración. Los niños y niñas, incluso les piden que les muestren algún truco mágico. Algún truco menor de los que realizan estalla en la imaginación de los más jóvenes.

Del resto de la marca y sus pequeños pueblos descubren la vida de ese mundo. Ya no es el que era pero su primera percepción, desmesuradamente pesimista, cambia aunque sea un poco. Ese mundo, Nurm, era como un remanso de vida escondido en todo un continente que carecía de ella. En sus estepas seguía habitando fauna. Ganado, en su mayoría y, aunque el clima de esa época era más bien árido, las agrupaciones de árboles también asomaban en el horizonte.

Aeri hacía hincapié en que sus compañeras le contaran como se sentían y que es lo que pensaban, consciente de que las había arrastrado a esa situación. Podían tener una vida más sencilla en el mundo del que venían. Todas menos Pira. Pero ella sentía que era la responsable absoluta de que hubieran vuelto.

Aeri también se reunió más de una vez con el príncipe Casterline. Éste la llevaba a sitios vistosos de la ciudad y a páramos donde le explicaba fragmentos de lo ocurrido en su ausencia y, siempre que se veían, Axel vestía

más elegante de lo habitual. Aeri encontraba este hecho peculiar y solo Aeri encontraba este hecho peculiar pues sus amigas mostraban cierto interés y preocupación cuando Aeri se reunía de vuelta con ellas. Cosa que la extrañaba.

Los días de reposo pasaron demasiado rápido, tal vez, pero la mañana del cuarto día, las cuatro carecían de cansancio y, más importante, estaban concentradas, conscientes de lo que pasaría ese mismo día.

Esa misma tarde, un grupo de humanos y el grupo de hadas se reúnen al pie de la montaña.

—Las reglas son sencillas —habla un soldado que acompaña al rey—. Conseguirá la victoria el grupo que antes corone la cima de Tuarán, situada a 67 kilómetros al oeste de esta posición, antes. El equipo humano partirá desde esta posición y se le otorgará al equipo de las hadas una ventaja de siete vueltas del reloj de arena.

—¡Eh! ¡Hadas! —exclama Axel— El vuelo está prohibido.

—No necesitamos volar para ganar —contesta Pira a la que ese comentario le duele. A Axel le molesta la reprimenda del hada.

—Hadas, podéis comenzar —ordena el soldado. El rey se acerca al grupo de humanos.

—Si en algún momento tenéis problemas, bajad de la montaña enseguida —le dice Relass a su hijo demostrándole preocupación.

Las cuatro se ponen en marcha mientras observan la cordillera que están a punto de subir. Una fila de picos rocosos que parecen no tener fin para sus ojos.

El camino de tierra no está bien definido. Serpentea, se ensancha y se encoje a placer. Las hadas ya lo recorrieron el día anterior para visitar la estepa y los pueblos que hay en ella. Pero al cabo de una media hora encuentran una bifurcación y toman el camino que les conducirá directamente a la montaña, al contrario del camino que tomaron ayer.

—¿Por qué creéis que hacemos esto? —pregunta Myra, cuando ya llevan un rato caminando— 67 kilómetros son muchos.

—Nos están probando —contesta Aeri.

—¿Cómo nos van a probar? —pregunta Lidia— No vamos a mostrar nuestro potencial corriendo por una montaña.

—No es una prueba de velocidad —niega Pira—. Hay orcos en la montaña.

—Exacto —asiente Aeri.

—Eso se parece más a una prueba a la altura —dice Myra.

—No sé qué ocurre en la cabeza del rey humano —dice Aeri—. No debe confiar en nosotras.

—¿Por qué? —pregunta Myra— Somos de los buenos.

—Hemos vuelto misteriosamente después de 50 años de ausencia — explica Aeri—. Supongo que se preguntarán si apoyamos a la misma gente que nos traicionó años atrás.

Las cuatro caminan durante todo el día por las montañas de la cordillera. Las vistas son impresionantes desde su posición ya que la parte cercana a la cordillera presenta unos riscos y unos relieves sobrenaturales que hacía mucho que no disfrutaban. Hay pilares imponentes que se alzan hasta el cielo y que están cubiertos por densa vegetación verde. También hay arcos naturales de pura roca que atraviesan profundos acantilados. Desde luego, aquellos paisajes solo existían en Malphalis.

Pero las hadas no tienen tiempo para detenerse a disfrutar de las vistas. Más aún, cuando ven un pequeño campamento orco. Las hadas se mantienen a una distancia de seguridad y Aeri procura inventarse una estrategia que les de la victoria.

—Más orcos —dice Pira—. ¿Qué hacemos? —Aeri permanece pensativa un momento más.

—Atacad —afirma Aeri tajantemente—. No parece que sean muchos. Intentaremos ser sigilosas y acabar cuanto antes.

Las hadas utilizan las tiendas de campaña de los orcos y las rocas del camino para acercarse sin ser vistas y deshacerse uno a uno de sus enemigos. Cuando el trabajo ya está acabado, las cuatro se reúnen.

—Los cadáveres alertarán a los orcos que se acerquen —pregunta Pira.

—Dejadlos a la vista —ordena Aeri.

—¿Cómo? —pregunta Lidia.

—Los humanos nos siguen la pista —pronuncia Aeri—. ¿quieren saber de qué somos capaces? ¿Qué mejor forma que dejar un río de sangre a modo de huellas?

—Pero pueden verlo el resto de orcos y atraerlos —explica Lidia.

—Bien —dice Pira—. Que no seamos las únicas que hagan el trabajo sucio —las cuatro se ponen a realizar el trabajo y cuando acaban se reúnen.

—No me gusta esa estrategia, Aeri —dice Lidia—. Es imprudente y

temerario.

—Confía en nosotras, Lidia —responde Aeri.

Aeri mira el cielo. El viento y las nubes han hecho acto de presencia y no parece tener intención de frenar. Es más, parece que se intensificará dentro de no mucho.

—Parece que va a haber ventisca —dice Myra.

—Cojamos las tiendas —ordena Aeri—. Y busquemos un sitio resguardado para acampar durante la noche.

Las cuatro siguen su camino pero pronto la ventisca es demasiado fuerte como para seguir avanzando. Por eso buscan cobijo entre unas rocas en la ladera. Pira enciende un fuego y todas se sientan alrededor. En el silencio de la montaña, se quedan pensativas.

—¿Cómo es posible que no tengas frío, Pira? —pregunta Myra.

—Las hadas Pharn nunca tenemos frío —explica Pira—. Tampoco calor.

—¿En qué piensas, Aeri? —pregunta Lidia al ver a su compañera con la mirada fija en el fuego de Pira.

—Me gustaría pensar que he tomado la decisión correcta al conducirnos aquí —dice Aeri preocupada. Son sus hermanas y ella, como líder, puede haberlas conducido a una trampa de la que no pueden escapar. Hace unos días creía que su decisión era la correcta. Ahora duda. Ahora que ya es tarde—. Lo llevo pensando todos los días desde que volvimos. Este mundo es un desastre. Si lo hubiera sabido antes.

—Lo salvaremos, Aeri —dice Lidia para consolarla—. Sin dudarlo.

—Gracias —contesta Aeri

—¿Por qué no contamos historias para olvidar el frío? —pregunta Myra. Las cuatro sonrían.

—¿Qué hicisteis en el otro mundo? —pregunta Pira.

La accidentada velada de las hadas continúa contando historias para olvidar la situación en la que están envueltas.

Mientras, en el campamento que atacaron las hadas, aparece un grupo de orcos cubiertos con harapos para protegerse del frío.

—¿Quién ha osado hacer esto?! —exclama el líder del grupo.

—Humanos, sin duda —contesta otro orco.

—¿Acaso creen posible ganar esta guerra? —pregunta el líder mientras camina por el desolado lugar. A medida que avanza más y más, descubre más y más cadáveres. Su rabia se acrecienta—. No me importa tener órdenes de no

atacar Zorgan, ni lo que diga Mokil. ¡Buscad a esos humanos! ¡Matadlos! Y después acabaremos con todas sus ciudades y sus pueblos —los orcos salen corriendo y el líder toca con fuerza un cuerno orco—. Y tú —dice señalando a un orco—. Trae el dragón.

El cuerno es escuchado a un kilómetro de distancia, donde se encuentra el grupo de humanos que en ese momento estaban caminando por la ladera.

—¿Axel? —pregunta Azir.

—Alguien ha cabreado a los orcos —deduce Axel—. Pronto la cima de la montaña se convertirá en un punto de reunión para todos ellos.

—Las hadas —afirma Lauder, la mano derecha del príncipe—. Ellas han atraído a los orcos.

—No las podemos culpar, Lauder —dice Axel—. Al final está ocurriendo lo que quería el rey. Va a haber una batalla por la cordillera y si triunfamos, nos libramos de todos los campamentos orcos situados en ella.

—Es una locura —dice Lauder—. Nosotros somos ocho y ellos cientos.

—Tenemos que alcanzarlas —explica Axel.

La noche es profunda pero la tempestad baja en intensidad y las hadas aprovechan para continuar su camino. Se ve la cima más alta de la cordillera en el horizonte.

—¿Te ha hablado el príncipe acerca del rey, Aeri? —pregunta Myra.

—Axel cree que lo da todo por perdido —contesta Aeri—. Espero que esta prueba le haga cambiar de opinión.

—Eso sí sobrevivimos —dice Pira.

—¿Qué clase de líder abandona su pueblo a la suerte? —pregunta Lidia retóricamente.

—No lo sé —dice Aeri—. Quedará como una hora para llegar a la maldita cima —vuelve a sonar un cuerno orco. Y tras él otros.

—Parece que no les ha gustado lo que hicimos con su campamento —dice Lidia.

—¿Qué hacemos? —pregunta Myra.

—Luchar aquí, en campo abierto, es un suicidio —contesta Aeri.

—Tenemos que llegar a la cima —dice Pira—. Es una posición ventajosa.

—Corred —ordena Aeri.

Mientras, el grupo de humanos corre también a la cima por otro camino distinto. En su ruta se topan con un grupo de unos 10 orcos y los eliminan.

Pronto, el único punto de la montaña que no está invadido por orcos es la

cima y los humanos llegan a ella escasos momentos después que las hadas.

—Enhorabuena —felicitó Axel—. Habéis ganado.

—Me regodearía si ganar fuera el verdadero propósito de la carrera —dice Aeri.

—Ahora es sobrevivir —afirma Axel.

—Tendremos una charla muy seria —dice Aeri.

—¡Eh! —grita Pira— Dejemos eso para más tarde. Nos han traído un regalo —los ocho miran al dragón que camina a cuatro patas y que marcha en primera fila del ejército orco. Es un dragón de 2 metros de altura y tres de longitud cuyas escamas parecen rocas. Tras su largo lomo, una cola acabada en un espolón afilado. Además, carece de alas en su lomo.

—¿De qué clase es? —pregunta Aeri a Lidia.

—Es un dragón de escamas gruesas —contesta Lidia.

—Esos no escupen fuego —dice Lauder.

—Cubridnos mientras nos deshacemos de él —ordena Aeri. Todos se lanzan al ataque.

Al poco tiempo transcurrido tras el comienzo del combate, Lauder es herido por la flecha de un orco y Aeri le ordena a Myra curarlo. Mientras la joven hada atiende al herido, sus tres compañeras les muestran un recital de batalla en la que logran hacer rodar al dragón montaña abajo, aplastando y matando a gran parte de los orcos. El resto de los orcos son derrotados o huyen del lugar.

Acabada la batalla, Aeri le dedica una mirada enfurecida a Axel pero no le dirige palabra. Tras dejar patente su cabreo, Aeri dispone a bajar por la montaña con rumbo a Zorgan.

Tras la batalla, al llegar a la ciudad humana, Lauder es ingresado en la enfermería y descansa en una habitación. Pero en sus sueños, está en un mundo desierto, mientras le observa un ser encapuchado sentado en un trono. Lauder mira a su alrededor, sin comprender dónde está ni qué hace allí.

—¿Quién eres? —pregunta Lauder. El encapuchado se mantiene en silencio unos instantes.

—Podría considerarse que a partir de ahora soy tu amo —dice el encapuchado. Lauder mira en todas direcciones de nuevo.

—Estoy soñando —afirma Lauder.

—Así es pero tu sueño es fruto de mi encantamiento —dice el encapuchado—. Soy un brujo y tú vas a hacer todo lo que te pida.

—No soy tu esclavo —protesta Lauder.

—Harás lo que te ordene o tu familia sufrirá las consecuencias —dice el brujo. Lauder se sorprende.

—¿Conoces a mi familia? —pregunta Lauder.

—¿A tu hija, Nina, y a tu mujer, Estela? Si —afirma el brujo—. Y su vida está en tus manos. Esto es lo que haremos: Tu, me darás información acerca de todos los movimientos que haga tu ejército y yo, no me presentaré allí donde este tu familia para mataros... —Lauder se estremece— y una cosa más: no le dirás nada de esta conversación a nadie.

—No cederé ante una amenaza invisible —protesta Lauder. El odioso brujo sonrío—. Se trata de un truco barato —en ese instante Lauder despierta en la enfermería con su ropa manchada de sangre y jadeando pero aunque revisa cada palmo de su cuerpo, no encuentra herida alguna a excepción de la provocada por la flecha del orco. A quien sí encuentra es a Axel, recostado en una silla junto a su cama. Lauder se cubre sus ropajes ensangrentados con la manta de su cama antes de que Axel se despierte.

—Lauder —dice Axel aun intentando desperezarse. Axel y Lauder se conocen desde la infancia. Por eso, Axel le pidió que se convirtiera en su mano derecha dentro del ejército. Y desde entonces ambos han vivido la guerra desde muy cerca. Habían perdido familiares y amigos y habían sufrido sus pérdidas juntos. Un vínculo difícil de quebrantar— Estas despierto. Deberías descansar más.

—¿Qué haces aquí, Axel? —pregunta Lauder—. ¿No deberías estar durmiendo? O mejor aún ¿Compartiendo intimidades con la líder de las hadas?

—Sigh —suspira Axel—. ¿Acaso estas conchabado con mi padre? Si lo sé, no comparto la noche contigo.

La tarde del día siguiente, Aeri se reúne con Axel en las afueras de la ciudad para discutir lo acontecido el día anterior. El príncipe sabe del rencor que guarda el hada por eso es conveniente que la relación entre ellos no se enfríe. Axel quiere volver a la guerra, a batallar por su mundo y por su pueblo y necesita a las hadas.

—¿Querías verme? —pregunta Aeri.

—Comprendo vuestro enfado —contesta Axel.

—¿Y qué tienes que decir en tu favor? —pregunta Aeri—. ¿O no tienes que disculparte por ti sino por el rey?

—¿No dudarías de unas hadas que aparecen misteriosamente con 50 años de ausencia? —contesta Axel con su propia pregunta.

—¿Y qué conclusión sacáis de todo este episodio? —pregunta Aeri tras unos instantes de silencio.

—Habéis superado la prueba —dice Axel.

—Qué bien —afirma Aeri con sarcasmo—. Pero no así vosotros —ambos se quedan en silencio observándose mutuamente.

—¿Y qué vamos a hacer? —pregunta Axel.

—Nada —contesta Aeri—. Puede que hayamos tenido un mal inicio o que simplemente nuestros pueblos nunca se lleguen a entender pero lo cierto es que compartimos un objetivo y, sinceramente, nosotras no podemos llevarlo a cabo solas. Así que por el momento vamos a trabajar juntos —terminada la frase, Aeri comienza a irse.

—Me gustaría que no tuvieras una opinión tan dura acerca de mi pueblo —dice Axel.

—Me tendrás que demostrar que debo cambiar de opinión —contesta Aeri, sin detenerse.

Mientras, en una ubicación desconocida, un grupo de orcos se reúne.

—Acabó la batalla, señor —informa un orco que acaba de llegar—. Y los humanos han salido victoriosos.

—No trabajaban solos —otro orco—. Vi con mis propios ojos hadas de Gaia cooperando con ellos ¿Cómo es posible?

—Estupendo —dice el líder de ellos—. Entonces no lo trataremos como una derrota total.

—Disculpe, Mokil —interviene otro orco—. Pero ¿Cómo es posible que la victoria humana pueda ser positiva?

—Ahora es cuando la balanza se empieza a poner del lado humano —explica Mokil y hace una pausa—. Y empieza la verdadera guerra.

### 3-Humo negro

Los días consecutivos a la victoria en la cordillera fueron más calmados. Lauder se recuperaba en la enfermería a un buen ritmo. Tanto es así, que abandonó su cama la tarde del día siguiente. Myra fue a visitarle en dos ocasiones para cerciorarse de que su recuperación no le conllevaría ninguna secuela negativa.

Por su parte, Lidia se sumergió en la biblioteca del castillo durante dos días seguidos intentando descubrir qué decían los escritos acerca de sus 50 años de ausencia. No descubrió mucho más de lo que ya sabían; que la causa de la conquista de los orcos era, en gran parte, culpa del rey Relass y su inmadura ascensión al trono. Pero Lidia no solo aprendía historia, aprovechó su estancia entre las estanterías llenas de libros para sumergirse, además, en la literatura que se había escrito en ese medio siglo. Aeri se preocupaba por ella. Sobre todo ante su negativa a abandonar el castillo cuando sus tres compañeras partían a alguna excursión.

Pasados tres días, Axel Casterline abre la puerta de una sala oscura, sin ventanas. Solo las antorchas que enciende Lauder pueden ayudar a intuir el tamaño de esa estancia que, en realidad, no es mucho. Es ya por la tarde y en la sala entran Axel, Lauder, Aeri y Azir.

—Esta era la antigua sala del cuartel en la que debatíamos acerca de la estrategia que debíamos tomar —explica Axel.

—Lleva en desuso mucho tiempo —dice Aeri mirando el polvo que se acumula en una mesa situada en un lateral del lugar, junto a la pared.

—Se ha relegado su función a la de un mero almacén de armas más — aclara Axel. Lauder coge un mapa y lo pone encima de la mesa y, entre él y Azir, mueven la mesa al centro de la sala.

—Es hora de que vuelva a tener una mejor función —dice Azir.

Los cuatro se disponen alrededor de la mesa. Axel mira el mapa repleto de los nombres de las ciudades, pueblos y accidentes geográficos de su mundo. El príncipe saca una moneda de su bolsillo y la coloca sobre la posición de Zorgan en el mapa.

—No nos queda mucho más —asegura Axel y emite un suspiro al ver la situación.

—Empecemos por lo básico —dice Aeri—. ¿El ejército del que disponemos es amplio?

—Más de lo que pueda parecer —contesta Lauder.

—¿De verdad? —pregunta Aeri.

—Claro —contesta Axel—. ¿Quién no querría unirse a un ejército en el que no vas a entrar en batalla? Además, si es un puesto remunerado...

—Bien —dice Aeri—. Pues toca decidir qué hacer con esos hombres.

En la ciudad, Myra y Lidia están sentadas en un banco de un parque a la sombra de un árbol con actitud despreocupada. Llega Pira, que había salido temprano por la mañana para hacer ejercicio fuera de los límites de la ciudad.

—¿Sabéis dónde está Aeri? —pregunta Pira.

—La última vez que la vi acompañaba a unos soldados. Nos dijo que iba a una audiencia privada y que nos quedáramos aquí —contesta Lidia mientras sujeta su cabeza con una mano mientras apoya ese mismo brazo en su rodilla. Pira mira a la fortaleza enfadada.

—¿Qué estarán haciendo? —pregunta Myra— Me aburro.

—Discutir lo que vamos a hacer —contesta Lidia. Pira se percata de que hay varios humanos observándolas en la distancia.

—¿Por qué...? —pregunta Pira.

—¿Nos espían? —contesta Myra— Seguimos siendo toda una novedad para los humanos.

—¿Os han molestado? —pregunta Pira.

—No —dice Lidia—. Un hombre me ha retratado. Salvo por eso, no. Se limitan a observar en la distancia.

—Hmm. No me gusta sentirme observada —explica Pira—. Me voy a buscar a Aeri —Pira emprende su marcha con decisión.

—No creo que sea buena idea —dice Myra pero su compañera ni se molesta en girarse.

Pira recorre los estrechos pasillos de la fortaleza hasta dar con Aeri. Acaba de salir de la sala en la que han decidido la estrategia a seguir.

—Pira —saluda Aeri mientras se acerca a su compañera.

—¿Planeabais nuestros siguientes pasos? —pregunta Pira.

—Así es —afirma Aeri—. Los humanos querían una reunión privada.

—Sabes que soy una gran estratega —dice Pira, un poco cabreada.

—Los humanos me invitaron a mí únicamente —dice Aeri.

—¿Qué haremos ahora? —pregunta Pira.

—Asaltar Nasrhim —contesta Aeri.

—¿Confiamos en ellos? —pregunta Pira.

—No han mostrado pruebas de malas intenciones —contesta Aeri. Pira arquea una ceja—. No, después de lo ocurrido en la cordillera.

—Si crees que son de fiar yo lo creo —dice Pira—. Aunque vigilaré nuestras espaldas al mismo tiempo.

—Estaba segura de que lo harías —dice Aeri sonriendo y ambas parten juntas hacia el exterior del castillo.

Pero Axel y Azir son los últimos en abandonar la sala en la que decidieron asaltar Nasrhim.

—¿Qué es lo que te preocupa, Azir? —pregunta Axel, que ha notado a su comandante excesivamente callado.

—La guerra, como no —contesta Azir—. Me agrada que vayamos a salir a luchar por Malphalis para recuperar nuestra gloria —Axel le mira extrañado.

—¿De qué se trata entonces? —pregunta Axel.

—¿Recuerdas el día que me convertí en comandante? —pregunta Azir.

—Así es —afirma Axel.

—Mi mujer murió tres meses antes y había renunciado a mi cargo militar —recuerda Azir.

—Pero cuando tu hijo decidió que quería alistarse, me pediste volver para que pudieras estar con él y protegerle —dice Axel.

—Exacto —afirma Azir—. Y no puedo protegerle si vamos al centro de la tormenta.

—Comprendo tu preocupación, de verdad —dice Axel. Éste suspira y da un par de pasos alejándose de Azir y dándole la espalda—. Pero como líder no puedo ser parcial en momentos en los que cada soldado cuenta —Axel se dirige a la puerta para salir de la habitación abandonando a Azir cuya cara refleja preocupación por el porvenir.

En la puesta de sol, Axel visita a su padre en la sala del trono. Axel parece nervioso, temiendo la reacción del rey, que le espera sentado en el trono. Sabe que tiene que convencerle de que deben apresurarse para dar el siguiente golpe.

—Me consta que habéis estado repasando los planes para mañana con la reina de las hadas —dice el rey.

—Ella no es la reina... Pero si, hemos discutido la posibilidad de atacar Nashrim —explica Axel.

—Hmm... Ese enclave estaba al otro lado de la cordillera la última vez que lo comprobé —dice Relass—. ¿Estáis seguros de nuestras posibilidades? —Axel le mira un poco enfurecido.

—Si, padre. Estamos seguros —en la voz de Axel queda patente su malestar—. ¿Acaso tampoco vas a confiar en mí?

—El riesgo es alto. Ahora mismo la montaña nos protege pero si nos expandimos, podemos perder hasta el último de nuestros territorios —explica Relass—. ¿No querrás perder la guerra por un acto tan arriesgado? Tenemos que asegurar nuestras posibilidades.

—Hemos estado discutiendo sobre todos los posibles riesgos existentes —dice Axel—. Y la victoria es más que posible.

—¿Entonces quieres mi permiso? —pregunta Relass.

—¡Quiero que confíes en mí! —grita Axel. Los dos se quedan en silencio tras las palabras de Axel—. Para ganar esta guerra no podemos quedarnos cobijados en Zorgan hasta que los orcos tornen su placer y nos maten. El riesgo es necesario.

—Hmm —murmura Relass de nuevo. En ese momento el rey se levanta de su asiento y mira a Axel profundamente—. Me preocupas Axel.

—¿No crees que sea capaz de dirigir al ejército? —pregunta Axel y baja la cabeza. Espera unas palabras de decepción de su propio padre.

—No hay nadie más capacitado que tú —contesta el rey. Axel le mira, aliviado y sorprendido—. Pero no quiero que cometas los errores que yo ya he cometido. Precipitarse es imprudente y tienes que pensar tus pasos más de una vez y más de dos —a Axel le sorprende la repentina muestra de afecto de su padre. Por eso, permanece en silencio escuchando atentamente todo lo que tiene que decirle—. Si lo has pensado bien, de verdad, partirás con mi beneplácito.

El rey llevaba mucho tiempo sin hablarle así a su hijo. Mostraba preocupación por el devenir. No el devenir de la guerra, sino el de su hijo. Sabe de las capacidades de su hijo en el campo de batalla pero también sabe su mayor debilidad: fallar. Fallar podría suponer un golpe terrible para Axel. No un golpe físico, uno más doloroso.

Mientras, las hadas deciden cenar a solas en la habitación en la que duermen Aeri y Pira.

—¿Por qué no cenamos con la corte? —pregunta Myra.

—Quería charlar a solas con vosotras acerca de lo que va a pasar mañana

—contesta Aeri.

—Antes nos has dicho que atacaremos Nashrim —dice Lidia.

—Así es —afirma Aeri—. Mañana por la mañana partiremos y si todo sale bien llegaremos a la ciudad al mediodía.

—Nosotras también queríamos hablar de algo con vosotras —dice Myra.

—Es algo que mencionaste en Gaia y lo aplazamos con todo lo que ha pasado —explica Lidia.

—¿De qué se trata? —pregunta Aeri.

—Lo que dijiste en Gaia —contesta Lidia—. Que ahora los orcos tienen magia blanca a su disposición.

—Pero el mundo no ha explotado —dice Myra—. Aún hay humanos vivos.

—Llevan 13 años en esta situación —piensa Aeri.

—Tiempo más que suficiente para haber acabado con todos —explica Pira.

—Sí, pero ¿Y si aún faltaba una pieza de su plan? —pregunta Lidia— Hemos pensado que quizás tengamos un papel fundamental en el plan de los orcos.

—Mandaron un elfo muerto al otro mundo para captar nuestra atención y que volviéramos —explica Myra.

—Por no hablar del infame tratado de paz que propusieron a hombres y elfos para apoderarse de todas nosotras ¿Por qué ese afán por las hadas? —pregunta Lidia. Aeri las mira a todas.

—Hmm —murmura Aeri—. Si desempeñamos un papel en el plan de los orcos, significa que podemos impedirlo. Esto es lo que haremos: Dejaremos que el enemigo muestre su plan poco a poco y trataremos de impedirlo a toda costa.

—¿Y los humanos? ¿No deberíamos advertirles? —pregunta Lidia.

—Es sólo una teoría —contesta Aeri—. No hay por qué alarmarles.

—Más aún cuando acabamos de ganarnos su confianza —dice Pira—. No les agrada saber que están protegiendo al foco de la ira de los orcos.

Esa misma noche, Lauder vuelve a dormir en su lecho, con su mujer. Cuando sueña, vuelve a aparecer en el mundo desértico que ya visitó noches atrás. Con el brujo observándole nuevamente.

—Tu otra vez —dice Lauder.

—¿Acaso te sorprende? —pregunta el brujo sarcásticamente—. Sabías

que volvería para que me contaras que os tramáis en Zorgan —Lauder se queda pensativo un instante—. Vamos Lauder. Sabes lo que hay en juego ¿Acaso quieres manchar tus manos con la sangre...?

—Vamos a tomar Nashrim —dice Lauder antes de que el brujo termine su amenaza.

—Es una decisión lógica —dice el brujo. Los dos se quedan en silencio.

—¿Eso es todo lo que tienes que decir al respecto? —pregunta Lauder.

—Nos veremos en cuatro días —dice el brujo. Tras ello Lauder despierta sudando.

A la mañana siguiente, Axel acude a la iglesia de Zorgan para rezar antes de partir a Nashrim. Se trata de una iglesia circular en la que en el centro, reposa una imponente figura de un ser con alas de ave. Una estatua iluminada por la luz que cae del ventanal en el techo de la iglesia. Desde la puerta le observa Aeri. Axel acaba, se levanta y se gira.

—Lauder me ha dicho que estarías aquí —explica Aeri.

—Es costumbre rezar alguna oración antes de una batalla —dice Axel.

—Le rezas al ángel equivocado —dice Aeri señalando la imagen del ángel Ferún, el sabio.

—En Zorgan no tenemos una capilla de Lister ni una de Azahara. Tengo que conformarme con Ferún —explica Axel. Aeri se acerca a Axel y ambos miran la imagen del ángel—. ¿Habías venido a contemplar mis rezos?

—Quería visitar la iglesia yo también. Aunque solo fuera para verla —contesta Aeri—. Es impresionante.

—Ferún es el ángel emisario del trabajo y del comercio —explica Axel—. Uno de los tres grandes ángeles que lucharon contra el demonio Thorne al principio de los tiempos —ambos permanecen un momento mirando la escultura del ángel.

—Las escrituras del comienzo de los días —dice Aeri en voz baja—. Lamentablemente no podemos entretenernos más. Te estamos esperando para partir.

—Pues que comience la marcha hacia Nashrim —dice Axel y se dispone a salir de la iglesia. Aeri permanece un momento más allí, contemplando al ángel pero también sale del edificio.

La caminata comienza. Un gran grupo de humanos sale de la ciudad y comienza a escalar la montaña que les separa de Nashrim. La amplia marcha toma el desfiladero del este, ya que este desemboca a escasos kilómetros de su

destino. Tras horas de camino y nada más atravesar la montaña, todos descansan en una gran explanada mientras preparan su táctica. En un grupo se reúnen Axel, Lauder, las cuatro hadas y Azir a la sombra de una tienda de lona improvisada.

—Faltan unos 5 kilómetros hasta Nashrim —informa Lauder.

—Desde aquí no nos ven así que podemos pensar bien nuestros pasos —dice Axel.

—Por lo que se ve desde aquí, tienen algunas tropas fuera de los límites de la ciudad —explica Aeri.

—Lo más seguro es que también tengan un gran grupo en la ciudadela —dice Pira.

—Y vigilantes en la muralla para avisar a las huestes del interior —dice Lidia.

—Tenemos que eliminar a esos vigilantes y al grupo de fuera primero sin que avisen a los de dentro —dice Axel—. Luchar contra tres grupos de tamaño medio siempre es mejor que hacerlo contra un gran grupo.

—¿Cómo lo haremos? —pregunta Azir.

—Existirá algún punto ciego para los vigilantes —dice Myra.

—Y nosotras podemos aprovecharlo para infiltrarnos en la muralla —explica Aeri.

—La zona que da al lago seguramente estará menos vigilada —dice Lidia—. Nosotras tres podemos volar por el río —Lidia mira a Pira.

—¿Y los orcos del exterior? —pregunta Myra.

—Podemos usar un pequeño grupo de avanzada para atraerlos —explica Lauder—. Al ver su superioridad no podrán evitar atacar con todas sus tropas. Y en ese momento, les rodearemos con todo nuestro ejército.

—Es un buen plan —afirma Pira sorprendida.

—Además, así evitaremos que algún orco vaya al interior a informar al resto —dice Lauder.

—Perfecto —afirma Axel—. Entonces, Aeri, Lidia y Myra os infiltrareis en la muralla...

—En realidad podemos encargarnos Myra y yo de la muralla —interrumpe Aeri—. ¿Te quedas con Pira, Lidia?

—De acuerdo —responde Lidia.

Axel da la aprobación para que empiece la misión y las hadas preparan su equipo. Aeri comprueba el filo de su espada y Myra, antes de salir, se lleva a

la boca un gran trozo de pan de una mesa situada a un lado de la tienda. Lidia se acerca a ella.

—No te llenes de comida antes de la batalla, Myra —ordena Lidia—. Ralentizará tu vuelo y tus movimientos en batalla —Lidia señala a la barriga de Myra. Es la primera gran batalla en la que van a participar a su vuelta así que la preocupación de Lidia es comprensible.

—No voy a luchar con hambre —replica Myra aún con la boca llena de pan. Lidia la mira con desaprobación en la mirada.

—Cuando acabemos con los centinelas Myra disparará una bola de luz al aire —explica Aeri. Myra la mira.

—De acuerdo —dice Axel.

—Tened cuidado —suplica Lidia.

—Vosotros también —dice Aeri. Ambas parten en dirección al río.

Para asegurarse de que nadie las ve acercarse, Myra y Aeri vuelan alto a lo largo del lago hasta llegar a la ciudad. Cuando llegan, se posan en la muralla. Aeri hace señales a Myra para que recorra una parte mientras ella se va por la otra. La muralla tiene varias torres en las que hay guardias que pueden advertir del peligro pero Aeri y Myra se deshacen de ellos sin darles la oportunidad de que den la señal de alarma y siguen su camino corriendo aunque sin hacer ruido.

—Están tardando mucho —dice Lauder preocupado.

—Es una muralla que rodea toda la ciudad y deben recorrerla entera —explica Axel—. Esperemos más.

—¿Y si las han visto y las han matado? —pregunta Lauder.

—¿No recuerdas de lo que somos capaces? —dice Pira enfadada—  
¿Quieres que hagamos otra carrera por la montaña?

—Sólo digo que quizás se hayan topado con algún imprevisto —contesta Lauder. El temor de Lauder proviene de la tranquilidad que reflejó el brujo de sus sueños cuando Lauder le reveló el plan de atacar Nashrim. Quizás éste preparo a su ejército para un posible ataque.

—Calma —pide Axel—. Y paciencia.

Cuando ambas han recorrido una de las mitades de la muralla, se vuelven a encontrar.

—Da la señal —ordena Aeri. Myra se levanta, apunta al cielo con su vara y lanza una bola de fuego al aire que destaca entre las columnas de humo negro.

Pira ve la señal desde kilómetros y va a buscar a Axel, que está a escasos metros junto con Lauder y más soldados.

—El equipo de la muralla ha acabado su trabajo —informa Pira.

—Pues que empiece la batalla —dice Axel—. ¡Soldados humanos! —habla Axel dirigiéndose a su ejército—. ¡Hace 13 años que vivimos en Zorgan abstraídos de lo que ocurre en el mundo! ¡Dejando Malphalis abandonado al capricho de huestes de orcos! ¡Pero hoy ha llegado el momento de acabar con esa absurda tradición! ¡Hoy lucharemos! ¡No por recuperar Nashrim, sino para plantar batalla! ¡Porque si tenemos que morir, será con una espada en la mano! —tras el discurso, los soldados humanos levantan sus armas y gritan.

—¡Soldados! —grita Lauder— ¡Ocupen sus posiciones!

El plan se pone en funcionamiento. Un pequeño grupo de humanos atrae al enemigo para que el grueso del ejército rodee a los orcos. Y así comienza la batalla. Con Pira luchando entre los soldados humanos y Lidia infiltrada entre los arqueros.

Mientras, en el interior de la ciudad, Myra y Aeri se abalanzan sobre un par de orcos que paseaban por las calles. Tras ello, desbloquean la puerta y la dejan entreabierta para que sus aliados puedan acceder a la ciudad más tarde.

—Será mejor que adelantemos trabajo y limpiemos un poco la ciudad —dice Aeri.

—Pero ¿Qué hacemos con los cuerpos? —pregunta Myra. Aeri mira a su alrededor— Si los ven, darán la alarma.

—Los ocultaremos en las chimeneas de humo negro —contesta Aeri tras mirar a su alrededor.

Las dos se ponen al trabajo y, cuando acaban, caminan juntas por las calles. En cada esquina se detienen a observar para no ser detectadas. Y, así, poco a poco, se deshacen de todos los orcos que se encuentran en su ruta hasta la ciudadela. El estado de la ciudad es ruinoso y los escombros se amontonan por doquier. Ya no hay árboles, pues han sido talados por los orcos y las estatuas de piedra blanca que hacían alusión a ilustres personalidades del pueblo élfico han sido cercenadas, decapitadas o, en el mejor de los casos, mancilladas con pinturas de colores oscuros.

Cuando están cerca de los límites de la ciudadela, las dos hadas se suben a los tejados de los edificios para espiar por encima de la valla que limita la parcela del palacio del regente.

Mientras la batalla continua fuera de la ciudad, Aeri y Myra descubren que

dentro del recinto de la ciudadela, los orcos han creado una pequeña ciudad con varias casas y tiendas de acampada. Hay hogueras que emiten ese terrible humo negro, también un edificio de tamaño medio construido de manera despreocupada y sin orden. Myra y Aeri deducen que se trata de una iglesia en la que se expondrían las doctrinas seguidas por los orcos.

En aquel tejado y ante aquellos edificios atroces, un escalofrío recorre la espalda de Aeri. En sus ojos, lo que debería ser la casa de un rey, se había convertido en un reducto del mal.

Pero la batalla continúa fuera de las murallas de la ciudad y cuando quedan escasos orcos luchando en los campos de Nashrim, Pira pone su mirada en la ciudad. Sus compañeras siguen dentro, esperándoles, por eso Pira se inquieta.

—¡Axel! — grita Pira — ¡Manda a tus soldados a la ciudad! —el príncipe asiente y, al comprobar que no quedan a penas orcos vivos se dirige a sus hombres.

—¡Soldados! ¡Tomemos la ciudad! —ordena Axel.

A su orden, los soldados corren hacia las puertas de la ciudad. Cuando entran, el ejército se divide por las múltiples calles de la ciudad.

—¡A la ciudadela! ¡Hay que asaltar la ciudadela! —grita Lauder. Aeri y Myra acuden a la zona en la que están los humanos. Axel las ve y se para ante ellas para tomarse un respiro antes de afrontar el último reto. El resto de humanos continúan su marcha, rodeando a su líder y a las hadas.

—Los orcos están saliendo de la ciudadela —informa Aeri nada más llegar al encuentro.

—¿Estáis bien? —pregunta Lidia, que acude al encuentro.

—Sí —asiente Aeri—. No hay que preocuparse por nosotras ahora.

—¿Cuántos son? —pregunta Axel.

—Habían construido una ciudad orca dentro de los límites de la parcela —dice Myra.

—Unas 15 casas de tamaño medio, tiendas de lona, un nuevo calabozo y lo que parecía una iglesia —explica Aeri.

—Los orcos viven hacinados y sin ventanas —dice Pira—. Unos 200 orcos.

—Podemos con ellos —afirma Lauder.

—Acabemos con esto —ordena Axel.

El ejército humano, en colaboración con las hadas, se dispone a afrontar el

envite de los orcos. Por el otro extremo de su ruta, empiezan a verse sus desordenadas huestes, a los que han alarmado los gritos de los humanos y que avanzan sin ningún tipo de formación. Ambos ejércitos buscan la batalla final y chocan en la larga calle. Los humanos están en superioridad y los arqueros lanzan sus flechas evitando a sus aliados.

El conflicto se resuelve al poco tiempo y cuando acaba, el sol se está poniendo en el horizonte. Las calles pobladas por los soldados de ambos bandos dan fe de la reconquista que acaba de tener lugar.

—¡Recorred la ciudad en busca de orcos! —ordena Axel dirigiéndose a los suyos aunque ahora tiene una mentalidad más relajada, consciente de la victoria.

El grueso del ejército se dispersa siguiendo las instrucciones de Axel. Azir parte con ellos pero junto a Axel permanecen las cuatro hadas y Lauder.

—Hora de ver el estado del palacio —dice Aeri.

—¿Habéis dicho que han construido otro calabozo? —pregunta Axel—  
¿Desde cuándo los orcos hacen prisioneros? —Aeri se encoje de hombros—  
Está bien, miremos.

Los seis se adentran en la ciudadela y ven el panorama de nuevo. Hogueras ardiendo, más estatuas elficas destruidas, casas de estilo orco, una iglesia pagana y un monstruoso edificio con rejas en las ventanas. A pesar de haberlo visto antes, Aeri no puede evitar que otro escalofrió la sobrecoja. El grupo se divide: Axel explora el calabozo, Aeri, Lidia y Lauder van a la iglesia y Myra y Pira van a la casa del regente, cuya fachada parece haber sufrido una siniestra remodelación.

—Esto es una monstruosidad —dice Lauder cuando abre las puertas de la iglesia y ve su interior.

Un pasillo estrecho y rodeado a ambos lados de bancos de madera podrida conducía a un altar. Y más allá del altar, una escultura grotesca y una pared con viejas pinturas que no se podían ver con nitidez. La tenue luz de las antorchas ilumina vagamente el lugar. Y por cada rincón se acumula la mugre. Aquel era un lugar de pesadilla en el que parecía imposible guardar pleitesía a ningún Dios. Si ese edificio era muestra de la devoción que mostraban los orcos por sus dioses, algo no funcionaba como debería en esa religión.

—Nunca había visto el interior de una iglesia Thormista —dice Lidia. Aeri camina hacia el altar y ve una escultura enorme de un demonio. En su mente recuerda a Ferún, el ángel que había visto ese mismo día.

—Thorme —susurra Aeri.

—Así es —afirma Lidia. Luego, Aeri posa su mirada en una pintura que hay detrás de la enorme escultura. Es una pintura oscura y borrosa pero, a pesar de ello, puede distinguir cuatro figuras.

—Pero ¿Quiénes son esos otros cuatro? —pregunta Aeri. Lauder se acerca.

—Falsos ídolos. Dioses paganos —responde Lauder—. Este lugar debería arder.

Cuando Axel abre los calabozos un orco salta sobre él. Axel le tira al suelo, lo mata y le quita las llaves. Acto seguido coge una antorcha de la pared y, con ella, ilumina las celdas. En cada una de ellas hay de 5 a 7 elfos sucios y vestidos con harapos que se tapan los ojos ya que les molesta la luz de la antorcha.

—Por Azahara —dice Axel para sí. Cuando descubre quiénes son los prisioneros, se acerca a la puerta del calabozo—. ¡Ayudadme aquí!

Pronto, llegan al calabozo más soldados humanos además de Lauder y las hadas.

—Esos malnacidos han apresado a los elfos de la ciudad —informa Axel—. Ayudadme a rescatarlos.

Conjuntamente, todos ayudan en la liberación de los elfos, sacándolos de las celdas y ayudándoles a salir de ese lugar. Los humanos agrupan a los elfos alrededor de un fuego en la ciudadela mientras éstos miran atónitos lo que los orcos han hecho con su ciudad. Muchas dudas corren por las cabezas de los elfos y responden con tremenda sorpresa cuando los humanos les dicen que llevan trece años encerrados. Habían perdido la noción del tiempo, por eso todo aquello les supone un shock del que les resultará difícil salir.

En el piso más alto del calabozo, Axel descubre una única celda en la que hay dos elfos. Uno de ellos es Astar Valandirian, que, antiguamente, acostumbraba a ser el regente del reino élfico del bosque del norte y el otro, es Anduin Nor Ardem, el regente de Nashrim y, por ende, señor de todos los elfos. Axel abre apresuradamente la celda y ayuda a ambos elfos a ponerse en pie.

—¿Estáis bien, Nor Ardem? —pregunta Axel.

—Estaré mejor cuando salga de aquí —responde Anduin—. Quiero ver el estado del palacio y de mi ciudad.— Detrás de Axel aparece Lauder y socorre a Astar.

—Al palacio, pues —dice Axel.

Ambos elfos van directos del calabozo al palacio sin detenerse. Fuera, las hadas comprueban el estado físico de los elfos rescatados. Myra cura a aquellos que tienen heridas leves mientras las otras tres, les proporcionan apoyo para superar el trauma. Una de las elfas se echa a llorar a los brazos de Pira que no sabe cómo reaccionar.

Al cabo de un rato y cuando los elfos están más tranquilos, comiendo alrededor de una hoguera, las cuatro hadas van al palacio. En su interior, en la sala de audiencias, Axel, Lauder, Astar y Anduin conversan.

—Mi ciudad antes gloriosa... —dice Anduin mientras mira por el balcón que da al oeste—. Reducida a escombros, en llamas y profanada por los orcos ¿En verdad han pasado trece años?

—En efecto —contesta Lauder.

—Por suerte, seguís con vida —afirma Axel—. La dinastía Nor Ardem no ha caído.

—Una nueva guerra ha comenzado —dice Lauder.

—La situación es muy distinta —dice Axel—. Y todo es diferente ahora. Estamos en desventaja pero esta victoria ha demostrado que no estamos acabados —en ese momento, las hadas abren la puerta de la sala de audiencias. Todos se giran.

—Estabais aquí —dice Aeri. Anduin se gira hacia las hadas y, al verlas, se sorprende.

—¡Vosotras! —grita Anduin.

—¡Tú! —responde Pira.

—¿Os conocéis? —pregunta Axel.

—¡Estas cuatro hadas y yo mantuvimos una conversación en esta sala pero en un tono más agresivo! —grita de nuevo Anduin que las señala con un dedo mientras se acerca a ellas con pequeños pasos.

—Aquello fue hace 50 años —dice Aeri intentando calmar la furia del elfo.

—¡Aquella hada me enfiló con su cuchillo! —grita Anduin que ahora señala a Pira. Ésta le mira con ira, pero luego mira a Aeri.

—Eso fue hace mucho —explica Pira—. No pienso pedir perdón, pero os guste o no, no somos tus enemigos —Aeri se queda sorprendida. Anduin se vuelve para mirar por su balcón. Se hace el silencio.

—No puedo hospedar a mis ciudadanos aquí —afirma Anduin—. No

pueden dormir en casas sin paredes, luchando contra el frío.

—Zorgan está demasiado lejos para desplazarnos hasta allí —dice Axel—. Con tu pueblo tan débil, muchos sucumbirían a la montaña.

—En ese caso... —dice Aeri—. A mí se me ocurre un lugar más cercano.

Fuera, Azir llega apresuradamente al palacio al mismo tiempo que salen los que allí estaban escasos momentos atrás.

—Señor —dice Azir—. Tenemos noticias de Zorgan.

—¿Qué ocurre? —pregunta Axel.

—Los soldados que dejaste apostados en la montaña han visto orcos bajando por ella y dirigiéndose a los pueblos de la comarca —responde Azir.

—No puede ser —lamenta Axel—. Lauder, organiza una partida de inmediato con no menos de 100 hombres.

—Los soldados están descansando de la batalla, Axel —explica Lauder.

—Haremos un descanso a mitad de camino —dice Axel—. Quiero ver a esos orcos con mis ojos.

—Yo guiaré al resto de hombres y elfos hasta su nuevo emplazamiento —dice Aeri.

Al poco tiempo, un grupo de hombres encabezados por Axel y Lauder salen de Nashrim en dirección a Zorgan mientras otro grupo compuesto por elfos, hombres y hadas parten en otra dirección, hacia Gaia. Aeri, que encabeza la marcha, se acerca a Pira.

—Has demostrado madurez al no contestar las acusaciones de Anduin —dice una orgullosa Aeri.

—He tenido que frenar mis ansias de sangre élfica —explica Pira—. He pensado que las consecuencias de enfrentarme a Nor Ardem podrían ser fatales.

—Has hecho bien —asegura Aeri.

—Pero no pienso perdonarle por lo que hizo en el pasado —explica Pira—. Ni pienso confiar en los elfos.

Un poco más atrasados en el grupo, Anduin y Astar también conversan. Antes de pronunciar palabra, Astar mira a sus alrededores procurando que no le oiga ningún humano.

—¿Qué piensa de las hadas? —pregunta Astar.

—No son de fiar —contesta Anduin—. Da igual que nos ofrezcan su hogar o que nos hayan rescatado. Creo que guardan resentimiento hacia los elfos y que no perderán la oportunidad para traicionarnos. Hay que estar alerta. Esta

ya no es nuestra guerra.

—¿No vamos a cooperar? —pregunta Astar.

—No, no son sólo las hadas las que me preocupan —dice Anduin—. ¿Qué han estado haciendo los hombres estos últimos 13 años? No, no. Esta situación es muy extraña. Aún no sabemos si es un plan maestro de los orcos. Si es sólo una gran treta con un objetivo impredecible.

—¿No vamos a confiar en nadie? —pregunta Astar.

—Sólo en los elfos —responde Anduin.

## 4-Disturbios en casa

En la Cordillera de Nurm, por la noche. Lauder se sienta a la luz del fuego en plena noche. Está en medio de un campamento humano con decenas de tiendas. De una tienda sale Axel y se dirige hasta su posición.

—Creía que tu turno de guardia había acabado hace una hora —dice Axel nada más verle.

—Le he dicho a Cántol que se fuera a dormir —explica Lauder.

—¿Y por qué lo has hecho? —pregunta el príncipe. Lauder se queda un momento en silencio.

—No tengo sueño —contesta Lauder—. Parece que es algo que tenemos en común.

—Si... —afirma Axel. Ambos comparten el silencio con la vista fija en las llamas.

—Hay algo más, ¿Me equivoco? —pregunta Lauder. Axel le mira— ¿Temes la reacción de tu padre después del ataque a la marca?— Axel permanece callado.

—No temo a mi padre —responde Axel—. Temo fallar a mi pueblo.

—Vamos a limpiar toda la región de Nurm —asegura Lauder—. Cuando acabemos no va a quedar ningún asqueroso orco.

—Me gusta ese plan —dice Axel, con seguridad—. Descansa, amigo, mañana será un día ajetreado.

Pero Lauder, a pesar de dirigirse a su tienda, no quiere descansar porque en sus sueños se oculta un ser perturbador.

En una localización desconocida, en la cima de una torre de madera y metal se encuentra un trono de huesos sobre el que se sienta un orco. De entre la oscuridad de la noche aparece el orco Mokil seguido de otro orco.

—Ahhh... Mokil —dice el orco del trono—. Me preguntaba cuánto tardaría en disfrutar de tu presencia —se adivina un tono sarcástico en la voz del orco del trono.

—Kalen'Rak —saluda Mokil—. El que hacen llamar despiadado.

—Ahorrémonos los preludios, Mokil, la noche es profunda —ordena Kalen.

—He venido buscando guerreros —explica Mokil—. Para una misión más

allá de la cordillera.

—Las ruinas de la ciudad de Nasrhim se pueden ver en el horizonte desde este mirador —dice Kalen mientras se pone en pie y se acerca a Mokil—. Una ciudad que escasas horas antes ha sido tomada por los hombres. ¿Qué te hace pensar que voy a prestarte ni uno de mis orcos?

—Desconoces las órdenes que nos han dado —dice Mokil que también se acerca a Kalen. Los orcos que presencian la escena desenvainan sus espadas a la espera de un posible conflicto.

—No os preocupéis —dice Kalen a sus tropas. Luego vuelve a dirigirse a Mokil—. No os proporcionaré lo que buscáis. Buscadlo en otra parte.

Mokil y su acompañante bajan de la torre. Cuando están al pie de ésta, Mokil se detiene.

—Maldito engreído —insulta Mokil—. ¿Cómo se atreve?

—Señor ¿Puedo hacerle una pregunta? —pregunta su acompañante.

—No es necesario. Sé de tu preocupación. Llevas poco tiempo a mi lado —Mokil hace una pausa—. Llevo años moviendo hilos en esta guerra. Pero si lo he hecho es en favor de todos los orcos. Aunque ellos no lo sepan...

A la mañana del día siguiente, en la cantina del árbol de Gaia, Aeri, Lidia y Myra se sientan alrededor de la barra del camarero.

—¿Vamos a abrir la cantina para los hombres y los elfos? —pregunta Myra.

—Los elfos han sufrido un calvario en los últimos años —asegura Aeri—. Les ayudará a sentirse más cómodos aquí —Aeri mira a Lidia. Ésta está abriendo un armario en el que hay botellas llenas de polvo—. ¿Qué tenemos, Lidia?

—Ahh... Licor de Solarium —dice Lidia mirando una botella a la luz de la ventana de la cantina. Luego coge tres vasos de cristal. Sus dos compañeras la miran extrañadas.

—¿Vamos a beber a estas horas? —pregunta Myra.

—En cuanto corra la noticia de la apertura del local, hombres y elfos llenarán este sitio para beberse nuestro licor —explica Lidia—. Además, se trata de una botella madurada durante, como poco, 50 años. Los elfos no tendrán en cuenta este hecho cuando lo consuman como si de agua se tratase.

—Me has convencido —dice Aeri—. Y llénamelo que tengo que ir a hablar con Nor Ardem.

—Nosotras vamos a ofrecer una visita guiada a los elfos para asegurarnos

que sepan dónde están la biblioteca, los cultivos... Y demás —explica Lidia.

—Necesitamos voluntarios para que se encarguen de las labores del árbol —afirma Myra.

—Buena idea —felicita Aeri.

Un poco más tarde, en la villa de Gaia, Anduin y Astar charlan en el recibidor. Es un recibidor amplio y acogedor en cuyos laterales nacen escaleras que llevan al piso superior. Aeri aparece por la puerta.

—Buenos días —saluda Aeri. Anduin se acerca a ella mientras Astar permanece un tanto más alejado—. Siento la interrupción pero me gustaría tener una conversación con vos.

—No hace falta que seas tan formal, Aeri —dice Anduin, que le ofrece una sonrisa—. Estaré encantado de tener una charla contigo ¿Qué os preocupa?

—Quería disculparme por nuestro comportamiento ayer en vuestro palacio —explica Aeri—. Creo que es importante empezar nuestra amistad de la mejor forma posible.

—No tienes por qué preocuparte, está todo olvidado —asegura Anduin—. No podemos guardar rencor hacia aquellas personas que nos han ofrecido su hogar.

—Me alegra saberlo —dice Aeri—. También quería informarles de que he propuesto una reunión con varias personas al mediodía en el cuartel general del árbol de Gaia.

—Lo tendremos presentes, pero si me disculpas, antes tengo que hablar con mi compañero —explica Anduin.

—Les veo en la reunión —dice Aeri. Tras decir esto Aeri se da la vuelta y se va. Cuando cruza la puerta, Anduin se gira hacia Astar—. Como decía, necesito que busques a un elfo.

—Como quiera, mi señor —dice Astar.

—Se trata del jefe de batallón, Allstrand —dice Anduin—. Quiero que hable con sus soldados y que recoja sus opiniones al respecto de las hadas. Háblale de sus intenciones pero ordénale que espere. El pueblo está débil todavía.

—Recuerdo quién es pero... —dice Astar que refleja cierta duda— ¿De verdad vamos a seguir desconfiando de las personas que nos han ofrecido su hogar?

—Esas hadas nos señalan y nos llaman traidores —dice Anduin con rabia—. ¿De verdad crees que pueden albergar misericordia al mismo tiempo?

Mientras, más allá de la cordillera de Nurm, un grupo de orcos saquean una pequeña aldea. Los humanos que allí habitan, corren despavoridos huyendo por sus vidas.

—¡No quiero que dejéis ninguna casa en pie! ¡¿Me oís?! —grita el líder orco.

En ese momento se oyen los gritos de los hombres, encabezados por Axel, acudir a la aldea. Los hombres combaten a los orcos. La mayoría de ellos muere, incluido su líder. Pero otros huyen al ver la superioridad de los hombres.

—¡Stelth! —dice Axel. El mencionado soldado se acerca— Necesito que lideres a un grupo de soldados hasta la capital. Asegura la muralla si hay orcos y recluta hombres que limpien la parte este de El llano.

—Sí, señor —afirma Stelth.

—Lauder —dice Axel. Su compañero se acerca—. Hay varios pueblos alrededor pero parecen haberlos ignorado. Su viaje parece alejarse de la capital.

—Avanzan hacia el sur —explica Lauder—. Hacia el puerto.

—Hacia el puerto —repite Axel pensativo—. ¿Qué pretenden?

—Nada bueno —contesta Lauder—. Es lo único que podemos asegurar.

—Habrá que seguirles para saberlo con certeza —dice Axel mientras se gira para dirigirse a sus hombres—. ¡Soldados! ¡No hay tiempo para descansar! ¡Hay que continuar!

De vuelta en Gaia, Pira baja por unas escaleras hasta el vestíbulo. Tiene la ropa manchada de sangre. Al pie de las escaleras esperan Aeri y un hombre. Ambos se giran y la miran.

—Madre mía —exclama el hombre—. ¿Se encuentra bien?

—¿Qué ha pasado, Pira? —pregunta Aeri. Pira se mira sus propios ropajes.

—Vengo de cazar la comida —explica Pira—. ¿Quién es él?

—Soy el comandante Orniel —se presenta el hombre—. El príncipe Casterline me ha dejado al cargo de los hombres que se hospedan aquí hasta su regreso.

—He programado una... —Mientras Aeri habla, un elfo cae de los pisos superiores del árbol. Tiene una flecha clavada en la espalda— ¡Ah! —Aeri se lleva las manos a la boca ante la sorpresa. Después, los tres acuden para inspeccionar el cadáver del elfo. Aeri se arrodilla para inspeccionarlo.

—Le han disparado con una flecha en uno de vuestros pisos superiores — dice Orniel mientras observa el cadáver en cuclillas—. ¿Quién ha podido hacer algo así?

—¿Quién sabe? —pregunta Aeri.

—¿A quién le importa? —dice Pira que permanece de pie con los brazos cruzados. Los tres se miran. Ya hay gente agrupándose para ver la escena pero todos los hombres y los elfos se apartan para permitir el paso de Anduin, que acaba de llegar al árbol.

—¿Qué ha pasa... —comienza a decir Anduin pero en ese momento se fija en Pira y en su ropa ensangrentada— ¿Qué has hecho, desalmada?

—¿Yo? —pregunta Pira ante la acusación del elfo.

—Majestad, Pira estaba con nosotros cuando el elfo cayó —explica Aeri.

—Ya veo... Así es como comienza todo —dice Anduin—. Nos traéis a vuestro hogar y aprovecháis vuestro testimonio para dejar libre a quien dé muerte a uno de los nuestros.

—Yo no... Es un error... —trata de decir Aeri. Pero se ve abrumada ante la furia de Anduin.

—No hay error posible —sentencia Anduin, interrumpiendo a Aeri—. Exijo que apreses a esa hada hasta que todo quede completamente aclarado.

—Aeri, no —ordena Pira—. No cedas a sus caprichos. Tú sabes la verdad —Aeri mira a Nor Ardem y luego a Pira.

En la comisaría de Gaia, Aeri mete a Pira en una celda y cierra la puerta. Su compañera la mira desde dentro con una mezcla de ira y tristeza. Sobre todo ira.

—No me mires así, Pira —dice Aeri—. A mí tampoco me gusta.

—No me gusta estar encerrada. Y lo sabes —explica Pira. La puerta de la comisaría se abre y aparecen Myra y Lidia.

—Así que es verdad —dice Lidia al ver a su hermana apresada.

—Uyy, a Pira no le gusta estar encerrada —repite Myra. Pira le da un golpe a la puerta y el sonido retumba en toda la estancia.

—¿Qué querías que hiciera? —pregunta Aeri.

—Defenderme —responde Pira—. Le mataron por la espalda y con una flecha. Yo nunca haría nada parecido.

—Por no mencionar que tú no matarías a un elfo —dice Lidia.

—Bueno... —contesta Pira.

—Confía en mí, Pira —suplica Aeri—. Te lo pido por favor —Pira se

sienta en la cama de la celda con los brazos cruzados —. Está bien, hace menos de una semana era inspectora de policía. Solo hay que resolver todo lo concerniente al asesinato.

—Y nosotras seremos tus ayudantes —dice una efusiva Myra.

—Lidia, inspecciona el sitio desde el que ha caído el elfo. Pregunta en las casa, busca pistas, etc... —ordena Aeri— Myra y yo hablaremos con Anduin para que sepa que vamos a encontrar al culpable... Al verdadero culpable.

En algún lugar de las llanuras de la marca de Nurm, Axel descansa junto a unos soldados humanos. A escasos metros de esa ubicación se ve una marcha de unos 10 hombres que se dirigen a ellos. Al verlos, Axel se acerca.

—Príncipe Casterline —dice el hombre que encabeza la marcha—. Su Majestad el rey le ha convocado a una audiencia en el palacio real de Zorgan.

Axel y los hombres con los que permanecía emprenden una marcha que les lleva hasta la ciudad humana escoltados por los soldados humanos. El príncipe acude al palacio y a la sala del trono, donde se reúne con su padre.

—Me llegaron las noticias de vuestra victoria en la capital élfica —dice el rey—. Enhorabuena.

—Muchas gracias —dice Axel. El príncipe infiere que su padre ha convocado la audiencia movido por la rabia.

—Es increíble lo mucho que hemos podido avanzar en esta guerra desde la llegada de las hadas —explica Relass Casterline—. ¿No crees? —Axel permanece cabizbajo—. Y todo en un momento en el que había perdido la esperanza. Justo cuando nos veíamos abocados al fracaso y la extinción —el rey hace una pausa y mira a su hijo. Axel permanece con la cabeza agachada—. Sé lo que pasa por tu cabeza, hijo —Axel levanta la cabeza cuando su padre le nombra—. No debes sentir vergüenza por tus actos. No me habéis fallado ni a mí ni a tu pueblo. Han atacado Zorgan, sí, pero es un pequeño coste a pagar, estamos en guerra.

—¿No estáis enojado? —pregunta Axel tímidamente.

—No —contesta el rey—. He comprendido qué es lo que quieres. Y como siempre, quieres lo mejor para el pueblo humano —entonces, Axel comprende que el único motivo que ha llevado a su padre a convocarle allí, es congratularle por su victoria. Una felicitación que le ha apartado de su empresa—. Yo no he estado a la altura de las circunstancias pero por suerte tenemos un hombre honrado que nos salvaguarde. Así que sal a luchar por nosotros... Como yo nunca lo hice. Defenderé Zorgan cuando estés librando

las grandes batallas de esta era. Y en tus victorias, pues celebraré cada una de ellas.

—Antes de partir tengo que librar una última batalla aquí —dice Axel, al que las palabras de su padre le llenan de una inesperada valentía—. En el puerto de Zorgan.

—Parte pues, hijo mío —dice Relass mientras le dedica una sonrisa.

Cuando Axel sale de la capital de la marca una gran marcha de soldados le acompañan para dirigirse al sur. Su padre le ha proporcionado nuevas tropas para defender los terrenos del sur. Y con ellos, Axel viaja al puerto de Nurm.

Mientras, en la cantina del árbol de Gaia, Astar Valandirian se sienta en la misma mesa que Allstrand.

—La comida era deliciosa, Valandirian —dice Allstrand—. Pero sospecho que esta reunión tenía un propósito más allá de la comida —Astar se limpia la boca con una servilleta.

—Me ha enviado el regente maestro Nor Ardem —explica Astar—. Para que mantengamos una conversación acerca de las hadas.

—Hadas... Es un tema de conversación recurrente entre la población élfica —dice Allstrand.

—¿Y cuál es la opinión mayoritaria? —pregunta Astar.

—La población civil les da las gracias en su mayoría —contesta Allstrand—. No obstante, entre los soldados la opinión es muy diferente.

—¿Y tu opinión? —pregunta Astar. Allstrand le mira con una sonrisa sinuosa.

—Si de mí dependiera... —dice Allstrand dejando entrever un resentimiento interno— Simplemente digamos que opino igual que mis soldados.

—¿Y a qué opinión nos referimos? —pregunta Astar.

—Los soldados nos preguntamos por qué el lapso de 50 años entre la desaparición de las hadas y su vuelta —explica Allstrand—. Los más incisivos, además, se preguntan si existe rencor entre las hadas. No son pocas las conversaciones acerca de rebelión en el árbol.

—Tenemos que frenar esas ideas —ordena Astar—. No es momento para atacar. Las órdenes son esperar al momento adecuado.

—El altercado de esta mañana ha agitado a esa parte de la población —dice Allstrand—. Las hadas pueden ser las siguientes en morir en este árbol. Además... —en una mesa próxima, el comandante Orniel escucha atentamente

la conversación mientras finge estar comiendo. Al oír sobre un posible asalto a las hadas se levanta y se va de la cantina.

El comandante recorre el árbol hasta llegar a la comisaría. Cuando entra ve a Aeri, Myra, sentada en una mesa, y Pira, todavía sentada en la celda.

—Comandante Orniel —saluda Myra.

—Llámenme Laki, por favor —ordena Orniel, nervioso.

—¿Ocurre algo? —pregunta Aeri.

—Pues... estaba en la cantina, disfrutando de un filete de tomte con parrotas cuando... —comienza Orniel mientras se acerca a las hadas. Ellas le miran extrañadas—. La cuestión es que a mi lado se han sentado dos elfos —continúa Orniel—. Uno de ellos no sabía quién era. El otro era Valanti, Vailan... Algo así.

—¡Valandirian! —grita Myra.

—¡Sí! —afirma Orniel efusivamente—. Han hablado acerca de la opinión de los elfos sobre vosotras. Aunque la opinión es buena entre los civiles existe un grupo dentro del ejército que planea un posible ataque en vuestra contra.

—Aeri, sácame de aquí —dice Pira, cabreada y se pone en pie.

—¿Para que salgas a matar a todo elfo que se cruce en tu camino? —pregunta Aeri—. Eso solo nos traería problemas.

—¿Qué podemos hacer, Aeri? —pregunta Myra.

—Agradecemos su ayuda, Laki —dice Aeri.

—Contad conmigo para lo que necesitéis —dice Laki antes de encaminarse hacia la salida—. Y cuídense, señoritas.

—Es un personaje curioso —afirma Myra cuando el humano ya se ha marchado.

—Aeri, tienes que sacarme de aquí —ordena Pira—. No seré imprudente pero no puedo estar encerrada mientras vosotras corréis peligro —Aeri se queda pensativa. En ese momento aparece Lidia.

—Tengo información relevante —dice Lidia. Tras situarse delante de Aeri, prosigue—: Ya sé quién es la víctima. Se llamaba Tilt Boer. Tras una charla con su mujer he descubierto que es viuda por segunda vez en su vida.

—Mala suerte —dice Myra.

—Puede ser —contesta Lidia—. Pero hay más. Su primer marido muerto y su segundo marido muerto eran miembros del mismo grupo de exploración élfico en Nasrhim hace 20 años. Además, su primer marido murió en un accidente durante una exploración.

—Interesante —afirma Aeri—. ¿Su grupo de exploración tenía un líder? Puede que nos diga quien tenía motivos para asesinarle.

—Aeri —interrumpe Myra—. ¿Buscas a un asesino que guarde rencor a un elfo durante los 13 años que permanecieron encerrados?

—Es un punto de partida —dice Aeri.

—Su líder es alguien que cuenta con la aprobación de Nor Ardem —explica Lidia—. Pues éste le ha encargado entrenar a sus soldados hasta que vuelvan a estar en forma. El elfo se llama Saúl Bron. Ahora mismo está en el piso superior entrenando.

—De acuerdo —dice Aeri y se levanta de su asiento—. Voy a hablar con él. Y vosotras dos, señoritas, van a ir a la cantina, van a ser tan socialmente magnéticas como siempre y van a agudizar el oído para que no se nos escape nada.

Más tarde, en el piso más alto del árbol, Aeri se reúne con Saúl.

—Buenas tardes, señorita... —saluda Saúl.

—Strauss —contesta Aeri—. Pero llámeme Aeri.

—¿Y qué le trae por aquí, Aeri? —pregunta Saúl— Me parece que investiga la muerte de Tilt.

—Así es —afirma Aeri. Todos los elfos que hay en el lugar miran a Aeri con desprecio y ella se da cuenta—. Y tengo entendido que ustedes dos se conocían. Venía a preguntarle acerca de un posible sospechoso que buscara su muerte.

—Señorita, Aeri —dice Saúl—. Los elfos hemos estado encerrados durante 13 años. No creo que nadie sea capaz de buscar venganza después de tanto tiempo. Lamento no serle de más ayuda —Saúl se gira para mirar a los soldados que entrenan—. ¿Cómo están Lavrina y Kai?

—¿Disculpe? —pregunta Aeri.

—Su mujer y su hijastro —explica Saúl—. Debería ir a visitarles. Su mujer se ha encontrado dos veces por una situación por la que nadie debería pasar —Saúl resopla.

—Les vendría bien una mano amiga —afirma Aeri. El hada aprovecha para mirar de nuevo a los soldados, que esta vez no la miran—. Disculpe pero tengo que marcharme.

Mientras, en Nurm, el ejército de hombres se acerca al puerto de Zorgan. Es cerca de la puesta de sol y del puerto emanan columnas de humo.

—¡Humo en el puerto! —grita un soldado.

—¡Están quemando algo! —responde Azir.

—¡Corred, soldados! —ordena Axel— No podemos dejar que mancillen nuestros pueblos.

A su orden, todos los soldados empiezan a correr hacia el puerto en el que hay un gran grupo de orcos. Las columnas de humo provienen de la quema de los barcos que están atracados. Al ver a los humanos, los orcos corren a encender los barcos que permanecen intactos con fuego. Algunos orcos, no obstante, corren hacia su enemigo. Mokil presencia la escena en la proa de un barco ardiendo mientras sujeta una antorcha encendida.

—¡Que no os distraigan los orcos! —grita Axel—. ¡Detened a aquellos que portan una antorcha! —los dos ejércitos se encuentran pero los soldados humanos buscan más allá de las primeras filas del ejército rival.

Los arqueros humanos focalizan su ataque en los objetivos con antorchas. Pronto, los únicos orcos restantes son aquellos que llevan espadas y, entre ellos, Mokil, que anda entre los barcos en llamas. Lauder se fija en él y avanza a su encuentro. Tras un leve enfrentamiento, Lauder le reduce pero, de repente, el ayudante de Mokil se abalanza sobre Lauder, lo que le da a su líder una oportunidad para huir. El conflicto se resuelve sin mayores problemas. Los soldados humanos intentan apagar los barcos que arden pero para cuando cesan en su intento, solo han sobrevivido un par de embarcaciones. Entonces los soldados descansan sentados en el suelo, lamentándose. Axel se acerca a Azir mientras este descansa.

—Has luchado bien, Azir —felicitaba Axel—. Como siempre —Azir asiente. Todavía está cansado del esfuerzo de la batalla—. He estado pensando. La amenaza de los orcos en Nurm es real y necesito a alguien que conozca la marca para prevenir otro ataque.

—¿Significa lo que creo que significa? —pregunta Azir.

—Tú y tu hijo quedaréis destinados aquí —contesta Axel.

—Gracias, Axel —dice Azir—. No puedo expresar cuánto te lo agradezco.

—No es favoritismo —explica Axel—. Sólo es lo mejor para el pueblo —tras la charla, Axel continúa la marcha. En su camino se cruza Lauder.

—¿Qué te ha hecho cambiar de opinión? —pregunta Lauder.

—Hay personas que pueden mantener a su familia a salvo en esta guerra —dice Axel. Él también deja atrás a Lauder, pensativo. Pensando tal vez, de nuevo en la amenaza que suponen sus sueños para su familia. Pero Axel

también es parte de su familia. Se conocen desde mucho tiempo ya y toda la situación con el brujo de sus sueños es una dualidad interna para Lauder.

En la inminente noche se puede intuir con más detalle la torre de madera y metal que corona Kalen. Su arquitectura es horrible y resulta grotesca. En la cima, el jefe orco agrupa a varios soldados orcos.

—Orcos de Usterbond —pronuncia Kalen mientras señala a sus orcos con una mano—. ¡Recorred cada palmo del continente llamando a las armas a todos aquellos que se encuentren ociosos en la estepa, la llanura y las montañas! ¡Que todo orco que se halle en campamentos se una a mí con este mensaje: los humanos han retomado la guerra y es hora de que imploren por su erradicación! Porque cuando la hueste implacable se reúna ¡Todos sufrirán hasta la muerte!

Al acabar el discurso, todos los orcos presentes entonan un grito al unísono.

En los planes del orco se encuentra reunir en los próximos días un ejército orco tan grande como para acabar con la resistencia humana sin saber que éstos están aliados con los elfos y con las hadas. Pretende atacar la poca resistencia emplazada en Nashim pero no se detendrán en ese momento pues tras su planeada victoria en la capital elfica, seguirán buscando encontrar y acabar con la vida de todos y cada uno de sus rivales, recorriendo Usterbond en la totalidad de su extensión.

La noche ya es profunda en el árbol y Aeri está pensativa en la comisaría. Pira la observa sentada en el catre sin perder de vista a su compañera. Aeri mira de reojo la celda.

—¿Qué? —pregunta Pira, palpablemente enfadada.

—¿Sigues cabreada? —pregunta Aeri.

—Sigo encerrada —contesta Pira, manteniendo el tono.

—¿Lo suficientemente cabreada como para negarme tu ayuda? —pregunta Aeri.

—No sé cómo ayudarte —contesta Pira—. Yo no tengo ni idea de investigaciones criminales.

—Venga, inténtalo, dame tu opinión —pide Aeri—. ¿No ves que intento ayudarte? —Pira permanece callada— Es igual.

—Tu problema es que estas siendo ingenua —responde Pira.

—¿Ingenua?! —exclama Aeri— Si no vas a ayudar mejor que permanezcas en silencio —así lo hace Pira. Aeri sigue leyendo sus notas como

si nada pero de repente deja de hacerlo y mira directamente la celda—. ¿A qué te refieres con ingenua?

—Buscas un motivo de hace más de 13 años —explica Pira—. ¿Y si ocurrió algo mientras estaban encerrados?

—Mmm. No lo había pensado —responde Aeri—. Pero ¿Qué pudo ocurrir en las celdas? No se podrían atacar entre ellos... En cada celda había de 6 a 7 elfos y, además, las celdas de los hombres estaban en un piso, las de las mujeres en otro y en el tercero la de los regentes —Aeri se queda pensativa—. Necesito ver a Lidia y Myra.

Aeri recorre el árbol de Gaia hacia la cantina sin darse cuenta de que alguien la sigue. Pero de repente, Aeri se para al oír algo. En ese momento su perseguidor la empuja contra la pared interior del tronco. Se trata de un encapuchado con un cuchillo. Aeri logra darse la vuelta pero el encapuchado ataca, atravesando el hombro de Aeri.

—¡Spark! —grita Aeri, invocando el poder del rayo. La electricidad recorre el cuerpo del encapuchado y le hace retroceder. Aeri levanta las manos— No quiero hacerte daño. Pero si me vuelves a atacar no me contendré —el encapuchado se prepara para atacar de nuevo cuando una flecha impacta en su pecho desde los pisos superiores.

Aeri mira en los pisos superiores pero no ve nada. Luego vuelve a mirar al encapuchado. Va a morir desangrado así que el hada lo carga a duras penas, ya que le duele el hombro, por la herida. Aeri lleva al encapuchado hasta la cantina en la que espera encontrar a Lidia y Myra. Lidia está allí y, para su sorpresa está sola, lo cual agradece.

—Aeri ¿Qué ha pasado? —pregunta Lidia, cuando la ve.

—Alguien ha impedido que este asaltante me matara —responde Aeri—. Para hacerlo le ha clavado una flecha.

—¿Piensas que es el asesino de Tilt? —pregunta Lidia.

—Lo que importa ahora es que sobreviva —responde Aeri—. Si muere de la misma forma que Tilt, nos culparán a nosotras. Puede que lo hagan igualmente —Aeri le tumba encima de una mesa del bar y le quita la capucha. Es un elfo—. Ayúdame.

—La doctora no soy yo —dice Lidia—. Myra se ha ido a la enfermería a ver a unos elfos que estaban a su cargo.

—Tan solo necesito que sobreviva mientras la busco —explica Aeri.

—¿Me vas a dejar sola? —pregunta Lidia.

—Menos mal que no —dice Laki, que acaba de entrar en el bar. Las hada se giran—. He oído revuelo.

—En seguida la traigo —dice Aeri. Tras decir esto, sale de la cantina.

Lidia le pone trapos encima de la herida al asaltante y entre ella y Laki logran contener la hemorragia. Tras unos instantes de tensión, Lidia aprovecha que el elfo está fuera de peligro para servirse una copa. Luego sirve otra para Laki, que se ha sentado cerca del elfo. Los dos respiran por un momento pero tras dar un trago, Laki se levanta y se dirige al elfo.

—¿Cómo te llamas, elfo? —pregunta Laki. Este no contesta— ¿No me has oído? —Laki le coge de la pechera y ve como el elfo abre los ojos.

—¿Qué ha... pasado? —pregunta el elfo.

—Tu intento de asesinato ha sido frustrado —responde Laki—. Por las mismas personas que te han salvado la vida. Por aquellas personas a las que llamáis asesinas. Así que responde: ¿Cuál es tu nombre? —en ese momento Aeri y Myra llegan al lugar. Myra se acerca apresuradamente y empuja a Laki para que se retire. Myra aplica su magia sobre el elfo para que sane.

—Hay que llevarlo a la enfermería —explica Myra.

—Si lo ven... —dice Lidia.

—Un momento —dice Laki, que no ha quitado ojo al elfo en ningún momento—. Va a decir algo.

—Val... Valdar —dice el elfo.

—Un momento —dice Lidia—. Me suena ese nombre. Es otro de los elfos del equipo en el que estaban Tilt, Saúl y Oxan, el primer marido de la doble viuda —todos se quedan en silencio.

—Nos encargaremos de eso mañana —ordena Aeri—. Ahora no podemos estar pendientes del asesinato. Myra y yo llevaremos a Valdar a la enfermería. Procuraremos que no nos vean. Vosotros dos podéis descansar. Ha sido un día largo.

A la mañana siguiente, Aeri se despierta con la intención de cerrar el episodio del asesino de una vez por todas. Para ello, va a buscar a Saúl de nuevo al piso más alto del árbol. Allí está, solo, preparando el equipo de sus elfos.

—Aeri —saluda el elfo—. ¿Qué le trae por aquí a estas horas?

—Quiero acabar con eso de una vez por todas —responde ella.

—¿Qué le hace pensar que le puedo ser de ayuda? —pregunta Saúl.

—Ayer por la noche otro elfo sufrió un ataque del asesino de Tilt —

explica Aeri—. Me consta que conoces a Valdar —Saúl la mira pero luego baja la cabeza—. Luego recordé nuestra última conversación. Mientras todos los elfos del ejército o, al menos la mayoría, no dudan en señalarnos como las responsables, tu siempre mantuviste un trato cordial.

—¿Qué insinúa? —pregunta Saúl.

—Sabe quién es el responsable —contesta Aeri—. Pero lo está protegiendo. Lo he visto muchas veces —Saúl le da la espalda a Aeri y mira al cielo.

—No tiene sentido seguir con el embuste —dice Saúl—. Pero no puede culparlo por lo que ha hecho. Nosotros somos los responsables.

—Explíquemelo —ordena Aeri.

—El accidente en el que murió el padre de Kai, Oxan —explica Saúl. Éste se da la vuelta y mira a Aeri—. No fue un accidente —Aeri se sorprende.

—¿Fuisteis vosotros? —pregunta Aeri.

—Fue Valdar —contesta Saúl—. Los orcos escoltaban un tesoro por un camino al norte de Gaia. Piedras preciosas extraídas de una mina cercana. El protocolo dicta que los equipos de exploradores no deben actuar pero Valdar atacó a los orcos. Cuando vimos el tesoro nos vimos en una encrucijada. De nuevo las reglas... Los tesoros encontrados deben llevarse al palacio del regente. Pero todos queríamos quedarnos el botín. Todos menos Oxan.

—¿¡Le matasteis!?! —pregunta Aeri alarmada.

—Los orcos le hirieron —contesta Saúl—. Solo tuvimos que esperar a que se desangrara.

—Por unas piedras preciosas... —dice Aeri, que sigue sorprendida—. Dejasteis morir a vuestro compañero —Aeri hace una pausa—. Pero eso no explica las muertes de estos días.

—Ocurrió algo durante nuestro cautiverio —explica Saúl—. Los hombres estábamos encerrados en celdas contiguas. Tras 5 años la conciencia de Tilt no aguantó más. Hasta ese entonces había vivido con la mujer de Oxan cuidando de su hijo.

—Y decidió confesar —averigua Aeri.

—Todos pensábamos que moriríamos —dice Saúl—. Y por lo menos quería morir con la conciencia tranquila. Pero no puedes condenar a Kai. Es solo un joven.

—Ha matado a un elfo y atacado a otro —explica Aeri—. No puede quedar impune... Pero son asuntos de los elfos.

Tras la conversación con Saúl, Aeri va en busca de Laki. A quien encuentra charlando con otros soldados humanos.

—Comandante —saluda Aeri—. Necesito su ayuda.

—Lo que necesite —afirma Laki.

—Tenemos al asesino —dice Aeri.

—¿En qué puedo ayudarla, pues? —pregunta Laki.

—Esto es lo que haremos —contesta Aeri.

Al mediodía, Aeri y Laki van al vestíbulo de Gaia. Van acompañados de más soldados humanos y todos escoltan a Kai.

—¡Atención, elfos de Gaia! —grita Laki—. ¡Hemos encontrado al asesino de Tilt Boer! —los elfos comienzan a conglomerarse en el vestíbulo así como en los pisos superiores para presenciar la escena.

—¡Se trata de Kai Normand! —grita Aeri, esta vez.

—¡Es mentira! —grita un elfo entre la muchedumbre.

—¡Lo matasteis vosotras! —otro elfo.

—¡Pretenden culpar a uno de los nuestros! —otro.

Entre el público se encuentran Valandirian y Nor Ardem. Valandirian observa la escena alarmado.

En los pisos superiores, soldados elfos se abren hueco entre la muchedumbre, preparan sus arcos y apuntan a Aeri. Al verlos, los civiles huyen de los pisos superiores. Entre los elfos armados aparece Allstrand.

Algunos civiles desde el vestíbulo comienzan a lanzar rocas y palos a Laki y Aeri.

—Mi señor, no es el momento de atacar —dice Astar—. Usted mismo lo dijo —Nor Ardem permanece pensativo—. Si los elfos atacan, tendrán que hacer frente a los soldados humanos.

—¡El asesino es un elfo! —grita Laki— ¡La víctima es un elfo! ¡El castigo debe ponerlo un elfo!

Justo cuando los arqueros elfos van a disparar, Pira, Lidia, Myra y algunos soldados humanos les detienen. Los soldados elfos forcejean, pero uno a uno son reducidos por los humanos y las hadas.

—¡Anduin! —grita Astar desesperado— ¡Amaine a los elfos!

—¡¡Parad!! —ordena Anduin, cuyo grito retumba por todos los rincones del vestíbulo y los pisos inferiores del árbol. A continuación, Anduin se acerca a Aeri— ¡Las hadas nos dan la oportunidad de juzgar nosotros mismos a este elfo! ¡Su crimen ha sido atroz! Y merece su castigo.

A la hora de la comida, las hadas se reúnen en la comisaría para comer juntas.

—Servicio militar —dice Lidia—. ¿Por qué no me parece un castigo?

—Porque no lo es —contesta Pira.

—Pero ese elfo iba a acabar ingresando en el ejército, ¿No? —pregunta Myra.

—Vamos, chicas, no podemos culpar a Nor Ardem —dice Aeri—. Si el castigo hubiera sido la ejecución, su pueblo se hubiera rebelado —todas quedan en silencio. Aeri mira a Pira— ¿Sigues enfadada?

—Se me pasará —contesta Pira.

—Dejad eso —ordena Lidia. Ésta saca una botella de licor de un cajón de una mesa de la comisaría—. Y centraros en esto.

—¿Escondiste una de las botellas? —pregunta Aeri sorprendida pero contenta.

—Esta es para nosotras —explica Lidia.

—No hay mejor forma de olvidar lo sucedido —sentencia Myra.

## 5-El periplo de la magia

Después del incidente acontecido en Gaia, los tres días posteriores se sucedieron sin percance alguno, así en Gaia como en Zorgan, donde Axel presentó un informe al rey Relass en el que se detalla todo lo ocurrido en el puerto.

—Sólo tres barcos de transporte se salvaron de la quema —explica Axel. Él y su padre están reunidos en el salón del trono. El monarca presta atención a las palabras de su hijo—. El resto de barcos que quedan son pequeñas embarcaciones destinadas a la pesca —Axel se detiene—. La fortuna nos sonrió con la población del puerto, pues los orcos solo los ahuyentaron, no los hirieron.

En Gaia no hubo más disturbios. Los elfos se recuperaban a gran ritmo y la cantina se llenaba cada vez más de elfos que acababan de salir de la enfermería para reunirse con sus conocidos. Las tropas élficas recuperaban fuerzas e incluso formaban equipos de exploración y de caza. La vida en el árbol volvía a ser la que era hace 50 años, pero esta vez eran los elfos los que la hacían posible.

Pira sale del árbol todas esas noches en las que apenas duerme para hacer ejercicio. En la oscuridad, practica estocadas, defensas y todo tipo de acrobacias que efectúa con perfecta elegancia a pesar de no poder volar. Todo ello, recordando el día en el que se dejó alcanzar por un trol.

Lidia repasa uno a uno los libros que quedan de la librería. Ella siempre ha sido una estudiosa. Cree que la información puede ser poderosa. Sus tres compañeras la consideran la más inteligente de las cuatro y es que no hay nada acerca de lo que ella no sepa. En realidad no posee un cociente intelectual privilegiado, solo un don para asimilar datos e interconectarlos y una gran capacidad para razonar, además de una memoria fotográfica.

Tras el tercer día, en la enfermería de Gaia, Myra busca entre los cajones de un escritorio. Al mirar en uno de ellos, encuentra un libro y, en una de las páginas, hay una hoja de papel. Tras ojearla, el hada sale disparada de la sala. Va en busca de sus amigas que se encuentran en uno de los balcones de Gaia.

—¡Chicas! —grita Myra, al llegar al balcón— Traigo buenas noticias —en el horizonte se ve una marcha aproximándose al árbol. Son las tropas humanas,

lideradas por Axel. Myra se acerca y mira por el mismo balcón por el que miran sus amigas—. ¡Ya llegan los hombres!

—¿Qué has descubierto, Myra? —pregunta Aeri.

—Se trata de un hechizo escrito en una hoja de papel —contesta Myra. Al tiempo que lo dice, saca la hoja de un bolsillo—. Es para buscar magia blanca —todas se acercan con interés.

—Vaya ¿Significa que si queda magia blanca por aquí cerca podremos encontrarla? —pregunta Lidia.

—Así es —contesta Myra entusiasmada—. ¿No es estupendo?

—¿Qué necesitas? —pregunta Aeri.

—Sangre —contesta Myra—. Sigue siendo nuestra única fuente de magia blanca.

—De acuerdo —asiente Aeri—. Que te ayuden ellas, yo necesito hablar con Axel.

Mientras, Axel se reúne a la entrada del árbol de Gaia con Laki. El resto de humanos han pasado al interior para descansar.

—Cuéntame todo lo que haya pasado, comandante —ordena el príncipe.

—Pues verá. Cuando llegamos era de noche —comienza Laki—. Las hadas nos reunieron en el vestíbulo y nos dijeron dónde estaban las casas, de forma que nos fuimos organizando. A la mañana siguiente, un elfo murió de un flechazo.

—¿¿Qué?! —pregunta Axel, alarmado ante la impasividad de Laki.

—Nor Ardem no tardó en echarle la culpa a las hadas —continúa Laki—. Luego descubrimos que los elfos planeaban una rebelión contra las hadas.

—¿¿Cómo?! —Axel todavía sigue alarmado—. Cuéntame todo.

—Como ordene —Laki se dispone a continuar pero en esos momentos aparece Aeri en el umbral de la entrada de Gaia.

—Mejor olvídale —ordena Axel—. Consultaré lo sucedido con otra persona —tras decir esto, Axel se acerca a Aeri. Laki se adentra en el árbol—. ¿Se encuentra bien, señora hada? ¿Qué ha ocurrido?

—Nada que no podamos controlar —responde Aeri—. Ya sabes cómo son los elfos.

—Aeri, en serio, ¿Qué ha pasado? —pregunta Axel señalando la herida del hombro de Aeri.

—Estamos todos bien, Axel —contesta Aeri.

—Esos mal nacidos... —condena Axel.

—Vaya —dice Aeri sorprendida—. Es halagador que quieras protegernos, pero sabemos cuidar de nosotras mismas —al decirle esto, Aeri se pone seria—. Además, la herida ya está cerrada. Solo conseguirás abrirla de nuevo.

—Ahhh... —suspira Axel— Ha sido un largo viaje. Iré a descansar ¿Nos reuniremos más tarde? —Axel entra en el árbol mientras Aeri se queda fuera pensativa.

—De acuerdo —dice Aeri antes de que Axel se haya separado mucho. Cuando el hada entra en el árbol, después de su meditación, se encuentra con Lidia—. ¿Espiondo?

—No —responde Lidia—. Preocupándome —Lidia hace una pausa—. Hay deseo en las miradas que te ofrece el príncipe.

—No es cierto —niega Aeri.

—Y tú no te das cuenta o lo niegas —dice Lidia, Aeri suspira y luego se acerca a su amiga—. Nos parecía muy gracioso los días en los que estábamos en Zorgan y parecías la única que no se daba cuenta de que Axel te quería cortejar —Lidia hace una pausa—. Sabes que no debes, Aeri. Te lo digo como hermana. No debes —Lidia mira a los ojos a Aeri.

—Lo sé, lo sé —afirma Aeri.

—Aeri, no le des esperanzas —ordena Lidia—. Sólo córtalo de raíz.

En esos instantes, Pira y Myra preparan el hechizo para buscar magia blanca. Para ello, toman un vaso con un poco de agua y vierten una gota de sangre de Pira en el vaso. Éste está colocado encima de un papel en el que hay un dibujo circular. La sangre que hay mezclada con el agua comienza a brillar y se dirige a uno de los extremos del vaso.

—Ya está —afirma Myra.

—Señala al sureste —dice Pira.

—Allí encontraremos magia blanca —explica Myra—. Seguramente haya un pequeño manantial subterráneo.

—Informaré al resto —dice Pira antes de abandonar la sala.

—Yo tengo que vigilar el estado de mis pacientes —dice Myra. Aunque su amiga ya no está con ella—. Sobre todo si vamos a partir.

Un poco más tarde, Aeri, Pira y Lidia se vuelven a reunir en uno de los pisos del árbol.

—El hechizo tuvo éxito —afirma Lidia—. Al parecer queda magia blanca en algún punto del sureste.

—Es una buena noticia —dice Aeri—. Deberíamos partir enseguida.

—¿No habría que informar a Nor Ardem y a Axel? —pregunta Lidia.

—No —niega Pira en el mismo instante en el que Lidia acaba la pregunta.

—Sí —responde Aeri por su parte—. Tienes razón —Pira pone una mueca de exasperación—. Y tú vienes conmigo. Lidia, reunid entre Myra y tú todo lo que necesitemos. Nos vemos en el vestíbulo en media hora.

En la enfermería, Lauder Kalath entra para visitar a Myra.

—Señorita Palazzo —saluda Lauder—. ¿Tiene un momento?

—¡Lauder! —dice Myra, que se alegra al ver al humano— Deme un momento —Myra termina de examinar una herida que tiene un elfo en el costado y acude a reunirse con Lauder—. ¿Se encuentra bien? ¿No será por la herida de flecha?

—No, no —niega Lauder—. Esa herida sanó hace tiempo. De hecho, he recordado que no le di las gracias por tratarme.

—No tiene por qué darlas —asegura Myra.

—Además de eso, he venido porque me preocupa un soldado humano —explica Lauder.

—Umm... —dice Myra preocupada— ¿Qué le ocurre?

—Me ha dicho que no ha informado al príncipe para no preocuparle así que me gustaría saber si esto puede quedar entre nosotros —dice Lauder. Myra asiente—. Al parecer ha estado teniendo unos sueños bastante perturbadores. El último hace un par de días ¿Usted sabe algo acerca de influenciar la mente de alguien de esa manera? ¿Quizá algún tipo de encantamiento?

—Mmm —murmulla Myra—. Los sueños son muy complejos ¿Se repite el mismo siempre?

—Tiene ligeras variantes pero la temática es siempre la de un mundo desolado y oscuro en el que hay un hombre con una capucha al que no puede reconocer —explica Lauder—. El hombre le amenaza con matar a su familia.

—Vaya —dice Myra horrorizada—. Eso es terrible —Myra pone su dedo índice en la comisura de sus labios—. La magia tiene tantos y tantos usos que ni las hadas podemos saber dónde están sus límites.

—¿Quiere decir que sería posible manipular los sueños de alguien? —pregunta Lauder.

—No he oído hablar de ningún caso así, pero sí, creo que se podría hacer —contesta Myra.

—Ya veo —dice Lauder. Es una nueva prueba de que sus sueños son

reales, de que las amenazas del brujo oculto en sus sueños no son en vano—. Muchas gracias por todo, de nuevo —Lauder se va pensativo.

—De nada —dice Myra con una sonrisa en la cara.

En el cuartel general de Gaia, se reúnen Aeri, Pira y Axel. Entran Lauder, Astar y Anduin. Los seis se sitúan alrededor de una mesa rectangular con papeles encima. El lugar es pequeño para seis personas y está vagamente iluminado por pequeñas velas en las estanterías de las paredes.

—Buenas tardes príncipe —saluda Anduin—. Me alegro de ver que os encontráis bien tras el viaje —Axel le mira intrigado.

—¿De veras lo pensáis? —pregunta Axel con un tono sarcástico— He oído lo acontecido en mi ausencia.

—Las disputas que han sucedido ya están olvidadas —contesta Anduin. Tras decir esto, Anduin mira a Aeri—. ¿No es así, Aeri?

—Sí, por supuesto —dice Aeri, un poco encogida.

—Hmm —murmulla Axel—. No sólo las hadas fueron atacadas. También los soldados humanos recibieron pedradas de los elfos.

—Si ha oído bien, fue Nor Ardem quien amainó a sus hombres —interviene Astar—. Y no debería guardar rencor hacia él —todo se queda en silencio. Un silencio muy incómodo.

—En cualquier caso —dice Aeri para romper el silencio—. Os hemos hecho llamar porque hemos hecho un descubrimiento importante.

—¿De qué se trata? —pregunta Axel.

—Magia blanca —responde Aeri—. Al parecer sigue habiendo en Usterbond. En algún punto del sureste. Las hadas vamos a organizar una partida hacia ese lugar para encontrarla.

—¿Por qué es importante? —pregunta Lauder.

—Hasta una pequeña gota de magia blanca pura se expandirá si se encuentra en uno de los manantiales del árbol —explica Pira.

—Retornaríamos la magia blanca a este bosque —dice Aeri—. Lo cual nos facilitaría en gran manera todas las labores que aquí desempeñamos.

—¿Buscáis acaso nuestro permiso? —pregunta Axel.

—No. Vamos a partir aún sin él —contesta Pira.

—Nosotros también tenemos información de interés —dice Astar—. En nuestro letargo, los orcos han construido monstruosas torres en diversos puntos del continente. Creemos que para tener vigilancia en algunas zonas.

—Hay algunas de esas torres cerca de Nashrim —explica Anduin—. Otra

en la montaña cercana a la antigua ruta comercial que parte hacia el norte. Así lo confirman nuestros grupos de exploradores.

—Pueden ser una amenaza —dice Axel.

—No contemplo una posibilidad diferente —asegura Nor Ardem—. Por eso, si me disculpan, debo coordinar nuestras patrullas a desplegar. Me encontraba cerca de destinar a mis hombres a la atalaya del norte de nuestra posición —Axel le dedica una mirada llena de ira pero Anduin la ignora.

Cuando salen del cuartel, Axel habla con Aeri y Lauder. Pira se reúne con Lidia y Myra, que observan en la distancia con el equipo preparado.

—No soporto a ese elfo —dice Axel cuando Anduin no puede oírle—. ¿Soy el único que ve su prepotencia?

—Cálmese, príncipe —dice Aeri—. El comportamiento de los elfos ahora no difiere demasiado del que presentaban hace 50 años. La guerra tampoco ha cambiado.

—Necesito un trago —afirma Axel.

—La cantina está en el tercer piso —indica Aeri. Axel se dirige a donde le ha señalado Aeri pero Luader se queda en el mismo lugar.

—Esto puede ser un problema, señorita Strauss —interviene Lauder—. Sus palabras no le han tranquilizado.

—Por lo que me han contado, usted es uno de los más fieles y longevos servidores de Axel —dice Aeri—. ¿Podrá hacerle entrar en razón?

—Podré intentarlo, sin duda —responde Lauder—. Pero aceptaría ayuda de buen grado —ambos se dedican una mirada cómplice.

Las hadas comienzan un viaje hacia la parte este de la cordillera de Nurm. Cargando con palas y picos, pronto se adentran en una explanada en la que deciden hacer un descanso.

—¿Qué marca la magia, Myra? —pregunta Aeri.

—Vamos por buen camino —contesta Myra—. Pero no hay forma de saber cuánto falta. Después de informar al resto, Myra busca en su macuto hasta dar con unos frutos tojos con forma de galletas.

—Podemos encontrarnos con los orcos que combatió Axel en el puerto de Zorgan —explica Aeri.

—Aunque fueran pocos, para nosotras cuatro podrían ser como un ejército —dice Pira. Lidia observa a Myra.

—Hemos comido hace un par de horas —dice Lidia sorprendida.

—Tengo hambre —asegura Myra—. ¿No queréis?

—Sí —dicen Aeri y Pira simultáneamente.

—Por supuesto —responde Lidia. Myra lanza frutos a sus compañeras.

—¿Qué creéis que encontraran los elfos en la atalaya? —pregunta Lidia.

—Problemas, seguro —responde Pira.

En esos instantes, en la cantina de Gaia, Axel se encuentra sentado en la barra, bebiendo de una taza. Lauder también entra y se dirige hasta él.

—¿Qué tomas? —pregunta Lauder.

—Té —contesta Axel, que mira su taza en una mano y se sujeta la cabeza con la otra—. Al parecer se han acabado las existencias de bebidas alcohólicas.

—¿Qué desea, mi señor? —pregunta una elfa que se encuentra sirviendo en la barra. Lauder mira a Axel y luego a la elfa.

—Otro té —contesta Lauder. Ambos permanecen en silencio. Tras prepararlo, la elfa le sirve su té a Lauder—. Gracias.

—¿Sabes? —dice Axel, sin dejar de mirar su taza— No recordaba esta parte de la guerra. No me importa combatir ni el riesgo que ello implica. Pero gestionar alianzas ¿Por qué me parece tan complicado?

—Porque lo es —contesta Lauder—. Matar enemigos. Eso lo hace cualquier soldado entrenado. La diplomacia esta al cargo de los líderes y no lo hace cualquiera —Axel resopla.

—No confío en Nor Ardem —explica Axel—. Y si no confío en él, cómo voy a intentar una alianza.

—Nuestra amistad con las hadas tampoco empezó de la mejor forma —explica Lauder—. Pero aquí estamos, viviendo en uno de sus árboles. Quiero decir, la confianza no nace de la nada, la confianza se fragua con el tiempo. Dale un respiro a los elfos. Necesitan tiempo para asimilar su nueva situación.

—Me da la sensación de que cuando hablamos, quieres parecer más sabio que yo —dice Axel, que mira a Lauder y le sonrío.

—Eso es porque, efectivamente, lo soy —bromea Lauder.

Mientras tanto, en la torre orca al norte de Gaia, un grupo de cerca de diez elfos liberan la torre de las huestes de orcos que se hallan en el interior. En una sala en lo alto de la torre, el elfo Allstrand ata a un orco a una silla. También se encuentra presenciando la escena Saúl Bron, además de otros dos elfos.

—Llamad a Nor Ardem —ordena Allstrand mientras completa las ataduras. Otro de ellos sale de la estancia para que, momentos después,

Anduin aparezca por la puerta. Le sigue Astar.

—¡Vaya! —dice el orco— Estoy en presencia del mismísimo Anduin Nor Ardem. Qué honor —casi al mismo tiempo que termina la frase, el elfo le lanza un puñetazo.

—No vas a hablar a menos que sea para responder a mis preguntas —ordena Nor Ardem. El orco suelta una carcajada enorme.

—Inaudito —dice el orco—. Si voy a morir, prefiero llevarme mis secretos conmigo.

—¡Calla! —grita Anduin. El elfo espera un momento antes de continuar. Para hacerlo, agarra la mandíbula del orco—. Dime que sabes de las hadas y de los hombres. Y te daré una muerte instantánea e indolora.

—Así que desconfiáis de los otrora aliados —afirma el orco—. Tus años de cautiverio te han convertido en un elfo... —pero antes de que el orco termine la frase, Nor Ardem ya le ha hundido un cuchillo en su brazo izquierdo lo que provoca un grito por su parte. El orco se repone del dolor—. Tienes motivos para desconfiar.

—Habla —ordena Nor Ardem.

—Señor —interrumpe Astar, que se acerca a su superior para dedicarle unas palabras en confidencia. Pero Anduin espera las palabras del orco con suma impaciencia e ignora a su hombre con un gesto de mano.

—¿Quieres saber por qué volvieron las hadas? —pregunta el orco— Nosotras las convocamos. Ellas embaucaron a los hombres en nuestro lugar.

—Mientes —asegura Nor Ardem.

—Se acerca vuestro fin, elfo —dice el orco, que sonríe al tiempo que pronuncia sus palabras—. Y no será un orco el que ponga un filo en su excelentísima garganta —el regente le mira con una expresión mezcla de sorpresa y terror. En ese momento Astar, que se encuentra a escasos metros, coge una flecha, la coloca en su arco y dispara al orco un flechazo que impacta en la cabeza, acabando con su existencia. Tras procesarlo, Anduin se gira hacia su compañero enfurecido.

—Estaba jugando contigo, Anduin —explica Astar alzando la voz. Tras asimilar los hechos de nuevo, Anduin mira a su alrededor.

—¡Marchaos! —grita Nor Ardem, al resto de elfos— ¡Volved a Gaia y no le contéis a nadie lo aquí acontecido! —todos desaparecen menos Astar. Anduin se acerca a él.

—Son mentiras, Anduin —dice Astar alzando la voz—. ¿Preferís confiar

en las palabras de un orco que sabe de su destino antes que en tus aliados? — Anduin abandona la sala con una ira palpable en su mirada.

Al pie de esa misma torre. Allstrand y Saúl comienzan su viaje hacia Gaia pero Allstrand se detiene en un mirador de la montaña para ver dos figuras acercándose a un grupo de casas al oeste de allí. Saúl contempla la escena también.

—Vamos —ordena Allstrand.

—¿A dónde? —pregunta Saúl.

—Ven conmigo —ordena Allstrand de nuevo.

En la cordillera de Nurm, las cuatro hadas excavan apresuradamente en un montículo en el que han crecido un pequeño grupo de árboles. De pronto, suena un cuerno orco a escasos metros.

—Más deprisa —ordena Aeri.

—¿Estás segura de que este es el sitio, Myra? —pregunta Lidia.

—Es lo que marca el hechizo —responde Myra.

Pero a pesar de que las hadas se apresuran, los orcos empiezan a aparecer en la zona. La primera en lanzarse al ataque es Pira. La siguen Aeri y Lidia.

—Sigue cavando —ordena Lidia a Myra antes de lanzarse al ataque. Al poco tiempo se ven las primeras gotas de magia blanca.

—¡Lo encontré! —grita Myra— ¡El manantial subterráneo! —al oírlo, Aeri se gira y en ese instante le alcanzan dos flechas. Una en la pierna derecha. Otra un poco más arriba, en el costado.

—¡Aeri! —grita Lidia. Ésta corre hacia la posición de su compañera. Pira también lo ve pero reacciona arremetiendo contra los orcos. Al poco tiempo ya no quedan enemigos en la zona y las tres hadas rodean a Aeri.

—¿Tenemos la magia? —pregunta Aeri tumbada en el suelo. Brota demasiada sangre de sus heridas.

—Sí —contesta Myra—. No te preocupes.

—Sánala, Myra —ordena Lidia. Myra retira las dos flechas entre los gritos de Aeri para, más tarde, lanzar su magia sobre su compañera.

—Aún estará débil por un tiempo —explica Myra—. Ha perdido mucha sangre.

—Los orcos pueden estar al acecho —dice Pira.

—No podéis cargar conmigo y luchar —explica Aeri.

—Sí que podemos —afirma Pira. Al decir esto mira a Lidia—. Lleváosla. Yo distraeré a los orcos. Vosotras cogereis la magia blanca, a ella y huiréis

volando.

Lidia y Pira se dedican una mirada. Lidia sabe de las capacidades de su compañera y ve decisión en sus palabras así como en su mirada.

—¡Ni en broma! —grita Aeri— No te dejaremos aquí sola —Lidia permanece pensativa un momento más.

—¡Hacedlo! —ordena Pira.

—¿Podrás aguantar el ataque sola? —pregunta Myra.

—Con esto, sí —afirma Pira, que coge la espada de Aeri.

—Vamos, Myra —dice Lidia. A pesar de las quejas de Aeri, Lidia la alza sobre sus brazos. Myra coge varios botes llenos de magia blanca y ambas salen volando. Pira se pone a caminar con las dos espadas en las manos mientras suenan más cuernos orcos en la distancia.

En otro punto más al norte, dos hombres revisan el interior de un local abandonado que en otro tiempo fue una posada. Se encuentran en el puesto de Urgandoll, un puesto localizado en la ruta comercial y que fue construido por los mismos comerciantes que la frecuentaban para tomarse un descanso y comerciar con otros vendedores. Con el tiempo, Urgandoll se hizo popular en el gremio y no sólo los comerciantes acudían, sino que soldados y civiles también visitaban los diversos locales. Había tiendas sí, pero también posadas y tabernas en las que no cesaba la música en ningún momento del día ni de la noche.

Pero eso fue hace mucho tiempo. Ahora sólo la mugre parecía habitar en aquel enclave. Y los dos hombres habían visitado ese grupo de construcciones para buscar recursos que les pudieran ser de utilidad. Su búsqueda, no obstante, se ve interrumpida ante la inesperada llegada de Allstrand y Saúl Bron.

—Vaya —dice un hombre—. No esperábamos visita.

—Nosotros tampoco esperábamos encontrar a nadie aquí —explica Allstrand. Bron se dedica a contemplar la escena sin saber todavía por qué Allstrand le ha conducido hasta allí.

—Parece que encontramos un tesoro —dice el otro hombre. Éste se encuentra al otro lado de una barra de madera desgastada y presenta al resto una botella llena—. ¿Quieren una copa?

—¿Han venido a beber aquí? —pregunta Bron.

—El comandante Orniel nos mandó a buscar algo que sirviera de utilidad entre tanta ruina —afirma el hombre de la botella. El otro hombre busca cuatro

vasos y los limpia del polvo con un soplido. Los dos elfos permanecen en tensión.

—No creo tener el placer de conocer al mencionado Orniel —dice Allstrand. El hombre de la botella sirve la bebida. El otro contempla a Allstrand.

—Hablando de conocidos —dice el hombre que se encontraba mirando a Allstrand—. Creo saber quién es usted —el otro humano le mira. Antes de continuar, el hombre emite una risa tímida y agarra un vaso—. Tu eres el que incitó a los elfos a que se revelaran en el árbol, no es así.

—Ese percance está olvidado —dice Allstrand, sin perder la actitud despreocupada.

—¿Lo está? —pregunta el humano— Mi hermano recibió un golpe en ese, usando sus palabras, percance.

—Aún no tengo claro sus motivos, señor elfo —dice el otro humano—. Pero una rebelión como la sucedida no parece la mejor forma de agradecernos que les liberáramos de su prisión.

—Habláis de gratitud —dice Allstrand. Saúl comienza a atisbar lo que puede pasar en la sala—. Pasamos 13 años encerrados ¿Acaso sabéis lo que eso conlleva?

—Caballeros —interviene el hombre de fuera de la barra—. No hay motivos para la rabia —el hombre se acaba su vaso de un trago—. A fin de cuentas, este es un momento tan bueno como cualquiera para dar fe de tu gratitud, elfo —Allstrand mira al suelo sonriendo y luego mira al humano y se acerca a él.

—Muchas gracias —dice Allstrand cuando está cerca del humano, que mira a su compañero sonriendo.

Pero en escasos segundos, Allstrand cambia de semblante y le asesta un golpe en la tripa al hombre y, posteriormente, lanza otros dos puñetazos a la garganta del humano que le dejan sin respiración. El humano cae al suelo.

—¡Pero qué demonios haces! —grita Bron, que contempla atónito.

El otro humano salta la barra de madera mientras profiere insultos a Allstrand. Pero cuando se encuentra cerca, blandiendo su espada, Allstrand asesta el primer sablazo con su arma, atravesando el pecho del humano. Bron se estremece al ver la escena. El resultado, dos hombres en el suelo, uno de ellos desangrándose. Saúl se acerca a Allstrand.

—Esta era tu intención desde el principio, ¿Verdad? —pregunta Bron—

Les has provocado para que se acercaran y poder masacrarles.

—Has oído al orco de esa torre tanto como yo —responde Allstrand—. ¿Por qué te has quedado al margen pues?

—Tengo que dar parte de esto —afirma Bron.

—No será necesario —dice Allstrand—. Yo mismo lo haré.

Pero los elfos no han reparado en un detalle. El agónico humano desangrándose ha escrito con su sangre un mensaje señalando a sus asesinos. En el suelo de la taberna se puede leer la palabra “elfo”.

La expedición a la atalaya llega al árbol de Gaia antes que las hadas. Cuando éstas lo hacen, Myra y Lidia llevan a Aeri a la enfermería.

Mientras, Anduin Nor Ardem, Astar y Allstrand entablan una conversación en el bosque. Una conversación en la que el último, confiesa sin miedo ni vergüenza sus actos.

—¿Acaso se trata de una chanza?! —grita Astar alarmado.

—No —responde Allstrand con seriedad.

—No intuyes el daño que has provocado —dice Astar. Anduin permanece en silencio, escuchando la discusión de sus hombres.

—No son aliados —niega Allstrand—. Olvida esa ilusión.

—¿Por qué? ¿Por qué un orco lo ha dicho? —pregunta Astar.

—¡Dijo que ellos las habían llamado! —grita Allstrand— De ser cierto, no debemos arriesgarnos.

—¡De ser cierto! —responde Astar con otro grito.

—¡Silencio! —en esta ocasión es Anduin el que grita. Su grito capta la atención de los otros dos elfos— Retírese, Allstrand. Tendremos una discusión en adelante —Allstrand comienza su marcha, pero a escasas zancadas se detiene y mira a Anduin.

—Vi miedo en su rostro cuando el orco dijo que moriría a manos de sus aliados —dice Allstrand—. Lamento ser el único que no vacila a la hora de hacer lo que todos queremos hacer —Allstrand abandona a sus dos compañeros en el bosque—. Lo que debemos hacer.

—Espero que se vea a sí mismo cuando mira a Allstrand —explica Astar cuando el mencionado elfo se ha ido—. No pretendo que caigamos en una trampa. Sólo reclamo prudencia.

—La ira de Allstrand... —dice Anduin— Yo mismo la he alimentado —Anduin se queda pensativo—. Por el momento mostremos nuestra mejor cara a hombres y hadas. Aunque sea una cara falsa.

En algún punto de la marca de Nurm, Azir y su hijo, Nain, se sientan a la sombra de un grupo de árboles.

—Un día sin incidentes —dice Azir.

—Padre —dice Nain—. ¿No te preocupa haber abandonado la batalla por mí?

—Me preocupa más tu seguridad —contesta Azir dedicándole una sonrisa a su hijo. Pero entre los árboles se mueve una figura encapuchada que se acerca a ellos. En un movimiento a alta velocidad, la figura agarra al hijo de Azir y le pone un cuchillo sobre su cuello. Azir reacciona al instante, levantándose y alzando una mano, dispuesto a negociar con el agresor.

—¡Quieto! —grita Azir con una mirada de pavor instalada en su rostro—  
No lo hagas.

—Depón tus armas, humano —ordena la figura misteriosa.

—Padre —dice Nain, asustado como nunca en su vida.

—Está bien —suplica Azir—. Escucha. Haré lo que me pidas, pero por lo que más quieras, suelta a mi hijo —la figura emite un gruñido—. Nain, mírame, no va a pasar nada.

—Eso crees, ¿verdad? —dice el extraño ser. En ese momento comienza a deslizar el cuchillo por el cuello de Nain ante la mirada horrorizada de su padre, que ve con espanto cómo la sangre comienza a brotar de la herida.

Cuando el joven ha fallecido, el villano tira su cuerpo al suelo. Aunque tarda en reaccionar, Azir se abalanza con la ira de todo un ejército hacia su enemigo pero éste aprovecha un ataque lleno de ira, pero vacío de lógica para derribarle y darle muerte como a su hijo. Con sus últimos suspiros, Azir se acerca a su hijo y contempla su cuerpo inerte y sin consciencia. Consigue estrechar su mano, pero no existe ninguna reacción.

La figura encapuchada por fin revela su rostro. Se trata del orco Mokil, aunque se adivina en su semblante un ser hambriento, sediento y derregado. Por eso, tras blasfema hazaña, agarra el macuto de los humanos y se lleva toda la comida y bebida que poseían a la boca. Después de la ingesta, anda hacia el grupo de árboles, buscando un escondrijo entre varias ramas caídas para echarse a dormir.

## 6-El día de Gaia

La lluvia golpea el bosque de Gaia con fuerza. Y en la enfermería, Aeri se despierta lentamente. Se halla recostada en una cama. Cuando está completamente despierta, se apresura para ver con sus ojos las heridas de su costado y de su pierna. Están cubiertas con dos paños ensangrentados. Al verlo, Aeri se tranquiliza y se recuesta sobre la cama. Al poco tiempo Axel aparece por la enfermería, contempla los dos pisos de salas de recuperación, y va hasta el marco de la puerta de la sala de Aeri.

—¿Pasará algún día sin que recibas herida alguna? —dice Axel sonriendo. Aeri le mira y sonríe también.

—Estamos en guerra —contesta Aeri, que ahora está seria y mirando a su cama. A Axel le confunde la repentina seriedad de Aeri.

—Me alegro de que estés mejor —afirma Axel. Por la puerta de la sala aparece Lidia cargando con una bandeja con comida.

—Buenos días —saluda Lidia con una sonrisa exagerada—. Lamento interrumpir, pero nuestra compañera debería comer algo.

—Mejor vuelvo luego —dice Axel.

—Sí —afirma Lidia—. Si no te importa —Axel sale de la escena.

—¿Estoy oliendo lo que creo que estoy oliendo? —pregunta Aeri.

—Verduras del bosque —contesta Lidia.

—Mmmm —murmulla Aeri—. Ahora mismo te adoro —Lidia apoya la bandeja en el costado de Aeri y se sienta en la cama en la parte en la que están las piernas de ella.

—Las he cocinado con una... Sartén. Como las que había en el mundo al que viajamos —explica Lidia—. Me la he fabricado yo misma —Aeri coge una verdura roja con sus manos y la prueba.

—Pues te han quedado de maravilla —dice Aeri.

—¿Qué tal con...? —empieza a decir Lidia pero Aeri la corta abruptamente.

—Infórmame de todo —ordena Aeri.

—Pira volvió ayer por la noche mientras cenábamos —explica Lidia.

—¿Cómo está? —pregunta Aeri.

—Ningún rasguño —responde Lidia—. Sólo un hombro dislocado. Myra

se lo colocó y luego pasó la noche sentada en la silla contigo —Aeri sonríe.

Esa mañana, dado que las hadas habían recuperado la magia blanca, Myra había tomado la iniciativa de enseñar los métodos seguidos en la enfermería de Gaia a todo aquel voluntario que se interesara por el tratamiento de los heridos en combate. De esta manera, no se encontraría sola ante un posible aluvión de soldados a los que tratar así que Myra les enseña dónde encontrar todas sus herramientas, donde disponer a los heridos, qué salas son más apropiadas para los más graves y cuales no lo son etc...

Por la tarde se reúnen Aeri, Axel, Nor Ardem, Lauder y Astar en la propia enfermería debido a las heridas de Aeri que, a pesar de su avanzado estado de recuperación, aún no puede apoyar su pierna derecha con normalidad.

—Las torres cumplen una función de vigilancia —informa Astar que se apoya en una mesa—. Como comprendimos en nuestra incursión.

—Vigilancia —repite Nor Ardem—. Los orcos quieren estar al tanto de lo que ocurre en Usterbond y las huestes de orcos usan como centros de reunión esas aberraciones.

—Si no recuerdo mal —prosigue Aeri—. Los orcos emplazaron una serie de atalayas cerca de Nasrhim.

—Una ciudad abandonada —dice Lauder.

—Y amurallada —puntualiza Nor Ardem que hace una pausa—. Un dulce para los orcos.

—Es cuestión de tiempo que pretendan reconquistarla —afirma Lauder.

—Estamos ante el dilema de atacar antes de que nos ataquen —dice Axel.

—Tan sólo tenemos que posicionarnos en Nasrhim y defenderla —explica Nor Ardem—. Y el tiempo que tardemos puede ser determinante. Deberíamos salir antes de que anochezca.

—Informaré a mi equipo —dice Aeri.

—¡De eso nada! —grita Myra desde otra estancia de la enfermería. El hada se acerca a la reunión—. Disculpen mi interrupción —interviene Myra, con una sonrisa tímida en la cara—. Pero Aeri debe reposar todavía.

—Me encuentro bien, Myra —dice Aeri.

—No puedes soportar tu peso con tu pierna maltrecha —explica Myra.

—Puedo volar —asegura Aeri.

—Haga caso a su doctora, Strauss —ordena Anduin—. No es necesaria la intervención de las hadas en esta incursión.

—En efecto —afirma Axel—. El ataque de los orcos no es una certeza.

Desplazar todos nuestros efectivos no será necesario.

—Si partimos con un contingente inicial podemos observar la situación —dice Astar—. Y demandar refuerzos en caso de que los necesitemos.

—No podemos quedarnos de brazos cruzados —dice Aeri.

—Los grandes ejércitos se desplazan con mayor torpeza —explica Anduin—. Yo también me abstendré de mover todas mis tropas.

—Decidido pues —dice Axel.

Axel va desde ese punto a un salón del árbol que los humanos usan como arsenal. Hay un grupo de humanos charlando y entre ellos se encuentra el comandante Orniel.

—Comandante —saluda Axel.

—Señor —responde Laki—. Llevo algún tiempo queriendo hablar con usted.

—¿De qué se trata? —pregunta Axel.

—Envié a dos hombres al puesto de Urgandoll a buscar provisiones ayer y aún no han regresado —responde Laki—. Temo por su seguridad.

—Deberían haber regresado ya —dice Axel, que permanece pensativo unos segundos tras su propio comentario—. En cualquier caso existe otro asunto más urgente, voy a viajar con un grupo de soldados a Nasrhim.

—Nos prepararemos enseguida —dice Laki.

—No, necesito que te quedes aquí —interrumpe Axel.

—¿Qué quiere decir? —pregunta Laki.

—Es posible que no sea necesario todo nuestro ejército —explica Axel—. Y es posible que necesitemos refuerzos. La primera avanzada partirá en media hora —Laki le mira cabizbajo.

—¿Es por algo que haya hecho mal, señor? —pregunta Laki— Quiero luchar.

—Y lucharás —asegura Axel—. Sólo te pido paciencia —Axel se gira y se va sin reparar en que su comandante siente que su capitán no confía en él.

—¡Muy bien, chicos! —grita Laki, dirigiéndose a sus hombres— ¿Quién se viene a la cantina?

Mientras, en uno de los salones del árbol, Pira discute con Lidia al lado de un animal muerto.

—Te repito que yo lo he cazado y no pienso cocinarlo —dice Pira—. Si ni siquiera sé cocinar —en ese momento Aeri y Myra aparecen por la puerta. Aeri sigue cojeando ostensiblemente.

—Fiuu —resopla Aeri—. Que frío hace con la lluvia.

—¿No deberías estar tumbada en una cama de la enfermería? —pregunta Lidia.

—La magia blanca es milagrosa —responde Aeri—. ¿Qué hacéis? ¿Por qué no has venido a la reunión con Nor Ardem y el resto, Pira?

—Estaba cazando un Ports —contesta Pira señalando al animal.

—Bueno, traigo nuevas —dice Aeri—. Ya tenemos nuestro siguiente destino —Aeri hace una pausa. Myra la mira con mala cara—. Vamos a ir a Nasrhim y a defenderla de un posible ataque de los... ¿Qué pasa Myra?

—No la escuchéis, nosotras no vamos —replica Myra—. Todavía no has sanado las heridas completamente y nos han dado permiso para quedarnos aquí.

—Estupendo —afirma Pira.

—Así podremos celebrar el día de Gaia —dice Lidia.

El día de Gaia conmemora el nacimiento del reino eáldico como tal. Y es que, hace ya 374 años se firmó un tratado con el que se concedía la independencia del pueblo alado tras los acontecimientos ocurridos en Arboleda del Este, antiguo reino élfico que se emplazaba en el mismo bosque de Gaia. Dicha independencia fue debida a una agresión perpetrada por un elfo hacia la, por aquél entonces, primera reina de las hadas.

—Agradezco mucho tu preocupación, Myra —dice Aeri—. Pero me encuentro perfectamente. En cuanto al día de Gaia, es una festividad muy antigua que no puede interrumpir la guerra —Lidia levanta la mano—. Nuestros aliados nos necesitan —Aeri mira a Lidia, seria.

—Hace 50 años también estábamos en guerra y aun así celebrábamos esta festividad —dice Lidia—. ¿Qué ha cambiado?

—Pues ha cambiado todo —contesta Aeri—. Los orcos están campando por Usterbond a sus anchas y el pueblo élfico no ha batallado en 13 años —Aeri mira a Pira—. ¿Tú también quieres quedarte y celebrar el día de Gaia?

—No —niega Pira—. Pero creo que los elfos y los humanos no necesitan que les llevemos de la mano para combatir, que es lo que llevamos haciendo desde que hemos vuelto —Pira hace otra pausa—. Descansemos por una vez, sobre todo si nos dan permiso.

—¿Desde cuándo te ha importado que los elfos te den permiso para algo? —pregunta Aeri. Pira se encoge de hombros— Mmm.

—¿Por qué supones que nos van a necesitar? —pregunta Lidia— ¿Y si

fuéramos allí y viéramos que, en realidad, no hay orcos contra los que combatir? —Aeri se queda pensativa— Que la ciudad de Nasrhim sufra un ataque es sólo una suposición.

Más tarde Aeri se reúne con Axel y Nor Ardem en el piso inferior del árbol. La lluvia está amainando.

—¿Una rebelión? —pregunta Axel.

—Yo no he dicho eso —responde Aeri—. Además, cuando termine de hablar con ellas, las convenceré.

—No tenías por qué. No os necesitamos, Aeri —dice Axel.

—Y no tenemos tiempo —explica Nor Ardem—. La lluvia está parando y es el momento oportuno. Lamento que sus hadas necesiten una dosis de disciplina, pero nosotros no podemos esperar a que tuerzan su capricho. Partiremos en media hora con o sin tus compañeras —Nor Ardem se va.

—Descansa y recupérate —ordena Axel—. Si necesitamos ayuda os lo informaremos de alguna forma.

En ese momento un soldado humano interrumpe la conversación. Con él aparece Lauder también. Ambos portan una cara seria.

—Señorita hada —saluda Lauder. A Aeri le sorprende la repentina formalidad—. ¿Nos deja un momento a solas?

—Como quieran —responde Aeri y se va.

—¿Qué ocurre, Lauder? —pregunta Axel— Vais a hacer que me preocupe.

—Este hombre trae noticias desde Nurm —contesta Lauder.

—En efecto, señor —dice el soldado—. Se trata de Azir. Encontramos su cadáver y el de su hijo cerca de la parte oeste de la cordillera.

—No puede ser —dice Axel. Poco tarda en sentir un mazazo terrible—. ¡¿Quién ha sido?! ¡No había orcos en la marca! —Lauder le hace señas al soldado para que se retire ya que éste se encuentra amedrentado ante los gritos de Axel.

—Cálmate, Axel —ordena Lauder—. Algún mal nacido de los que escapó habrá encontrado a Azir desprevenido.

—Les mantuve en Nurm por su seguridad —explica Axel. Ahora en sus palabras hay ira. La ira de un hombre que ha perdido a un amigo fiel, pero también el de una persona que siente culpa en lo más profundo de su ser—. Para que estuvieran a salvo.

—La guerra no ha tratado de manera justa a nadie, Axel —explica Lauder. Axel da la espalda a Lauder y mira al cielo. Al cielo nublado.

—El elfo se cabreará si nos retrasamos —dice Axel. Que ahora expresa esa rabia sin complejos.

—El elfo partirá sin ti, Axel —ordena Lauder—. Yo dirigiré a los soldados.

—No —niega Axel—. Puede que empuñar un arma sea lo único que me ayude ahora mismo.

Los soldados humanos y los elfos salen del árbol de Gaia y más tarde lo hacen también del bosque en dirección a la desolada ciudad de Nasrhim. En ese momento, Aeri vuelve a reunirse con sus compañeras. Pira lee un libro en una silla apartada mientras Myra y Lidia comen frutos secos en un banco alargado.

—¿Qué te han dicho el príncipe y el elfo? —pregunta Pira nada más ver a Aeri— ¿Al final nos necesitan?

—Todos insisten en que no somos necesarias —contesta Aeri—. Al menos por el momento.

—¡Bien! —grita Myra con júbilo.

—¿Qué ocurre, Aeri? —pregunta Lidia— Estas contrariada —Aeri se acerca a Lidia y a Myra y se sienta en el mismo banco con los codos en las rodillas.

—Tan solo es... No siento que seamos un ejército unido —explica Aeri—. No hay cohesión —Aeri mira al suelo—. Y lo peor es que creo que ocultan algo.

—¿Quién? —pregunta Pira, que deja de posar sus ojos en su libro para mirar a Aeri con seriedad.

—Los elfos, los humanos... Todos —contesta Aeri. Todas la miran pero al cabo de un instante, Aeri se levanta—. No me escuchéis. Son solo desvaríos.

—Todo saldrá bien, Aeri —dice Myra y sonrío a Aeri—. ¿Quieres comer algo?

Sin embargo, los hombres y los elfos apostados en Nasrhim observan la situación en la llanura al Oeste de Nasrhim. Hay un gran ejército de orcos acampados.

—Esto va mal —dice Axel. Lauder se acerca.

—Hay que apuntalar las puertas de la muralla —explica Nor Ardem—. Antes de que los orcos entren en manada.

—Los exploradores que mandaste cuentan los orcos por centenares —explica Lauder—. Además, de una marcha que se aproxima desde El Bosque

del norte para unirse al resto.

—Cuando el ejército este completo, atacarán —asegura Nor Ardem.

—No podemos dejar que eso pase —dice Axel—. Tenemos que interceptar la marcha del norte —todo se quedan pensativos.

—Tu ejército es más voluminoso —afirma Nor Ardem.

—¿Estás diciendo lo que creo que estás diciendo? —pregunta Axel en un tono burlón.

—Estoy a punto de confiarte la defensa de mi ciudad —contesta Nor Ardem con seriedad, buscando la misma seriedad en Axel—. ¿Podrás mantener a los orcos fuera de las murallas hasta que vuelva?

—Dalo por hecho —contesta Axel con confianza. Nor Ardem se gira y se marcha.

—Allstrand, reúne a los.... —comienza a decir Nor Ardem, aunque sus palabras se pierden en la distancia.

—¿Qué hacemos nosotros? —pregunta Lauder.

—Preparar la ciudad para el caso de que decidan atacar antes de lo previsto —contesta Axel—. No quisiera que el señor de los elfos me recuerde el resto de mis días aquella vez que perdí sus... Ruinas.

—Detectaré los puntos débiles de la muralla —dice Lauder. Ambos se van por distintos caminos.

—¡Stelth! —grita Axel, llamando a un soldado. Éste se acerca—. Enciende una fogata en la ciudadela.

—Sí señor —afirma Stelth.

En la cantina de Gaia, los hombres de Laki están sentados alrededor de una mesa. Entonces entra Astar. Tras contemplar la sala, se sienta en una mesa aparte y pide un vaso de agua. Nor Ardem y él han acordado que Astar intentaría abordar al comandante Orniel para descubrir lo que sabe él acerca de las hadas. Interrogar a Axel quizás no diera fruto pero el comandante podría dejar escapar alguna pista. Laki se acerca a alterar su soledad antes de que Astar tenga que dar el primer paso.

—¿Qué hace aquí, Valandirian? —pregunta Laki que se sienta con él.

—Sólo me tomo un respiro esperando una posible señal de nuestros aliados —responde Astar—. Supongo que compartimos cometidos ¿Tú eres...?

—Orniel —contesta Laki—. Comandante del ejército humano. Aunque nunca me he sentido como si lo fuese.

—¿Te han dejado fuera de la marcha? —pregunta Astar.

—En efecto —responde Laki—. ¿Le gustaría algo más apetecible que el agua?

—Según tenía entendido, no quedaban bebidas alcohólicas que servir —contesta Astar.

—Encontramos un pequeño alijo —explica Laki.

Al poco tiempo, Astar está sentado en la mesa de los humanos rodeado de todos ellos riéndose y bebiendo.

—¿Entonces nunca antes habíais salido de Zorgan? —pregunta Astar, que comienza a medir sus palabras en busca de información.

—No —contesta un humano—. Cuando nos alistamos en el ejército los orcos ya ocupaban la mayoría de Usterbond.

—Aún me acuerdo cuando el príncipe llegó a Nurm para quedarse —dice otro hombre al lado de Laki—. Había perdido a su anterior comandante y buscaba remplazarlo por alguien de la región.

—Un día fue a nuestro cuartel y nada más entrar grito: “¿Quién es el mandamás de este grupo de haraganes?” —continúa otro hombre— A Laki le asustó tanto que se le cayó un cofre de armaduras encima —todos se ríen de la anécdota a costa de Laki.

—¿Eso fue hace 13 años? —pregunta Astar.

—En efecto —afirma el mismo hombre—. ¿Y a cuantos orcos has combatido desde entonces, Laki? —Laki se queda reflexivo con la mirada baja, fija en su vaso vacío.

—Pues... —dice Laki.

—¿Qué pensó, entonces, cuando el príncipe le informó de que volverían a la batalla? —pregunta Astar.

—En realidad me sentí aliviado —contesta Laki—. Siempre ha tenido la sensación de que tenía que demostrar que era digno de liderar a estos hombres. Así que cuando llegaron las hadas y convencieron al rey para retomar la guerra... Sí, alivio fue lo que sentí —esas palabras, escasas de significancia para Orniel, no obstante, significaban mucho para Astar. No eran garantía, pero sentaban la primera duda en la mente de Astar. Y si... Pero este hilo de pensamiento en el que se embarca el elfo se ve interrumpido por Aeri, que acaba de entrar en la cantina.

—¡Orniel! ¡Valandirian! —grita Aeri— Preparad a vuestros hombres. Marchamos hacia Nasrhim —todos los hombres se ponen en pie y salen en

estampida—. ¿No estarán bebidos? —le dice Aeri cuando Laki pasa a su lado.

—Se me pasará durante el viaje —asegura Laki.

Mientras, en un punto del norte de Nasrhim, una gran marcha de orcos camina cerca de un valle entre dos montañas. Los soldados elfos están a punto de tenderles una emboscada.

—¡Ahora! —grita Nor Ardem.

A su orden, los elfos salen de entre las rocas y comienzan a disparar sus flechas. Otros, bajan por las laderas de las montañas y chocan contra los orcos, que se ven sorprendidos ante el despliegue de los elfos. Al poco tiempo, todos los orcos están muertos.

—¡Nos marchamos! —grita Nor Ardem al ver que sus tropas comienzan a envainar sus armas— ¡No haremos ningún descanso hasta que Nasrhim esté asegurada!

Todavía en Gaia, Aeri entra una vez más en el salón en el que sus compañeras están descansando. Está pertrechada para la batalla. Todas la miran.

—Me voy hacia Nasrhim con el comandante Orniel y Astar Valandirian —explica Aeri—. Axel ha pedido refuerzos.

—No sé cómo pude fiarme de los humanos y los elfos —dice Pira—. Por supuesto que nos necesitan —las tres se ríen, se ponen en pie y abandonan la sala.

Mientras, en una de las atalayas de la llanura de Nasrhim, Kalen'Rak se prepara para la batalla. Ya es de noche, por lo que la oscuridad lo cubre todo.

—Las tropas del norte se retrasan, mi señor —informa un orco que acaba de llegar.

—Nosotros no podemos —dice Kalen—. Empezaremos sin ellos. Y cuando lleguen nos ayudarán con los restos —el jefe orco se acerca al borde de la atalaya y mira su inmenso ejército. Del que sólo se intuye su inmensidad gracias a las antorchas que portan algunos—. ¡Hermanos! ¡La ciudad de Nasrhim será nuestra antes del alba! ¡Y la sangre de nuestros enemigos correrá por las calles de la ciudad que un día osaron arrebatarnos! ¡¡Hoy es el principio de su fin!!

Los humanos emplazados en Nasrhim oyen los gritos de los orcos en la lejanía. Y entre ellos, Axel sube a la muralla, al lado oeste de ésta.

—Ya vienen, capitán —asegura un humano cerca de Axel.

—Necesito más arqueros en este lado de la muralla —ordena el príncipe. Al mirarle, Axel ve que el soldado humano tiene miedo—. ¡Soldados! ¡No dejéis que esa horda maldita usurpe esta ciudad! ¡Ellos cuentan con vuestro miedo! ¡Crean que os asustarán! ¡Mostrémosles que los soldados humanos que un día protegieron Nasrhim lo hicieron sin temor en sus corazones!

El ejército de orcos avanza sin demora hasta que llega a la muralla de Nasrhim y, sin detenerse, comienzan a disparar sus flechas. Los humanos hacen lo propio. Hay soldados orcos que trepan la muralla con ganchos y se infiltran en la ciudad. También hay trols que portan mazos gigantes para hacer añicos las puertas.

## 7-Precipitarse

Mientras la ciudad de Nasrhim es asaltada por las hordas de los orcos, los refuerzos que partieron del bosque observan la situación en la distancia. En la noche apenas se distingue nada.

—¿Qué ves, Pira? —pregunta Aeri.

—Nada, realmente —contesta Pira—. Pero si asumimos que las fogatas que se ven son de los orcos, la situación va a ponerse interesante.

—Estoy seguro de las posibilidades de Axel y Nor Ardem para resistir el asedio —Laki.

—Esa ciudad puede ser una trampa mortal —asegura Lidia.

—Y por eso tenemos que llevarnos a parte de los orcos a la llanura —dice Pira.

—Y esperar a que Axel y Nor Ardem controlen la ciudad y salgan con sus soldados a ayudarnos —continúa Aeri.

—Deberíamos atacar por el flanco sur de la muralla y seguir en adelante —dice Pira.

—¿No deberíamos avisar a los soldados del interior para que nos ayuden cuando lo precisemos? —pregunta Astar.

—Cuando pasemos cerca me infiltrare en la ciudad —explica Aeri—. Y vosotros continuareis.

—De acuerdo —afirma Laki.

Todos se ponen en marcha y en poco tiempo alcanzan la ciudad, librándose de los orcos que se encuentran aprovechando el factor sorpresa. Cuando se encuentran cerca de la muralla Aeri, que hasta ese momento se dedicaba a asaltar a sus enemigos desde el aire o a lanzar su magia sin posarse apenas en el suelo, vuela por encima de ella. La situación no es mejor dentro, pues las puertas no han aguantado el ataque y los orcos están dentro. Aeri se abre paso hasta una plaza en la que los hombres están intentando repeler a los orcos. Allí ve a Axel y le ayuda a deshacerse de unos cuantos orcos que le están cercando a él y a sus semejantes.

—¡Aeri! ¡Has venido! —afirma Axel, feliz de ver a su aliada.

—¿Dónde está Nor Ardem? —pregunta Aeri.

—Interceptando más tropas —contesta él.

—Hay refuerzos combatiendo fuera —explica Aeri—. Necesitamos que tomes el control de la ciudad y salgas a ayudarnos.

—¿Te quedarás a ayudarnos? —pregunta Axel. Aeri le mira, indecisa.

—Sí —dice finalmente Aeri.

Entre todos los hombres y Aeri logran, poco a poco, recuperar la ciudad. Mientras, fuera de ésta, Laki se enfrenta cara a cara con Kalen`Rak. Es un combate desnivelado y el orco muestra superioridad frente a Laki. El orco ha combatido en otras batallas mientras que Laki se encuentra en su primera contienda. No obstante, el combate se zanja con un disparo lejano de Lidia, que ha estado observando la lucha en la distancia. Al poco tiempo comienzan a oírse gritos de los elfos de Nor Ardem en la lejanía. Los gritos son emitidos por Nor Ardem para motivar a unos soldados que se unen a la batalla momentos después, haciendo de ésta más cruenta y también más desigual. Los elfos entran en la refriega como un huracán, empalando a sus enemigos sin contemplación y terminando de una vez por todas con la batalla.

Después del combate Myra, al amanecer, atiende a los heridos en un edificio en ruinas en la ciudadela. Ella preveía esta situación así que traía un macuto lleno de botes con magia blanca. Lidia permanece a su lado ayudándola. Allí llega un humano herido cargando un humano en peor estado.

—Atienda a mi compañero, señora hada —suplica el humano—. Se lo imploro.

Myra les mira. No sabe a cuál de los dos atender antes. Finalmente se decanta por el humano más grave pero tras usar vendas y magia blanca en grandes cantidades, el humano no logra sobrevivir.

Una vez acabadas las tareas sanitarias, Myra se sienta a descansar, pensativa y Lidia se acerca.

—Has salvado muchas vidas hoy, Myra —dice Lidia, tratando de consolar a su amiga. Esta apoya una de sus manos en el hombro de su compañera. Myra, que se encuentra sentada en una roca con la mirada perdida le coge la mano.

Su trabajo siempre ha sido difícil. Sobre todo al vivir en un mundo y en una época en guerra en el que la enfermería siempre está abarrotada. Pero perder aliados a los que tratas de salvar de la muerte... Eso es demasiado duro. A pesar de su cara de niña ¿Quién puede decir que Myra sea la más débil de las cuatro? Siempre está de buen humor con todo el mundo y eso es algo que sólo sabe hacer ella.

En el palacio de Nor Ardem, entre tanto, se reúnen Axel, Lauder, el propio

Nor Ardem, Laki, Aeri, Pira y Astar. Anduin observa el alba caer sobre la ciudad por un ventanal.

—No me queda otra alternativa más que felicitarle, Casterline —dice Anduin—. Has hecho un buen trabajo manteniendo mi ciudad tal y como estaba.

—En ruinas —bromea Laki. Nor Ardem le mira y le sonríe, muestra del buen humor que le invade en ese momento.

—Sin embargo,... Queda trabajo por hacer —asegura Anduin.

—Vi una marcha de orcos huir del combate —dice Pira.

—Se reagruparon en Damia —afirma Axel—. Pero ¿Porque no dar un respiro a las tropas y celebrar nuestra victoria?

—Tomaré tu palabra esta vez, príncipe —dice Anduin—. Mis elfos no habían combatido así desde hace demasiado.

Tras la reunión y fuera del palacio de Nor Ardem, Axel busca hablar con Laki en privado. Bajo el manto de un par de árboles, Laki se sienta en una roca mientras su príncipe le habla sin sentarse.

—Has hecho un buen trabajo hoy, Laki —felicita Axel—. Tenlo por seguro —no obtiene respuesta ante su elogio—. Sé que estás preocupado por tu posición en el ejército. No debes sentir inferioridad.

—¿Y por qué no me has dejado combatir hasta ahora? —pregunta Laki— En nuestro primer viaje a Nasrhim ocupe una posición alejada de la batalla y, en este caso, me he visto encargado de los refuerzos —Axel resopla.

—¿Sabes lo que veo al mirarte? —pregunta Axel. Su compañero le mira extrañado— Un reflejo de un Axel más joven. Somos parecidos y he pensado, sin razón, que quizás compartirías los miedos que poseía yo a una edad temprana.

—No tengo miedo a combatir —responde Laki mirando a Axel a los ojos.

—Te he estado evitando una situación que no querías evitar —dice Axel—. Supongo que no necesitaba protegerte —ambos comparten un silencio que culmina una conversación que les acerca.

—¿De verdad te asustaba la batalla? —pregunta Laki rompiendo el silencio.

—No se lo digas a nadie —contesta Axel con una sonrisa.

Al poco tiempo, las tropas se sientan a compartir la comida. Mientras, Anduin habla con Astar en el palacio. Ambos se sientan en una mesa amplia del palacio.

—Ha ocurrido un infortunio en la batalla —explica Anduin.

—¿De qué se trata? —pregunta Astar.

—El jefe de batallón Nhalier Allstrand ha muerto —responde Anduin. Ambos permanecen callados un momento.

—Es terrible —dice Astar al cabo de un instante—. No tenía constancia de su muerte.

—Ocurrió en el valle —explica Anduin—. Pero no era momento para llorar la muerte de nuestros aliados.

—A pesar de los problemas que pudiéramos tener, es lamentable —afirma Astar.

—Sin duda alguna —afirma Anduin—. Pero, como dictan los dichos populares, donde unos ven muerte, los carroñeros ven comida.

—¿A qué se refiere? —pregunta Astar—. ¿Hay un aspecto positivo que no soy capaz de ver?

—El puesto queda libre —responde Anduin—. Quizás para alguien que ha demostrado más sensatez que todos los elfos juntos.

—¿Yo? —pregunta Astar, que muestra alegría.

—Lo mereces por encima de cualquier otro —responde Anduin.

—Si así lo cree, estaré encantado de aceptar tal honor —asegura Astar.

Es momento para Astar de pensar en las palabras de Laki el día anterior. Pero el mundo de los elfos en este instante lo rodea la alegría de la batalla saldada con su victoria. Todo son buenas noticias y la información que posee Astar es una espina que puede arruinar aquella alegría ¿Acaso iba a destruir ese mundo con información confusa? ¿Con sospechas vacías?

Lo que no saben los elfos, ni los hombres, ni las hadas es que la inmensidad del ejército que acaban de someter era la unión de todas las huestes que se encontraban acampadas en Usterbond y, por tanto, esa victoria tiene un valor inconmensurable.

Tras la comida, Axel encuentra un momento para hablar con Aeri. Ella parece recuperada de sus lesiones.

—Es posible que pasemos la noche en la ciudad —dice Aeri—. Así que Lidia y yo iremos volando a Gaia en busca de ropa con la que abrigarnos ¿Qué harás tú ahora?

—Creo que sabes acerca de lo ocurrido con uno de mis comandantes —responde él—. Era una persona querida para mí así que necesito algo con lo que ocupar mi tiempo.

—Así es, he oído acerca de ello —dice ella. Ambos mantienen la distancia. En estos momentos Axel es un alma en pena y Aeri no quiere entrometerse demasiado—. Lo lamento de veras.

—Me voy con Lauder a investigar un suceso ocurrido en Urgandoll — explica Axel—. Volveré cuando caiga el sol.

—De acuerdo —dice Aeri—. Tened cuidado.

Así comienza el viaje de Axel y Lauder hacía el puesto comercial de Urgandoll. Los paisajes en los que se encuentra el puesto de Urgandoll resaltan por sus altibajos. Allí ya no hay grandes llanuras. Éstas se ocultan más allá de la cordillera norte del continente.

El viaje de los hombres dura varias horas y hace que se detengan cuando el puesto está a la vista. Ambos lo observan subidos a una pequeña elevación del terreno.

—Si los hombres no regresaron a casa, quizás haya orcos involucrados — dice Lauder.

—¿Recuerdas lo que decía tu madre, Lauder? —pregunta Axel— Cuanto más pesimista...

—Más precavido —Lauder termina la frase con Axel.

—Tendremos cuidado —asegura Axel—. Aunque no parezca que haya un alma en este lugar. Apresurémonos.

Cuando Axel ha atravesado el puente que le separa de la agrupación de edificios, se detiene para presenciar la escena. El enclave sigue en silencio y una extraña tensión rodea la escena. Las nubes cubren el sol en esos momentos y acrecientan esa extraña sensación.

—Busquemos en los edificios —Ordena Axel. Lauder asiente.

Ambos entran en una posada abandonada, pero en ella sólo hay ruina. En la segunda no hay más que escombros y suciedad. Pero al entrar en la tercera un hediondo olor a muerte les sorprende. Se trata de los cadáveres de los dos humanos que andan buscando.

—¡Maldición! —grita Lauder. Ambos se adentran cada vez más en ese establecimiento. Axel vislumbra la escena sobrecogido. Hasta que, de repente descubre el mensaje ensangrentado que señala a los artífices de la fatalidad. En primera instancia, Axel se queda congelado. “Elfo”. La palabra que quita el aliento a Axel. Pero tras procesarlo, sale de la estancia como un resorte.

—¡Cómo hemos estado tan ciegos! —grita Axel, mientras abandona el

lugar y se aproxima a la calle. Lauder, tras leer el mensaje, le sigue— ¡Cómo hemos sido tan estúpidos, Lauder! ¡Sabía que Nor Ardem no era de fiar!

—Cálmate —ordena Lauder.

—Por eso los orcos no mataron a los elfos —explica Axel—. Porque están en el mismo bando —lejos de calmarse, Axel emite un grito sin contenido semántico.

—¡Axel! —grita Lauder, llamando la atención de su compañero— Sé lo que estás pensando. Pero no puedes volver a Nasrhim espada en mano e incitar a tus hombres para que acaben con los elfos —Lauder hace una pausa mientras se acerca a Axel—. ¿Quieres venganza? No te voy a detener. Pero tengo que cerciorarme de que tienes un plan —Axel sigue con la rabia instalada en su semblante pero parece más reflexivo—. No lo hay ¿No es así?

—No —niega Axel—. No, todavía.

—Entonces actuemos con cautela —ordena Lauder—. Y esperemos nuestro momento —Axel emite otro grito aunque de menor intensidad.

El discurso de Lauder se acerca demasiado al de Astar con Anduin, lo cual no augura un futuro alegre y ausente de sangre.

Pero al margen de ello, ambos hombres comienzan su vuelta a las ruinas élficas aunque es un viaje silencioso e incómodo. No es malo en sí, el silencio da la oportunidad a Axel para sumirse en sus pensamientos. Han sido días muy duros y Axel comprende que su respuesta momentos atrás pueda deberse a una frustración, resultado de un cúmulo de sucesos desgarradores. Azir, la batalla, la actitud de los elfos y los hombres muertos. Axel responde por su pueblo, es lo más importante para él y las revueltas con los elfos sólo calmarían su propio corazón. Una ofensa así no puede quedar sin respuesta pero Lauder es sabio: Necesita analizarlo y emitir un plan.

El aura que rodea a la situación de elfos y humanos se intuye oscura. Se auspician momentos tensos. Esa mañana celebraban la batalla ganada, por la noche, los responsables de ambos ejércitos miran al futuro con una incertidumbre sobrecogedora.

Al llegar a Nasrhim, las tropas están cenando. Axel contempla la escena que tiene lugar en la ciudadela. Soldados humanos y élficos son ajenos a la situación que Axel tiene en mente. De hecho, el príncipe es incapaz de ver la diferencia entre un soldado de su ejército y un soldado élfico. Sólo ve personas compartiendo su comida y su tiempo en paz. Esta aparente calma, termina por tranquilizar al príncipe.

Para su sorpresa, el propio Nor Ardem acude a él para interesarse por su viaje.

—Llevaba tiempo sin verle, príncipe —saluda Anduin. Axel le ofrece una sonrisa.

—Tuve que investigar un hecho ocurrido en Zorgan así que me acerqué al mirador de Golan en la cordillera de Nurm, buscando encontrar allí a algunos de mis soldados —miente Axel.

—Espero haya aclarado lo ocurrido —dice Anduin.

—Desde luego —afirma Axel, en cuya expresión se puede entrever que la sonrisa es un tanto irónica—. Ahora está todo aclarado.

—Me alegro, pues —dice Anduin—. Permítame ofrecerle una buena cena.

—La aceptaré sin dudarlo —contesta Axel.

La situación se resuelve sin más percances y Axel y Lauder disfrutan de su cena en compañía de otros soldados humanos.

Mientras, en un punto al oeste de esa localización, cerca de la ciudad costera de Damia, el orco Mokil se acerca a los primeros edificios de la ciudad.

Damia es una ciudad vieja. Sin murallas por lo que los viejos edificios de piedra son los que limitan la ciudad. Edificios de más de un piso que se conglomeran sin aparente orden produciendo unas calles que dibujan resquicios y curvas. El propio terreno es irregular y los cambios de altitud son frecuentes en la ciudad.

Esta ciudad fue fundada por pescadores que encontraron tanto en el río que la atraviesa, como en el mar que la baña, un lugar óptimo para realizar su labor. Pronto adquirió el estatus de ciudad perteneciente a los reinos humanos y los beneficios que se derivan de ello. Ayudas por parte del propio reino, un gobierno que asegurara su dirección etc...

Hay orcos apostados en la entrada de la ciudad y, cuando la presencia de Mokil es evidente, un orco le recibe. La apariencia del visitante es lamentable, muestra inequívoca del periplo sufrido.

—Mokil —saluda el orco que le atiende—. No esperábamos su presencia.

—Será mejor que te acostumbres a ella —contesta Mokil—. Hay trabajo que hacer, pero poco tiempo.

—Hemos recibido tropas que hablan de un asalto fallido a Nasrhim —explica el orco.

—Nuestros enemigos se han defendido —asegura Mokil—. Pero no se

contentarán con eso. Esta ciudad será la siguiente —Mokil hace una pausa—. Pero eso es tan sólo una distracción secundaria. Mañana, al alba recibiremos un obsequio por mar.

—¿Armas? ¿Acaso tropas? —pregunta el orco.

—No —niega Mokil—. Algo más destructivo para hombres, elfos y hadas —el orco refleja alivio, pero intriga—. Y ahora necesito descansar. El viaje ha sido largo.

—Por supuesto —dice el orco.

Éste acompaña a Mokil hasta un edificio que los orcos utilizan a modo de cuartel pero que antaño acostumbraba a ser el palacio de Damia. Un pequeño edificio que se asemeja a una torre y en el que algunos orcos han usado sus estancias como si de dormitorios se tratasen, invadiéndolos de colchones precarios.

En la presente noche, Lauder volvería a viajar contra su voluntad al mundo asolado en el que le espera la misteriosa figura encapuchada.

—Buenas noches, señor Kalath —saluda el encapuchado.

—¿Qué quieres de mí? —pregunta Lauder.

—Me gusta que asumas tu posición de una vez por todas —afirma el encapuchado.

—Me has dejado claro que no tengo más remedio —explica Lauder. Lo que el encapuchado no sospecha es que la supuesta sumisión de Lauder tiene un coste. El humano, en uso de sus facultades pretende obtener información en este encuentro. Su adversario algo intuye pero no puede saber de qué se trata.

—Estas son tus órdenes para mañana —dice el encapuchado—. Debes convencer a tus aliados de que asalten la ciudad de Damia y es completamente imprescindible que acudan las hadas.

—Si lo hago será con una condición —dice Lauder. El encapuchado se sorprende pero cuando va a recitar su réplica Lauder interrumpe—. Necesito la respuesta de una pregunta.

—Formúlala y decidiré si la respondo —dice el encapuchado.

—¿Están los elfos conchabados con vosotros? —pregunta Lauder. Se hace un silencio. Lauder permanece expectante, pero el sueño se desvanece con la risa del encapuchado como único sonido presente. Una risa hueca que hiela la sangre de Lauder— ¡Contéstame, maldita sea!

## 8-Un nuevo dilema

La mañana se presenta sobre el horizonte de Nasrhim, donde elfos, humanos y hadas han pasado la noche. Hay mucho trabajo que hacer, tanto como incertidumbre en el ambiente. Axel utiliza una de las estancias del palacio de Nor Ardem para escribir un mensaje a Zorgan. El príncipe reclama más tropas. Cuando Nor Ardem le preguntó, Axel sólo dijo que las bajas de la última batalla necesitaban ser reemplazadas. Pero la realidad es muy distinta. El verdadero propósito de esas tropas será acorralar a los elfos en un mar de soldados humanos. No obstante, Lauder interrumpe su petición al entrar en la sala en la que se encuentra. Axel le mira sin parar de escribir y manteniendo un gesto serio.

—Buenos días, Axel —saluda Lauder.

—Buenos días —contesta Axel, con voz seria—. ¿Qué tal la noche?

—No he conciliado un sueño profundo —explica Lauder, que por un momento se fija en el trabajo de su príncipe—. ¿Qué estás haciendo?

—Pido refuerzos a mi padre —explica Axel—. Los vamos a necesitar más en adelante.

—¿No estarás pensando en los elfos? —pregunta Lauder que baja el volumen y se cerciora de que no haya elfos en las inmediaciones.

—Exacto —contesta Axel—. Mi intención es rodear a nuestros anfitriones y exigir explicaciones —Lauder se sorprende—. Ese es el plan.

—Me temo que puede haber cosas más importantes —explica Lauder. Las intenciones de Axel entran en conflicto con el asalto a Damia que el encapuchado espera.

—¿Qué puede haber más importante? —pregunta Axel.

—La guerra —contesta Lauder—. Creo que tu deseo de venganza ha hecho que te olvides de ella —Axel deja su pluma en la mesa y se levanta.

—¿A qué se debe ese comentario? ¿Crees que estoy cegado? —pregunta Axel mientras se acerca a su amigo. Lauder comprende que sus palabras han sido demasiado duras.

—He pasado la noche pensando —dice Lauder—. Algunos orcos huyeron de la batalla. Se replegarán en Damia. Una ciudad con puerto ¿Qué hay de la posibilidad de que lleguen refuerzos desde el mar? —Axel permanece

pensativo mientras escucha a su compañero. Pensativo aunque malhumorado, queda patente que su comentario anterior no ha sido acertado—. Es más. Sabes lo que pasó en el puerto de Zorgan. Aún no sabemos a qué se debió el ataque. ¿Acaso querrían impedir que interceptáramos sus tropas? No sabemos de qué lado están los elfos. Lo que sí tenemos claro es que los orcos han sido siempre nuestros enemigos.

—Es sólo una posibilidad —dice Axel—. ¿Olvidamos la afrenta de los elfos, pues? —pregunta.

—No, claro que no —contesta Luader—. Sólo aplazamos la venganza mientras les usamos para acabar con una amenaza aún mayor.

—¡Ni hablar! —grita Axel— No pienso luchar al lado de personas cuya lealtad pongo en duda —Axel se acerca aún más a Luader pero esta vez más calmado —puede que estés en lo cierto. La situación es inestable aún y no podemos obviar la amenaza que espera en Damia.

—Los humanos somos insuficientes para el asalto —explica Luader.

—Por suerte contamos con aliados más allá de los elfos —dice Axel. A Luader le alegra ese comentario. Axel incluye a las hadas en sus planes sin que su compañero haya tenido que proponérselo—. Saldremos después de comer.

Al poco tiempo, Axel intenta incluir a las hadas en su marcha. Para ello busca hablar con Aeri. Ella se encuentra recorriendo las calles de Nasrhim con Pira. Ambas contemplan el ruinoso estado de las calles, visitando los antiguos puntos de interés en la ciudad.

—Aeri, te estaba buscando —saluda Axel, cuando por fin da con ella. Los tres se acercan para conversar.

—Axel —saluda Aeri. Pira permanece expectante sin mediar palabra—. ¿De qué se trata? —Axel mira por un instante a Pira. Ella siente que no está invitada a la conversación. Tampoco le importa demasiado así que cuando Aeri también la mira, ella decide abandonar la escena. De nuevo, sin emitir palabra.

—Nos disponemos a atacar Damia —explica Axel—. Y necesito vuestro apoyo.

—Mis compañeras y yo estaremos preparadas de inmediato —dice Aeri—. ¿Se lo has comunicado a Nor Ardem? —Axel muestra cara de resignación que Aeri no sabe interpretar.

—No te preocupes hablaré con él —dice él. Aeri se queda pensativa por

un momento.

—No sé si es buena idea someter a sus tropas a una nueva marcha —se pregunta Aeri.

—Yo tampoco creo que lo sea —dice Axel—. Pero no será necesario tal maltrato. Humanos y hadas seremos suficientes.

A Aeri le extraña la situación. Axel quiere dejar al margen a los elfos y ella no entiende el por qué. En cualquier caso, los elfos merecen ese descanso así que Aeri, aunque sospecha de las acciones del príncipe, prefiere dejarlo pasar.

La siguiente reunión que lleva a cabo Axel, como le prometió a Aeri, es con el regente supremo de los elfos, en su palacio.

—Mis tropas llevaremos a cabo una incursión en Damia —explica Axel—. Creo que terminará por estabilizar nuestra situación y podremos asegurar unos días de descanso.

—Si crees que ese descanso pueda llegar, los elfos ayudaremos en la medida en la que podamos —dice Nor Ardem.

—La ciudad de Damia no es, ni por asomo, tan grande como la vuestra —explica Axel—. La capacidad para esconder orcos en su interior es ínfima en comparación con esta —esas palabras extrañan a Anduin.

—¿No quiere mi apoyo? —pregunta Anduin.

—No lo convengo necesario esta vez —responde Axel.

—Aunque haya menos orcos en Damia, las bajas humanas se producirán —asegura Anduin. Ambos permanecen en silencio.

—Ya he valorado ese riesgo —dice Axel.

—En ese caso no cabe discusión —sentencia Anduin—. Queda claro que sabéis lo que hacéis.

—Por supuesto —afirma Axel—. Partiremos tras la comida.

—Partid pues, con mi beneplácito —dice Nor Ardem. Axel abandona la sala bajo la atenta mirada de Anduin. Astar, que se encontraba presenciando la conversación se acerca y Anduin se dirige a él—. ¿Soy al único al que le parece que algo no funciona correctamente con el príncipe?

—La excusa de querer proteger a nuestras tropas por los 13 años de inactividad dejó de sustentarse —explica Astar.

—Está claro que se trae algo entre manos —dice Anduin.

—Y es posible que yo tenga algo que decir al respecto —afirma Astar—. No quise preocuparle tras nuestra victoria de escasas horas atrás, pero creo

tener un primer indicio de que Axel está siendo manipulado por las hadas.

—Habla, Astar —ordena Anduin.

—Laki Orniel, comandante del ejército humano, dejó entrever esa posibilidad —explica Astar. Anduin se queda pensativo—. No es muestra de una posible relación entre orcos y hadas.

—Pero éstas comienzan a acumularse —afirma Anduin.

—Quizás haya algo que pasamos por alto —dice Astar—. Quizás los hombres no sean más que víctimas de las hadas —Anduin le mira profundamente. Es una posibilidad que ni siquiera había contemplado.

Pero a pesar de todas las sospechas que está despertando Axel, éste parte junto a sus soldados y las hadas hacia Damia. Tras la comida, tal y como prometió.

En esos momentos, en Damia, el orco Mokil se haya en el interior de un pequeño cobertizo en el puerto. Fuera, se oye a un orco arengando a otros para que descarguen la mercancía de un barco con gritos de: “¡Cargad con ese baúl, holgazanes!”. Mokil enciende una pequeña hoguera en la que vierte trozos de huesos y un poco de su propia sangre, que brota de un corte auto infligido en su mano. El humo de la fogata comienza a oscurecerse. Como el de las columnas de humo que poblaban Nasrhim antes de la conquista de los humanos y las hadas. El ritual del orco concluye cuando coloca sobre el fuego una placa de metal circular con orificios.

Las tropas humanas comienzan a aproximarse a Damia. Hay una aparente tranquilidad en la ciudad otrora humana. Las estrechas calles hacen que sus tropas se dividan para explorar la ciudad. Cuando los humanos comienzan a cuestionar la presencia de orcos en la zona a la vez que recorren más y más estrechas calles se oye, sin previo aviso, un cuerno orco que da la señal para que la batalla comience.

Los orcos corren por las calles buscando a sus adversarios pero también hay orcos en los pisos superiores de las casas, que saltan sobre sus enemigos acometiendo desde el aire y obligando a los humanos a estar atentos de todos los posibles bandos desde los que pueden ser atacados. Sin darse cuenta, y en apenas segundos, humanos y hadas han abandonado la calma por la tormenta en la que se ha convertido la ciudad. Axel dirige a sus tropas al río que atraviesa la ciudad, donde espera huir de los edificios altos y cambiarlos por los anchos paseos. Pero ni siquiera ese plan tiene el efecto deseado pues atacados en el río, hay barcos desde los que los orcos disparan flechas.

Queda patente que esa ciudad puede ser la tumba de cuantiosos humanos a menos que alguna estrategia llegue a la mente de Axel. Es cuando decide recurrir a la ayuda de sus aliadas aladas. Las hadas vuelan al interior de las barcazas orcas para deshacerse de una de sus amenazas. Para que Pira alcance las embarcaciones, ésta corre al borde del paseo, donde Aeri la espera para darle el impulso que necesita. Ya en su interior y, como es habitual en ellas, recurren a uno de sus ejercicios de agilidad y coordinación mortal para acabar con la amenaza de los barcos. Los orcos, que no sólo saltan de los edificios, sino que también bajan en tropel por las calles que conducen al río, se encuentran con cuán heroica escena: Las hadas lanzando magias desde los barcos que han conquistado, humanos batallando sin cesar y la voz de Axel que suena sobre la ciudad con gritos que alientan a sus semejantes para que terminen por ganar la batalla. Una batalla que se gana con un alto coste pagado en vidas de soldados humanos.

Sin embargo, hay un orco que logra zafarse de las garras de sus oponentes y que se esconde en el palacio de la ciudad donde, en una de las salas se encuentra con otro orco, Mokil, que ha evadido deliberadamente el enfrentamiento. Mokil le mira. Se trata del orco que le recibió cuando llegó, al borde del agotamiento, a la ciudad el día anterior.

—¿Qué haces aquí, Mokil? —pregunta el orco recién llegado.

—Esta batalla no auguraba un final alegre para los orcos —responde Mokil.

—Eso lo sabrías si hubieras acudido a ella —replica cabreado su compañero.

—Huye y lucharás mañana —dice Mokil—. Sino te convertirás en otra muerte más. Sin significado —Mokil hace una pausa mientras su aliado le mira expectante. Expectante y exánime—. La batalla está perdida pero aún es pronto para sentir que no hemos conseguido nada.

Abandonada la batalla. Axel hace un recuento rápido de muertes. Han sido más de las esperadas. El príncipe se detiene a atender a los humanos heridos para comprobar su gravedad y darles ánimos, sobre todo a aquellos que se encuentran abatidos no físicamente, sino moralmente al haber perdido a amigos, familia o, sencillamente, compañeros de batalla.

Lidia, en cambio, pasea por las calles observando la arquitectura de las casas, los monumentos y los edificios en sí. Es una ciudad que no había visitado hasta ese momento y a ella le gusta impregnarse de las nuevas

experiencias que puedan vivir. Sobre todo cuando tiene un momento de relax tras uno de alta tensión como el vivido. En esos momentos ella siente la paz que transmite una ciudad en silencio. Pero esa paz se ve interrumpida cuando llega al puerto. Un puerto que se le antoja pequeño y vacío, pero que hospeda una sensación que no puede sacar de su mente. Una sensación perturbadora. Hay oscuridad en ese puerto.

Pira se acerca a ella desde su espalda sorprendiéndola e interrumpiendo sus pensamientos.

—¿Qué haces? —pregunta Pira.

—Sólo investigaba —contesta Lidia.

—Aeri nos busca —dice Pira.

—¿Notas eso? — pregunta Lidia. Los humanos solo podrían catalogar esa sensación como un ruido molesto instalado en su cerebro, pero para las hadas era más fuerte. Pira también lo ha notado.

—Magia negra —afirma Pira, tras meditar cuál puede ser el origen.

—Allí —asegura Lidia señalando en la distancia el cobertizo del que emana la columna de humo negro. Ambas se miran preocupadas por lo que puedan haber descubierto.

Sin intercambiar más palabras, ambas se acercan al cobertizo en cuestión. La puerta está cerrada pero no permanece así tras dos fuertes golpes propiciados por Pira con su hombro. En su interior se encuentran el artilugio montado por Mokil ese mismo día con una diferencia. Entre el humo negro se distingue un objeto con forma ovalada y dibujos negros en su superficie. En su parte inferior asoman unas raíces verdes. Se trata de una semilla-huevo. El objeto del que nacen las hadas. Híbrido entre una semilla que se planta en suelo fértil y un huevo, que eclosiona cuando las raíces han absorbido los nutrientes necesarios.

—Hay que avisar a Aeri —dice Lidia, que sigue preocupada.

—Sin duda —asegura Pira.

Al poco tiempo tanto la mencionada Aeri, como Myra se han añadido a la escena. Y las cuatro contemplan con incredulidad el objeto de su perplejidad.

—¿Qué significa esto? —pregunta Myra— ¿Los orcos lo han dejado para que lo descubramos?

—¿Puede hospedar un hada en su interior aun cuando ha pasado tanto tiempo sin estar cultivado? —pregunta Aeri. Ésta mira a Lidia.

—No lo sé —contesta Lidia.

—Parece que lo han mantenido imbuido en magia negra —afirma Pira. Todas miran a Lidia.

—¿Por qué me miráis todas? —pregunta Lidia.

—Porque tú lo sabes todo —responde Aeri—. Y en estos momentos siento que yo no sé nada.

—Pues en este caso tengo que admitir que yo tampoco sé —explica Lidia—. Aunque creo que deberíamos liberarlo del influjo de magia negra.

—Buena idea —dice Aeri. A pesar de tratarse de un huevo, tiene un tamaño de más de medio metro. Por lo que Aeri lo retira de las columnas de humo con las dos manos—. Recuerdo esta textura. Pero no recordaba estos colores tan oscuros.

—¿Ha llegado el momento de emocionarse ya? —pregunta Myra con una sonrisa tímida instalada en su cara. Todas han estado tan intrigadas que nadie ha reparado en que existe la posibilidad de que pueda nacer un hada más.

—Creo que sí —contesta Aeri, que dibuja otra sonrisa en su cara.

—Tendríamos que ser un tanto cautas —asegura Lidia—. No sabemos el efecto que puede haber producido la magia negra en él.

—Tienes razón —afirma Aeri—. Tenemos que decírselo a Axel.

Las hadas llevan a cabo la reunión con Axel en la ribera del río, donde éste se encuentra descansando tras la batalla. Lauder se encuentra a su lado. Cuando Axel ve a Myra portando el huevo, ambos humanos se acercan.

—¿Qué es ese objeto? ¿Es un huevo? —pregunta Axel.

—Es una semilla-huevo —contesta Aeri. Axel se inclina para inspeccionar el objeto de cerca.

—¿Una semilla-huevo? —pregunta Lauder— Es la primera vez que oigo mencionar algo así —en esos momentos Axel toca la superficie del artefacto y, acto seguido, lo golpea suavemente un par de veces antes de que Myra se gire interponiéndose entre el humano y el huevo.

—No lo toques —se queja Myra—. Lo romperás —Axel retoma la posición vertical.

—Las hadas nacemos a través de huevos como este —explica Lidia.

—¿Y dónde se encontraba? —pregunta Axel.

—En el puerto —contesta Aeri.

—No parece el sitio apropiado para una semilla-huevo —dice Lauder. Aeri se encoje cuando Lauder la mira.

—Fue puesto allí por los orcos —asegura Axel—. ¿Cómo sino ha llegado

a este lugar?

—No cabe duda de que se trata de un ardid perpetrado por ellos —explica Lauder, que sabe que el encapuchado quería a las hadas en Damia. Quizás para que encontraran la semilla-huevo.

—Aeri... —dice Axel mirándola, pero antes de que empiece a explicarle por qué plantar esa semilla no es una buena idea Aeri le interrumpe.

—Soy consciente. De verás que sí —asegura Aeri—. Pero confía en mí.

—No es el único al que vamos a tener que convencer —dice Lidia.

Axel todavía permanece inseguro ante la noticia de las hadas, pero sabe que Anduin no va a ser un impedimento en un futuro próximo. Cuando el líder de los elfos caiga presa de su esperada venganza. Aún con todo, confía en ella sobre todas las cosas así que las hadas tienen su permiso para actuar por el momento.

El sol comienza a cubrirse por el horizonte y, a pesar de que la integridad de la ciudad reconquistada escasos momentos atrás ha sido respetada, Axel no cree conveniente que sus tropas permanezcan más tiempo del necesario contemplando los cuerpos sin vida de sus semejantes. Por ello, conduce a sus tropas y a las hadas en su viaje de vuelta a la capital élfica con la promesa de que acamparán en la llanura oeste de Nasrhim. Usarán las grandes velas de los barcos y otros objetos encontrados en las calles como tiendas de campaña y rústicos catres.

Cuando la noche cae, se produce el anunciado descanso. Entre la multitud de tiendas de campaña, Lauder se sienta acompañado de una fogata cuyo fulgor le hipnotiza. Se ha ofrecido voluntario junto con otros humanos a realizar la primera guardia. Momentos que aprovecha en soledad para abstraerse en sus pensamientos. Axel dio permiso a las hadas para llevar el huevo a Gaia y cultivarlo pero Lauder sabe algo que el príncipe desconoce. Algo que a Lauder le inquieta. El encapuchado oculto en sus sueños les ha conducido a Damia para que se produjera la batalla y, aunque la victoria sonrió a los humanos, no era el único motivo de su viaje. Entonces Lauder levanta la vista de las llamas para descubrir a Pira, que aprovecha la noche para realizar sus habituales entrenamientos de estocadas y fintas en lo alto de una agrupación de rocas. La visión en la distancia de los movimientos del hada hace que Lauder piense, como ya lo hiciera en Damia, que ese objeto que portaba Myra durante el viaje puede no ocultar un hada sino más bien un arma que los orcos esperaban aprovechar. En cualquier caso, Lauder sabe de la

testarudez de Nor Ardem y espera que convenza a las hadas de que no siembren el huevo.

En la mañana siguiente, Axel amanece con la llamada de un grupo de elfos momentos después de que éste despertase. Los elfos llevan el mensaje de que los soldados apostados en Nasrhim han vuelto a Gaia debido, en parte al ruinoso estado de la ciudad, que impedía que los elfos se sintieran cómodos, y en parte, a que la mayoría de soldados elfos extrañaban no solo un lecho adecuado, sino también la compañía de sus seres queridos.

Por ello, la marcha de humanos apenas se detiene en Nasrhim para comer y continúa hasta que llegan a las inmediaciones del bosque. Tras llegar al árbol de Gaia, descubren a Nor Ardem y a Valandirian esperando su llegada. Sólo Axel, Lauder y las hadas se detienen a hablar con los elfos. El resto de humanos continúan al interior del árbol.

—Buenos días, príncipe —saluda Anduin—. Me alegra ver que está de vuelta intacto —entonces Anduin repara en el objeto que lleva Pira, en este caso.

—A nosotros también nos alegra estar de vuelta —responde Axel.

—Y veo que no venís con las manos vacías —dice Anduin.

—¿Qué es ese objeto que nos presentáis? —pregunta Astar— ¿Y cuál es su origen?

—Se trata de una semilla-huevo —responde Aeri aunque se adivina un toque inseguro en su voz. Teme la reacción del elfo.

—Es el artefacto del que nacen las hadas —continúa Lidia.

—Se encontraba en Damia —explica Aeri. Anduin expresa una seriedad repentina en su rostro, muestra de su inconformidad con el hallazgo.

—Ese objeto... —alcanza a decir Anduin— Y esos dibujos no son naturales.

—Es claramente una trampa —asegura Astar—. No cabe duda.

—Y el intento de eclosionar ese huevo conducirá a nuestra destrucción —explica Anduin.

—No es seguro que sea una trampa —dice Lidia—. El hada que nazca de su interior será criada como una aliada y será de gran ayuda para nuestra causa.

—Esa semilla... Como se llame, ha pasado mucho tiempo bajo la influencia de los orcos —dice Anduin, cuya seriedad apunta a tornarse en ira.

—¿Cómo podemos saber que no han usado magia negra en él? —pregunta

Astar. Las hadas callan. Saben que así ha sido.

—Cálmese, Nor Ardem —dice Axel. Pero las hadas siguen sin pronunciar palabra. Axel mira a Aeri que se encuentra con la cabeza agachada—. Aeri... ¿Me has ocultado esa información? —la vergüenza de Aeri se contrarresta con el sentimiento de traición de Axel. Lidia también empieza a sentir esa vergüenza. Pira mantiene su gesto serio y amenazante que ocupa su semblante la mayoría del tiempo. Y la pobre Myra se acerca a ella y la coge del brazo, anticipando lo que les depara.

—Acabemos con esto —sentencia Anduin, tras un largo silencio. El elfo coge un cuchillo que llevaba oculto en su cintura.

—¡No! —grita Aeri. Pira da un paso atrás— Tenéis razón. Nos hemos dejado llevar por la euforia de nuestro descubrimiento, pero se trata de una amenaza dentro de una ilusión —Aeri observa la reacción de los elfos a su grito. Ambos parecen sorprendidos—. Sin embargo, se trata de la última semilla-huevo que verá Malphalis y somos las hadas las que debemos deshacernos de ella.

—No puedo fiarme de tu palabra —niega Anduin—. No lo destruiréis.

—Lo lanzaremos por el acantilado del este del bosque —explica Aeri—. Será la caída la que lo destruirá —Anduin permanece receloso, pero abandona sus sospechas al ver la cara de Aeri, que demuestra convicción.

—Hacedlo rápido —ordena Anduin.

Y las hadas se reúnen en un recóndito punto en el interior del bosque. Se trata del árbol de Mistalia, otro árbol que antaño fue capaz de dar vida a las hadas tal y como el árbol de Gaia, pero que en el presente ha perdido la capacidad de sintetizar semillas—huevo. Se trataba de un árbol distinto al de Gaia. Al estar en una parte más frondosa del bosque, la luz no llega con la misma facilidad, confiriéndole un aura mística acrecentada por unas plantas luminosas pegadas a su corteza y unas esporas, también luminosas, que flotan en el aire.

—¿Has pensado bien en esto, Aeri? —pregunta Lidia.

—Sí —afirma ésta—. Pero necesito que estemos de acuerdo las cuatro.

—¿Engañar a los elfos? ¿Traicionar a humanos? —pregunta Pira sarcásticamente— No veo el inconveniente

—Pira... —regaña Myra— Yo estoy de acuerdo, Aeri. Pero no deberíamos quedarnos con lo negativo. Si lo hacemos, una nueva hada nacerá y dejaremos de ser sólo cuatro.

—Cuando Nor Ardem se entere... —dice Lidia— Axel es más comprensible, pero no podremos contener la ira del elfo.

—Ya lo he valorado —asegura Aeri—. Acabemos con esto y dejaremos las consecuencias para mañana.

Las cuatro se adentran en el árbol en busca no solo de un terreno fértil en el que plantar el huevo, sino también un espacio oculto a las miradas de los curiosos.

Las hadas esperan poder educar al hada que salga del interior para que no muestre la oscuridad que pueda poseer. Que plantaran la semilla era, sin lugar a dudas, lo que los orcos esperaban de ellas. Pero para las hadas no existía la posibilidad de matar a una de sus hermanas. No, al menos, sin darle una posibilidad de demostrar que los elfos se equivocaban. Lo que las hadas no habían pensado es que el inicio de esta historia comenzó con una traición perpetrada por los elfos y los humanos. Un hecho infame por el que todavía sentían rencor, pero que, curiosa e involuntariamente, iban a pagar con la misma moneda. Si aquel fruto daba buenos resultados, todo quedaría olvidado pero en caso contrario... Era una dualidad con la que ellas se sentían incómodas. Sólo el tiempo resolvería sus incógnitas.

Pero la traición de las hadas no era la única incógnita que deparaba el futuro. Axel escribiría la mañana siguiente al rey Relass solicitando tropas. Tropas que esperaba que llegaran ese mismo día. En los pensamientos de Axel se escondían las intenciones de usar esas tropas para acabar con sus sospechas acerca del pueblo elfo. Pero en la mente del príncipe había ira y, si se dejaba arrastrar por ella, sería el final de su asociación con los elfos. Quizás para siempre.

## 9-Anhelo de muerte

Cuando las hadas abandonaron Malphalis cincuenta años atrás, Esmeralda, con su último aliento, las envió para que se escondieran de las garras de los orcos. Pero las hadas desconocían que la reina hada no murió en ese desolado páramo. Los orcos llegaron hasta su posición antes de que ésta cerrara los ojos para siempre.

—No está muerta aún —explica un orco—. Aunque le queda poco.

—Llémosla a Mokil —ordena otro orco—. Él sabrá qué hacer.

Tras esa breve conversación, lo único que vieron los ojos de la reina fue el cielo pasar mientras los orcos la sostenían en una tabla. Esmeralda no sabía qué tramaban los orcos, pero no quería ser partícipe de sus planes. Sólo quería descansar. Por un momento, lo consiguió. Los orcos dejaron de hablar, el cielo se volvió inexistente y no había nada más que ella flotando en el vacío.

Pero esos instantes acaban y la reina despierta de forma abrupta y con una sensación de dolor, ira y desesperación en su interior. En su pecho más bien. Después de un grito inicial, el hada se incorpora para contemplar la escena que le rodeaba. Un grupo de orcos a su alrededor blandiendo armas, una tienda de campaña de tela marrón y una mesa manchada con su propia sangre.

—¿Qué me habéis hecho? —pregunta Esmeralda. La mezcla de emociones en su pecho producía que las lágrimas brotaran de sus ojos.

—Tranquilícese, reina hada —ordena Mokil—. Por suerte para usted, la hemos revivido.

—No quiero volver a la vida —asegura Esmeralda. Por un momento inspecciona su propio cuerpo para descubrir que hay algo en su pecho algo que late con un fulgor rojo. Injertado con clavos negros. Los orcos han llevado a cabo una operación con magia negra que ha permitido al hada volver a la vida. Además, Esmeralda ya no tiene alas ya que éstas están hechas de magia blanca y la magia negra de su cuerpo la contrarresta—. Hay magia negra corriendo por mis venas.

—Se ha convertido en la primera persona en volver de entre los muertos —explica Mokil. Esmeralda sigue en shock. La magia negra en su cuerpo le produce esa sensación de dolor e ira. Siente que la está corrompiendo por

dentro—. Y me temo que tenemos que volver a su querido árbol.

La intención de los orcos era conseguir la ansiada magia blanca. Con las hadas lejos de Malphalis, esa esperanza se había mermado, pero ahora, con Esmeralda en sus filas, podrían revelar los secretos que ocultaba el árbol.

Por eso los orcos atan a Esmeralda y la llevan, apuntándola con sus armas, a Gaia en un recorrido que concluye en mitad de la noche. Esmeralda se adentra primero en el árbol con dirección al manantial de magia blanca a “petición” de los orcos. Cuando llegan al manantial, Esmeralda observa cómo el nivel del mismo se encuentra reducido. Las hadas que se fueron, se llevaron parte de la magia. Pero sigue habiendo suficiente para que los orcos lleven a cabo sus perversos planes.

—¿Sólo esto? —pregunta Mokil. El orco avanza a inspeccionar el lugar.

—Dejadme interactuar con la magia —ordena Esmeralda. El orco sospecha de ella.

—Avanza —ordena Moki—. Pero no te liberes de tus ataduras. Y como intentes algo, te proporcionaré tu ansiada muerte.

La reina se mueve, lentamente hacia el manantial y sin quitar ojo a Mokil, que le devuelve la mirada desafiante desde la orilla del manantial. Cuando Esmeralda llega a la orilla, se detiene un momento pero acaba adentrándose en él. Cuando la magia blanca le cubre hasta la cintura, Esmeralda nota una sensación de calma. Se detiene a respirar ese momento lentamente. Pero al acabar ese instante el hada usa la magia del manantial para romper sus ataduras y lanzar magias a los orcos, rápidamente y sin dejarles pensar. Los orcos se retiran al ver el despliegue del hada. La reina no alcanza a ninguno de ellos, pero por lo menos les ha hecho retroceder. Cuando el manantial de magia está vacío, Esmeralda sale corriendo de él, de nuevo, sorprendiendo a los orcos, que a pesar de esperarla en el vestíbulo de Gaia, no logran alcanzarla. La reina se dirige, entonces a la guardería, donde descubre que aún queda una semilla-huevo que ha nacido después de que las hadas se fueran. Esmeralda mira la semilla con tristeza. Se dispone a lanzar la poca magia blanca que le queda sobre el objeto. Las lágrimas brotan por su cara, por ello, justo antes de que la magia rompa el huevo, Esmeralda cambia de objetivo y lanza sus hechizos sobre la rama madre, destruyendo el sistema de producción de semillas-huevo. Esmeralda ha sido incapaz de destruir el huevo. Tras esto, se arrodilla, aun llorando para aferrarse al él. El futuro de ese objeto es incierto y sabe que los orcos se harán con él. Pero una idea fugaz corre por la

mente de la reina. Sabe cuál es su última misión. Poca fe tiene en su propio destino, pero debe llevar ese objeto a sus aliados y esperar que éstos lo protejan. Por eso vuelve a correr, esta vez con dirección a la salida del árbol. Pero al llegar al vestíbulo la espera Mokil, interrumpiendo su paso armado con un arco. Sus esperanzas mueren en ese instante. No puede apelar a la bondad del orco ya que éste no alberga ninguna.

—Tus acciones te han conducido a la muerte —afirma Mokil—. Podrías haber sido de utilidad para nuestra causa.

—Jamás hubiera servido a vuestra causa —dice Esmeralda, desafiante.

—¿No lo sientes? Es poder lo que corre por tus venas —pregunta Mokil—. Un poder ilimitado.

—Sólo siento asco por lo que me habéis hecho —responde Esmeralda.

—No es verdad —niega Mokil—. Tienes miedo de ceder ante tanto poder. La magia negra es poder.

—La magia negra es impía —afirma Esmeralda—. No debería existir.

—Acabemos con esto —dice Mokil.

El orco saca una flecha de su carcaj lentamente y la coloca sobre su arco de madera negra y metal. Esmeralda mira al huevo que lleva, dando por finalizada su empresa, en espera de su ansiada muerte. Cuando cierra los ojos por última vez siente, de nuevo la calma que ya había experimentado. Un acto antes del fin de sus días. Su último respiro la conduce, arrastrándose, a una de las paredes del interior del árbol. Mokil observa sus últimos movimientos con una mirada vacía. Así llegaría el final de la reina de todas las hadas, bajo el amparo del árbol que le dio vida.